

Kairos 1 – Índice

Índice

Autoconciencia y globalización.

Autora: **Martha H. Casanova**

La familia desde la perspectiva de Pierre Bourdieu.

Autora: **Silvia A. De Campero**

Democracia y legitimidad. Elementos para la discusión sobre la estabilidad institucional en Argentina.

Autor: **Hugo Quiroga**

La crisis del Estado-Nación. Algunas reflexiones teóricas.

Autora: **María de los Angeles Yanuzzi**

El aula vista como grupo sociopsicológico. Algunas reflexiones para una didáctica desde esta perspectiva.

Autora: **María Fuentes Avila**

Los caminos de la precarización.

Autora: **Graciela Castro**

Los rasgos de una nueva época histórica.

Autora: **Alcira Argumedo**

Investigar las practicas y practicar la investigación. Algunos aportes desde la sociología de Bourdie.

Autora: **Alicia B. Gutiérrez**

Autoconciencia y globalización

Martha H. Casanova.

Dra. en Filosofía y Ciencias Sociales. Academia de Ciencias. URSS.

Prof. Titular «Sociología». Centro Universitario Junín. U.B.A.

Este trabajo constituye un intento de acceder a la elaboración de, mínimamente, hipótesis que nos permitan reflexionar sobre el hombre particular y «su» mundo, sobre la conciencia de sí que tiene el hombre que, por cierto, se desarrolla en él paralelamente a la «conciencia del nosotros». Las interrogaciones a este respecto suelen adquirir caracteres angustiantes en oportunidades en las que los datos concretos sobre acontecimientos y vicisitudes humanas se muestran en aparente contradicción con sus acciones y opciones.

Porque no constituye el ámbito específico de mi reflexión prefiero citar conclusiones que me parecen pertinentes, algunas referidas al proceso de globalización y otras a las formas en que este proceso se traduce en la sociedad de los países latinoamericanos.

Recordemos algunos conceptos en Parsons [1], él estudia la base sociológica de los cambios en el sistema global, calculando el grado en que se mueve en la dirección de una colectividad establecida más firmemente. En general, Parsons ve más movimiento hacia una comunidad global que la mayor parte de los científicos políticos y que muchos sociólogos. Descubre algunos procesos universales compartidos por todas las naciones modernas, tales: la «industrialización y la modernización.».

Afirma Parsons: «...el proceso inicial de lo que llamamos industrialización tuvo lugar bajo los auspicios de la «iniciativa privada», es decir, no de la autoridad política que podría presumirse que representa el «interés público». Desde el punto de vista de la matriz institucional dentro de la cual se desarrolla, esto podría fácilmente interpretarse como usurpación de las prerrogativas del interés público en favor del interés «propio» privado. Fue un proceso innovador de alcance e importancia funestos que se realizó dentro de un margen de tolerancia pública, y no directamente en nombre del interés público»

«El concepto clave es aquí el de propiedad. Fue común pensar en ésta como en una simple categoría «económica» en cierto sentido. Pero el principal problema a discusión es precisamente lo que se entiende por económico. En relación con el desarrollo institucional, pienso que la mejor caracterización de la propiedad es considerarla como el aspecto de la autoridad política -o del poder político- que no se mantuvo en manos del gobierno ni fue absorbido por éste. Es la esfera privada del poder, que a su vez sirve para controlar lo que en un sentido más específicamente analítico podría llamarse aspecto económico de la función social. En esta medida es correcta la teoría marxista. El capitalismo es esencialmente un fenómeno «político», puesto que se funda sobre la autoridad para controlar el proceso de producción, y este control a su vez opera mediante la institución de la propiedad».

«La producción capitalista fue definida por primera vez como política por Marx cuando se vió claro, en el siglo XIX, que la unidad típica de producción no eran ya ni el individuo ni su familia inmediata -como en la agricultura campesina- sino que comprendía una clase empleada. Ese rasgo no sólo perduró, desde luego, sino que aumentó y se ramificó mucho con el desarrollo de la organización en gran escala del que llamó Max Weber ‘aspecto burocrático’ del capitalismo moderno.»

Dice Alicia Argumedo en *Los laberintos de la crisis – América Latina: poder transnacional y comunicaciones* [2]: «La política internacional de los últimos años fue gestando un nuevo tipo de policentrismo (...). Dentro de la esfera de influencia capitalista (global), esta situación se traduce en una fuerte competencia económica y tecnológica entre las corporaciones transnacionales de Europa Occidental y Japón con las de los Estados Unidos, acompañada de una creciente independencia política de los países altamente desarrollados frente al liderazgo norteamericano.»

«La reformulación del esquema de relaciones internacionales se halla en una crisis económico-financiera que, a su vez, es manifestación de una crisis más radical, más abarcadora, una crisis que adquiere carácter epocal.»

«El término «crisis» signa diversos aspectos de la vida de Occidente (...): crisis del dólar, crisis energética, crisis de superpoblación, crisis ecológica, crisis alimentaria, crisis de marginalidad social en la periferia, crisis estructural de empleo en los países del centro, crisis de legitimidad política, crisis de la democracia, crisis ideológica. Nuevas formas de crisis que afectan gravemente la efectividad occidental para gestar consenso, tanto en las distintas sociedades nacionales como en lo internacional; y se sobreponen a las recurrentes crisis económicas frente a las cuales el sistema capitalista central había demostrado una amplia capacidad de recuperación. Crisis que adquiere sus aspectos más dramáticos en las áreas periféricas, donde más de 1.500 millones de seres se encuentran en estado de indigencia y sorda rebeldía, sin que el actual modo de expansión de los intereses transnacionales pueda dar respuesta efectiva a sus demandas por una vida más humana.»

Siguiendo las reflexiones de Argumedo, atendemos su propuesta: «Centraremos los lineamientos principales del análisis en un marco de confrontación que reconoce como polos antagónicos a los intereses transnacionales -aliados con diversos actores económicos, sociales, políticos e institucionales en los distintos países- y a los sectores nacionales y populares del continente.»

«...Analizar los procesos sociales desde una perspectiva de relaciones de fuerza supone considerar el momento político como resolutivo, como el lugar donde se sintetizan los diversos fenómenos sociales; ya que son las instancias políticas las que reflejan la condensación de las distintas expresiones del poder social: los intereses materiales, económico-sectoriales, los objetivos y valores fundantes, las identidades sociales y culturales, que se vertebran y expresan como voluntades colectivas. El momento político es el lugar donde se manifiesta la síntesis de las contradicciones en el seno de cada sociedad y de sus relaciones con el ámbito mundial. Contradicciones y significados históricamente determinados, que dan cuenta tanto de los antagonismos entre intereses económicos y objetivos, como de precisas identidades y aspiraciones sociales y culturales que actúan como ejes de unidad política, ideológica e histórica. La política es el espacio donde tales manifestaciones se expresan como capacidad para generar y desarrollar núcleos de articulación y convocatoria de voluntades sobre la base de un proyecto de sociedad.»

«...las «leyes económicas» que caracterizan la fase transnacional de desarrollo no se desenvuelven como un proceso «natural». Por el contrario tales leyes se encuentran condicionadas -potenciadas, limitadas o anuladas- por factores políticos y culturales, por las relaciones de fuerzas entre proyectos antagónicos ...»

«El reconocimiento de la historicidad de los problemas sociales conlleva el desafío de volver a «lo concreto» -a la historia real- y, desde las formas pasadas y presentes de confrontación, interrogarse acerca de las instancias resolutivas de los procesos sociales. Desde tales lineamientos, la reformulación de las articulaciones entre economía, política y cultura, entre sociedad civil y estado, debe contemplar sistemáticamente la relación entre sociedades, ya que el proceso histórico torna evidentes las dinámicas diferenciadas de las sociedades centrales, por una parte, y de las sociedades dominadas o dependientes, por la otra. En este marco cobra decisiva vigencia el problema nacional

que no debe ser planteado en términos de abstractas naciones, sino considerando que la relación entre países en cada momento histórico sobredetermina y condiciona las relaciones internas entre los distintos sectores en el seno de cada sociedad. Esta «sobredeterminación», que conforma una específica realidad socio-política en los países dominados, también genera una forma particular de relaciones políticas y sociales en los países dominantes, así como da cuenta de la dinámica que establece la confrontación entre potencias»

«...la convocatoria alrededor de valores fundantes, de identidades sociales básicas, ha demostrado históricamente poseer en determinadas coyunturas una potencia equivalente o superior a la de los intereses materiales, económico-sectoriales.».

«...supone plantear un problema central: la inexistencia de una oposición articulada, como alternativa a los proyectos que han logrado establecer los sectores dominantes en las distintas etapas históricas: ¿indica necesariamente la gestación de un consenso, o se trata de un disenso latente, replegado, defensivo, un disenso suficientemente desestructurado como para no hacer necesaria la represión?»

«Consideramos que no puede hablarse de una conciencia enajenada de los sectores populares en las regiones sometidas, más allá de la composición específica de clases y fuerzas sociales y culturales que hayan constituido lo popular en cada sociedad y/o en cada momento histórico. Hablamos de conciencia enajenada en el sentido de aceptar como propios y válidos la visión del mundo y las formas de explotación establecidas por los proyectos (imperiales) en las distintas etapas, de subordinarse a la hegemonía de las capas opresoras, de no percibir la realidad del dominio y la explotación».

En más sí el planteo afecta puntualmente al campo de nuestras preocupaciones. Aludía Marx en sus obras de juventud a la vida individual afirmando que ella se realiza cuando la vida se convierte en objeto para el hombre, esto es, cuando el hombre puede vivir para-sí-mismo conscientemente como género, la vida individual, por consiguiente, se contrapone al hombre particular cuyo fin es la autoconservación y cuya necesidad consiste en la identificación con todas las convenciones y exigencias del sistema..

El hombre contemporáneo, sujeto de la globalización, más allá de su particularidad, accede a la vida individual?

Es necesario que en el desarrollo de esta problemática realicemos precisiones respecto de lo que se constituye en nuestro objeto: el Hombre.

Nos referimos a los hombres concretos, que trabajan (o que no trabajan), que estudian, aman, esperan... que consumen los productos del trabajo, en otras palabras: los que forman parte de la sociedad que funciona sobre su base económica y que, en la mayoría de los casos reaccionan a las pretensiones de la propia socialidad en cuanto hombres particulares, surgiendo el ser de la sociedad de la totalidad de las acciones particulares.

Por tanto, la sociedad podrá ser comprendida en su evolución, en su totalidad cuando estemos en condiciones de entender la vida «particular» en su heterogeneidad universal.

Decimos la vida «particular»y estamos diciendo la vida cotidiana. Ella constituye la base de todas las reacciones espontáneas de los hombres a su ambiente social. A menudo puede parecerse caótica justamente porque en ella está dada la totalidad de los modos de reacción, explicitados bajo formas caótico-heterogéneas. Si pretendemos comprender la génesis histórico-social de tales reacciones debemos investigar esta zona del ser.

Tanto en lo que hace a metodología de investigación como a forma de exposición he tomado como base los trabajos de Agnes Heller [3], que ha hecho los aportes de mayor originalidad al estudio de la vida cotidiana, diferenciándose de otros autores o escuelas de pensamiento que, tanto sea en el plano de la psicología, la historia o la sociología han reducido el ámbito de la vida cotidiana al de la empiria no logrando superar sus trabajos el nivel de crónicas más o menos originales de la cotidianeidad. Al par de otorgarle categoría ontológica Heller se permite sostener que, junto a la estructura intranscendible de la vida cotidiana y a pesar de ella una vida cotidiana no alienada es también, al menos concebible. Así está superando el abordaje del existencialismo, más puntualmente de Heidegger, el Heidegger de 1927, que en «Ser y Tiempo» describe la vida cotidiana como una vida enajenada por principio, ya que, el punto central de su teoría es precisamente el estar arrojados a esta vida alienada. A partir de ello sólo habría una salida para el individuo y en un sentido negativo: la elección del ser para la muerte como ser auténtico.

En cuanto a Hegel, figura decisiva en cuanto reflexión vinculada a la historia se intente, su posición deja a la vida cotidiana, por principio, fuera de la filosofía. En consecuencia, el objeto de la filosofía es la alienación y el posterior retorno del espíritu universal a la historia universal. En este retorno, el hombre particular y su vida no cuentan en absoluto. Afirmaba Hegel: «El derecho del espíritu universal está sobre todos los derechos particulares», diciendo así que el hombre particular sólo cuenta en la medida en que es portador del espíritu universal y, con ello, de una personalidad histórico-universal.

El camino que toma Agnes Heller si bien considera como un problema central para sus investigaciones las conexiones prácticas e histórico-ontológicas de la vida cotidiana con las posiciones de valor auténticas de la genericidad (ética, filosofía y praxis social y política), su exposición está siempre orientada hacia las formas particulares de objetividad y de actividad de la vida cotidiana como totalidad específica.

De este modo trataremos de hacer comprensible la paradójica heterogeneidad de la vida cotidiana: una base ontológica constituída por la espontaneidad que es propia de la naturaleza particularista de las actividades humanas que acompañan a las reacciones primarias de los hombres a su humanización y se expresan en ella. Sin embargo, el desarrollo muestra cómo, incluso en los complejos suscitados por las reacciones particulares más primitivas, está presente como tendencia objetiva, algo más elevado de lo que se podría deducir de esta inmediatez. Es juntamente esta escala que se inicia en la pura particularidad inmediata y llega hasta las posiciones más generales (y elevadas), realizándose como «ser-para-sí» la que define la esfera ontológica de la vida cotidiana.

Los hombres particulares nacen en un mundo determinado y, necesariamente, deben apropiarse de los sistemas de exigencias de ese mundo determinado para poder vivir. Este mundo determinado no se ha constituído por obra de la vida cotidiana, en su constitución gravitan e intervienen un sistema de producción y de distribución, justamente aquél en el que nacen los particulares. La vida cotidiana es el ámbito de reproducción de las relaciones sociales que de tal modo de producción y distribución dominantes se derivan.

Qué sistema de producción y distribución son interiorizados en la vida cotidiana, así como qué principios morales y qué praxis moral se convierten en partes integrantes necesarias de la vida cotidiana, en qué medida están presentes el arte y la ciencia en la vida cotidiana y qué arte y qué ciencia nos dicen todo sobre la estructura conjunta de una determinada sociedad y de su grado de desarrollo genérico. Por lo tanto, en este sentido, el desarrollo (o la regresión) genérico se refleja en la vida cotidiana y es explicitable en ella.

Las claves que den satisfacción a nuestros interrogantes sobre la autoconciencia en el hombre de la globalización las hallaremos en las categorías propias de tal proceso.

La vida cotidiana es el ámbito donde las motivaciones y acciones tienden a la autopreservación que, por cierto, trasciende el plano de lo biológico y adhiere a las costumbres, los prejuicios, las conductas pragmáticas y un saber regido por el sentido común. Cuanto permita deslizarse por lo cómodo, evitar transgresiones que «desentonen», no faltar a las tradiciones legitimadoras, constituyen la realidad cotidiana, que se despliega en tiempo y espacio propios donde la intersubjetividad se plantea en términos de contactos.

Los contactos cotidianos son frecuentemente alienados, predeterminados casi universalmente por relaciones derivadas de la división del trabajo, así, en el seno de la familia la relación entre padre e hijo, por ejemplo, se ha transformado muchas veces en el curso de la historia y las formas de contacto entre hombres y mujeres, mediadas por las costumbres, cambian notablemente.

Recordemos un planteo que uno suele hacer a su interlocutor, cuando quiere eliminar de la relación cuanto factor de alienación pueda afectar sus conclusiones, así decimos: «Quisiera que hablemos de hombre a hombre», se está diciendo que no se quiere considerar los papeles en la división del trabajo o las costumbres que regulan los contactos en la sociedad. En otras palabras, el «de hombre a hombre» es un reclamo a la genericidad, a la superación de la particularidad. Tomando en cuenta que, los que se relacionan en los contactos cotidianos son hombres particulares concretos, no portadores de roles, por consiguiente, el carácter del particular se manifiesta como un todo unitario en los diversos contactos, ante cualquier persona y en distintas situaciones; sólo en casos de extrema alienación el contacto cristaliza en rol.

¿Qué decir sobre las posibilidades de igualdad y desigualdad en los contactos cotidianos?

Una mirada a las sociedades de clase muestra que los contactos basados en la igualdad son correlativos a los basados en la desigualdad. El ministro y el ministro, ama de casa y ama de casa, abogado y abogado, entran en contacto entre ellos de igual a igual. De modo que la misma igualdad personal es alienada, en cuanto se convierte en función de la desigualdad social. Se tiene además, una relación igualada entre desiguales, puesto que se está considerando iguales a personas desiguales por sus cualidades humanas. No nos referimos solamente a que sea potenciada la apariencia de las cualidades personales (digamos: quien tiene dinero es hermoso, gracioso, inteligente), sino sobre todo a que solamente algunos sectores privilegiados en la división social del trabajo ofrecen la posibilidad de desarrollar ciertas capacidades humanas (saber, cultura, buen gusto). Para aquellos que se empeñan en renovadas apologías a la sociedad de clase este fenómeno les sirve de argumento contra la igualdad. Daré un ejemplo (entre muchos): Se dice: «las mujeres no pueden ser situadas al mismo nivel que los hombres, nunca han producido nada grande, aún hoy son incultas, votan de un modo reaccionario, etc, etc,»

Sólo podríamos hablar de una igualdad personal no alienada y que ella se constituyera en fenómeno socialmente típico cuando en lugar de las vigentes relaciones de superioridad-inferioridad, existan relaciones de dependencia personal basadas únicamente en la diferencia de capacidad. El opuesto real de la desigualdad no es, por consiguiente, la igualdad, sino la igualdad libre en la que el contacto interpersonal es efectivamente un contacto de hombre a hombre, entre este «ser humano» y aquel otro «ser humano».

Espero poder desarrollar una breve caracterización de espacio y tiempo cotidianos para, al menos haber explicitado estas categorías y analizado los contactos que puedan significar elementos básicos en aquéllo que sólo me he propuesto plantear como interrogante dotado de algunos fundamentos teóricos: La autoconciencia.

El contacto cotidiano tiene su espacio que le es propio, cuyo carácter distintivo es ser antropocéntrico: en su centro siempre está un hombre viviendo su vida cotidiana; en ella son importantes lo conocido y lo habitual que son el fundamento de nuestras acciones y una necesidad nuestra. Necesitamos poseer un punto fijo en el espacio, un lugar desde el cual «partir» todos los días, y al cual «volver» siempre, esto forma parte de la vida cotidiana de la mayoría de los hombres. Este punto fijo es la casa. La casa, no es sólo el edificio, la habitación, el lugar donde está la familia. Lo conocido y lo habitual son necesarios para crear un sentido de familiaridad, pero no agotan la categoría de casa. Es necesario que exista también el sentido de seguridad: la casa protege. Contribuyen también relaciones afectivas intensas y sólidas: lo que el lenguaje cotidiano llama con precisión el calor de hogar.

Al cabo de la jornada de trabajo, (o de búsqueda de trabajo), de las horas de estudio, de la fiesta, de las vivencias felices o desgraciadas del «afuera», ¿qué significa «me voy a casa»? Ir a casa significa moverse hacia un lugar fijo en el espacio donde están (nos esperan) las (nuestras) cosas conocidas, habituales, la seguridad y una importante dosis de sentimiento.

El tiempo cotidiano, al igual que el espacio, es antropocéntrico. Así como el espacio se refiere al aquí del particular, el tiempo se refiere al ahora. El sistema de referencia del tiempo cotidiano es el presente.

Si nos remitimos al concepto filosófico del tiempo nos encontramos con que éste se reduce a la irreversibilidad de los acontecimientos y de los hechos. La irreversibilidad en cuanto concepto no aparece en el pensamiento cotidiano, pero el hecho de la irreversibilidad es parte orgánica de nuestra conciencia temporal cotidiana. De ello dan cuenta las múltiples expresiones de lamento por las ocasiones perdidas, lo que no se supo aprovechar, la suerte que se dejó pasar, así las formas de decirlo como: «lo que está hecho, hecho está y no tiene remedio», «las cosas pasadas no volverán», «todo tiempo pasado fue mejor», «lo pasado, pisado», etc. Si bien advierte la irreversibilidad, el pensamiento cotidiano no puede resignarse a ella y en sus afanes en torno a lo irremediamente pasado se dan los múltiples juegos sobre «lo que habría sucedido si». Cuanto más mísera es la vida de alguien más difícil resulta aceptar la irreversibilidad de lo pasado. De aquí nace también la necesidad religiosa que impulsa a creer que los hechos negativos se han dado por voluntad divina, que el arrepentimiento cancela nuestras culpas y que el «más allá», la vida eterna, cumple la función de reparación en el infinito.

La no resignación a la irreversibilidad es un modo de reaccionar al hecho irrevocable de la finitud de la vida, su limitación. El saber relativo al fin de la vida, a la muerte (la nuestra y la de otros) penetra todo el campo de acción de la actuación y del pensar cotidianos. Los hombres no consiguen prescindir de la muerte en sus acciones. Si no existiese la muerte los hombres, en su gran mayoría, serían honestos porque la deshonestidad es, frecuentemente, una consecuencia de «la falta de tiempo»: el temor a perder para siempre lo que no se haya obtenido hoy. Esto no significa que la gente esté pensando en la muerte; por el contrario, en la vida cotidiana lo que predominan son los objetivos a lograr, los proyectos, el trabajo, los viajes, la compra del auto o de la vivienda así como el dolor por las pérdidas sufridas.

El marco teórico explicitado hasta aquí requiere de la referencia concreta: a los hombres particulares, concretos, históricos, remitidos a esta vida cotidiana que se realiza en estos contactos determinados por estos espacio y tiempo cotidianos que vivimos en esta formación social, cuya base está dada en la presente etapa del desarrollo capitalista con las modalidades de producción y circulación que le son propias y de las que se derivan las relaciones sociales que nos son contemporáneas. Con el desarrollo científico y tecnológico que nos permite reducir a la virtualidad «contactos» que «fueron» tan inmediatos como el sexo y que despliega formas tan fugaces como

carnavalescas en las múltiples e insólitas personificaciones del poder. Ya las irónicas fantasías de Woody Allen en «El dormilón» o los mágicos coroneles de García Márquez no alcanzan a sus sinónimos reales.

¿Cuántos hombres han perdido su espacio cotidiano, el lugar de los afectos, lo conocido, lo seguro y familiar?

¿Que proporción del tiempo cotidiano que no es trabajo obligado no está determinado por el azaroso viaje a través del territorio urbano plagado de amenazas e incertidumbres?

Si suponemos una visita a una casa, en la que alguno de los miembros de la familia o su único habitante nos reciban: ¿a qué informativo de cadenas nacionales o, internacionales deberemos prestar oído desde el primer momento porque...el bombardeo al Líbano, la conferencia de prensa del Comandante Marcos, las nuevas formas de asesinato político-cibernético, el desfile de Valeria Massa o esta cuestión de la venta de armas a Ecuador son información que debemos conocer impostergablemente?

Además, cuando termine el informativo quizá podremos saber más en cantidad y calidad de verdad si vemos algún espacio que con vestiduras académicas esté mostrándonos uno de los numerosos «formadores de opinión», (manipuladores quizá los hubiesen llamado los filósofos de Frankfurt).

¿Si decidimos un encuentro o un solitario paseo a una plaza? Allí estarán sus infaltables pobladores cuyos paseos en grupo, cada uno asido a su correa deja secuelas de residuos porque el espacio público, el de «nosotros» no merece cuidado; también puede ser que el relativo silencio de la plaza haya sido anulado por uno o más vociferantes difusores de fórmulas para la salvación...

En algunos lugares vip, si ése fuera nuestro imaginario ámbito de recorrido cotidiano, podríamos vernos rodeados por un volumen de sonido excluyente al punto de haber dejado sólo bailarines que con un dejo marcadamente autista acompañan sus cuerpos a la música .

En los primorosos lugares de, por ejemplo, Puerto Madero, esa especie de orquídea que se ha colgado Buenos Aires junto al río, otros son los olores, las conversaciones, el tiempo destinado a comer, a resolver un negocio o, por ahí, negociar una buena compañía. Aquí, como allí, allá, los particulares ¿gozan de la posibilidad elevadamente humana de ser uno, irrepetible, singular, único y al mismo tiempo todos, genérico, «nosotros»?

Mi interrogante es: ¿Estos tiempos de la globalización , con su a-historicidad, no están postergando el placer, «mediatizándolo» quizá, como cosa propia de esta cultura de imagen de imágenes? ... Si así fuese, esta contemporaneidad «globalizada» profundiza más allá de lo supuesto la «extrañación», aún en el plano de la satisfacción de las necesidades particulares, de ellas mismas los hombres somos extrañados; si en esta sucesión de momentos comprometidos con el intercambio y el consumo ya no cabe el placer, se observa como muy lejana la posibilidad de la «autoconciencia», entendiéndola que ella es posible cuando el hombre asume la conducción de su vida, más allá de las determinaciones emanadas de la dominación, cuando la conciencia de sí supera el límite de la autoconservación porque las acciones se desarrollan mediadas por la genericidad; mediación que se materializa a partir de la ética y su concreción en la conducta moral.

Este es el momento -que la historia ha registrado bajo formas diferentes en distintas etapas- de vigencia de las relaciones solidarias, de re-conocimiento de sí en el otro, de reencuentro del hombre consigo «enteramente», superando la fragmentación, la reducción de la subjetividad a sucesivos roles . Desde esta perspectiva interpreto las constantes demandas de distintos grupos de la sociedad que reclaman la ética, en crisis, acorde con otras situaciones críticas. Cuando los ciudadanos son

convocados a elegir gobernantes, crecientemente observamos que el análisis y la opción se detienen en la ética; podemos suponer que decrece la seducción del discurso que no cuente con tal fundamento ético, que, necesariamente el hombre busca tal reencuentro que planteo en términos de autoconciencia. Y este reencuentro se dará simultáneamente en el ámbito «privado» de la vida cotidiana, como en el «público» de las instituciones, puesto que ambos son in-escindibles.

Notas

[1] – PARSONS, Talcott, «El comunismo y Occidente, sociología del conflicto» en ETZIONI, Amitai y Eva, Los cambios sociales», F.C.E., México, 1968.

[2] – ARGUMEDO, Alcira, Los laberintos de la crisis – América latina: poder transnacional y comunicaciones, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, Puntosur Editores, Montevideo-Buenos Aires, 1987.

[3] – HELLER, Agnes, Sociología de la vida cotidiana, 2ª. edición, Península, Barcelona, 1987.

La familia desde la perspectiva de Pierre Bourdieu

Silvia Anguiano de Campero

Profesora de Sociología I y II. F.I.C.E.S.- U.N.S.L.

W. Goode afirma en *Sociology Today*- 1977, «...que aún hoy la producción teórica sobre familia no suele ser uno de los temas predilectos de los sociólogos. En Argentina, la situación no es diferente a la de otros países». Así lo afirma Catalina Wainerman

«La familia es una institución que ha estado notablemente ausente de los programas de investigación de los científicos sociales en la Argentina... la Cepal afirma que su estudio fue relegado por otros temas que aparecen como más acuciantes ... y por otra parte a las dificultades que opone la captación de su estructura y su dinámica» [1]. Sin embargo, los problemas que atraviesa la sociedad hoy, y después de un período donde se ha sometido a la familia a duras críticas ya sea como reproductora de la estructura social o como perpetuadora de las desigualdades e injusticias sociales, parecen colocar a la familia en un nuevo lugar en la mira de los sociólogos.

La situación de vastos sectores de la población bajo la línea de pobreza y con necesidades básicas insatisfechas, el aumento de la desocupación que afecta fundamentalmente a jefes de hogares, la indefensión de los sectores populares por el retiro y desguace del Estado de Bienestar, ha generado una preocupación pública creciente en torno de esta institución.

Conforme a este interés, la investigación sobre familia se dirige especialmente a la indagación de problemas familiares con el objetivo de propender a su solución y de mejorar las políticas estatales encaminadas en esa dirección. En este sentido es meritorio el esfuerzo de la Unicef en esta temática, en especial los trabajos de Elizabeth Jelin, Catalina Wainerman, Eva Giberti, Ricardo Cicerchia, Rosa Geldstein entre otros.

Este interés se ve dificultado por la escasa producción teórica sobre este tema que descansa fundamentalmente en la creencia sobre la poca relevancia del tema familiar en relación al aporte que desde él puede hacerse a la teoría sociológica.

Esta creencia se basa en la hipótesis, que ha dominado un largo período en la sociología, que afirma el carácter dependiente de la variable familiar, por lo cual es posible explicar la familia por el sistema económico, político y social dominante, pero no es posible explicar otras instituciones o la sociedad a partir del estudio de la familia. Esta hipótesis surgida alrededor del siglo pasado está presente en los trabajos pioneros de Le Play (1871), para quien la familia precapitalista de tipo extensa es suplantada por la familia nuclear porque es la que mejor se adapta al proceso de industrialización en la sociedad capitalista o en Engels cuando afirmaba que el orden social se halla subordinado a los vínculos familiares cuando menos desarrollados están el trabajo y los medios de producción, no siendo posible por lo tanto, entender hoy el orden social a partir de los vínculos familiares sino a través de las relaciones económicas.

Nuestra convicción es que no hay objetos privilegiados epistemológicamente para indagar en lo social, y lo que señala la relevancia de un tema es el marco teórico en que se lo incluye. En este sentido la obra de Pierre Bourdieu proporciona un aporte sustancial, desde la teoría sociológica, porque construye una teoría sistemática que permite construir el objeto familia tanto con pertinencia teórica como con relevancia empírica.

En efecto, los aportes de antropólogos y sociólogos han delimitado un uso empírico que implica una definición clásica de familia. En este uso clásico se concibe a la Estructura familiar como

relacionada fundamentalmente a un sustrato biológico: la relación entre los géneros, la procreación, la ligazón por la consanguinidad, el parentesco o mas excepcionalmente por la adopción, a los que se agrega la convivencia bajo un mismo techo, economía compartida, el sustento cotidiano, la reproducción material de la vida y del hombre: «el reino de lo doméstico».

En relación a su dinámica, el concepto de Organización da cuenta de los mecanismos de conservación de la unidad para la acción, distribución del poder, componentes ideológicos y afectivos que preservan la integración, que permiten su persistencia en el tiempo y su reproducción. [2] En este sentido Bourdieu aborda el tema desde una teoría general de las instituciones incluida en una teoría sistemática de lo social, poniendo en conexión teórica y empírica el tema de la estructura y dinámica de la familia, dándole así relevancia a su estudio.

Nuestro objetivo en el presente trabajo es analizar el artículo de Bourdieu «L'esprit de famille» incluido en el Anexo el libro *Raison Practiques: sur la theorie de la action* (Seuil-Paris-1994)

En este trabajo, hay dos conceptos fundamentales que se relacionan con este tema: el de lo familiar como «campo» en especial como campo doméstico, y el de la familia como «cuerpo». Para acceder a ellos, sin embargo, es preciso proceder a una breve introducción al sistema teórico del autor para entender el lugar que dichos conceptos tienen en él. [3] En su perspectiva este autor considera a la sociedad como un todo estructurado en clases sociales que se encuentran en lucha. La idea de espacio social es la que da cuenta del carácter estructural de este todo. Este espacio Social se extiende como una red constituida por las relaciones entre las diferentes posiciones que los agentes ocupan en la distribución o posesión diferencial de ciertos bienes que dan poder en el mundo social de los agentes. Alrededor de estos bienes se generan espacios de juego «históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias». Por lo que, el espacio social se nos presenta como un conjunto abierto de «campos» relativamente autónomos y más o menos subordinados en su funcionamiento y en sus transformaciones, al campo de la producción económica. El elemento central que delimita un campus es » que hay algo en juego (el Capital) y gente dispuesta a jugar» a realizar las «apuestas necesarias»; a » aceptar las reglas de juego o luchar por cambiarlas, definir las «cartas de triunfo» o luchar por » la definición misma de lo que está en juego». Esta es la lógica de la lucha por el poder que define y delimita un campo. El capital, como poder vigente en cada campo, actúa como principio de construcción de la diferenciación social entre posiciones que delimitan el espacio social. Este capital es el que está en juego en cada campo y lo que permite, a su vez, distinguir diferentes campos, fuertemente interdependientes, conforme al tipo de capital en juego (capital económico, cultural simbólico y social).

Las diferencias sociales se objetivan en tipos de bienes, casas, vestidos, modos de hablar de relacionarse, y se subjetivizan , en modos de ver, de pensar propios de la posición social del agente. El espacio social se convierte así en espacio social simbólico, constituido por grupos de «Status» con diferentes estilos de vida. Esta estructuración objetiva no privilegia el factor económico aunque reconoce su fuerza, ya que según este autor, las clases sociales dibujadas en el papel, construidas por el investigador (siempre en contacto con los datos) no se construyen por la consideración de un sólo factor ni una suma de factores, sino por la estructura de todas las relaciones entre todas las propiedades pertinentes que confieren a cada una de ellas su valor propio.

Condiciones objetivas y objetivaciones simbólicas contribuyen a la diferenciación social y la distinción simbólica entre las clases sociales.

Ahora bien, el mundo social está estructurado objetivamente, pero la posición que se ocupa en este espacio somete a los agentes a un condicionamiento semejante y por ello es probable que se adquieran disposiciones (formas de pensar, de percibir, de ver, de dividir y de evaluar, necesidades, capacidades, etc.) semejantes (habitus) que a su vez determinan una fuerte probabilidad de producir

prácticas semejantes. Las estructuras objetivas son incorporadas por un trabajo de inculcación (instituyente) como estructuras subjetivas, ésto es, como criterios clasificatorios, modos de ver, percibir y decir que lo dejan dispuesto al agente para producir prácticas igualmente enclasables. Por ello el habitus es principio generador de prácticas y sistema de enclasamiento de esas prácticas que permite construir el «mundo social representado», dando las bases para la comprensión del «sentido común».

Las representaciones que los agentes se hacen del mundo social, contribuyen a la construcción de ese mundo.

Los sistemas simbólicos son instrumento de conocimiento y construcción de lo real. Estas representaciones constituyen un «punto de vista» o «vista tomada desde un punto» (desde la posición social que el agente ocupa).

El conocimiento de lo social y de las categorías que lo posibilitan es lo que está en juego en la lucha política. Lucha a la vez teórica y práctica por conservar o transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción del mundo social. Es posible por lo tanto, cambiar el mundo social, cambiando su representación.

La lucha política se lleva a cabo por un «trabajo de categorización, de explicitación y clasificación que representa un » formidable poder social, el poder de hacer los grupos haciendo el sentido común», que consiste en hacer existir, en objetivar, hacer visible y decible aquello que estaba en estado de experiencia individual (como malestar o inquietud) y que de esta manera se hace público. Lucha que se verifica sin cesar en el campo de la producción cultural mediante las luchas de producción cultural, en especial en el subcampo político. Lo que está en juego en la lucha política es, por lo tanto, la definición misma de lo que es » legítimo», en especial, de la «legitimidad » de los principios de división del campo social.

El poder que cada agente posee en esta lucha es proporcional al capital simbólico que ha acumulado, esto es, al reconocimiento que recibe de un grupo que le permite imponer un «percipere», una visión de las cosas, esto es, se le reconoce como autoridad o con autoridad para hablar. [4] Por una ficción social, una persona se transforma en símbolo del grupo, cerrando el círculo sobre sí mismo: «el mandatario recibe del grupo el poder de hacer el grupo». El grupo hace existir al portavoz y el portavoz es lo que permite al grupo existir.

Estas ficciones sociales son el producto de las luchas históricas que se verifican en cada campo y que se objetivan, se materializan en instituciones y se incorporan, por un trabajo instituyente, en las disposiciones de los agentes que las hacen funcionar o las combaten.

Las instituciones son así «invenciones sociales» cuya función es representar, hacer actuar y hablar a los «cuerpos».

Los «cuerpos» son otras invenciones históricas que dotan de una integración duradera a los grupos, afirmándolos como grupos, con una «identidad social», recreados continuamente por la acción de los portavoces permanentes, y las instituciones encargadas de reproducir la creencia en su existencia. Esta creencia, que está en la base de lo instituido, se logra por un trabajo instituyente (donde se destacan los rituales sociales) que tiende a la «naturalización» del grupo para justificar plenamente su existencia, que oculta lo que tiene de creación, de invención social e histórica.

Desde esta perspectiva, por fuerza expuesta en forma demasiado sintética, Bourdieu aborda el tema familia en tanto que ficción social, no totalmente artificial, ya que de otro modo la empresa de constitución no habría tenido éxito, como producto histórico de una larga elaboración colectiva.

En este sentido, creemos que la perspectiva teórica de este autor nos proporciona un marco adecuado para sistematizar tanto el aporte de autores claves del pensamiento sociológico, como también la sistematización de perspectivas provenientes de disciplinas como la sociología, antropología y psicología social, etc.

En efecto, ya se ha señalado con anterioridad la influencia que han tenido en su construcción teórica autores como Marx, Weber y Durkheim, para recordar los más significativos, y que muy sucintamente podemos distinguir: el aporte de Marx, en su concepción de la sociedad como un todo estructurado en clases sociales que se encuentran en lucha; el de Weber, en su distinción entre el mundo social objetivo y el mundo social representado y el reconocimiento de la dimensión simbólica como uno de los estructurantes de la sociedad en clases sociales, transformando el tema de la conciencia de clase (de Marx) en un problema político y de acción política y de lucha cultural (que recepta aportes de Gramsci); y finalmente, el aporte de Durkheim a su concepción del proceso de diferenciación social, institucionalización, proceso instituyente y de lo instituido como ficciones sociales creadas colectivamente.

En segundo lugar, al ser la realidad social, según Bourdieu, «objetiva y subjetiva a la vez», decantada en los cuerpos y en las cosas, permite considerar conjuntamente los dos paradigmas vigentes en las ciencias sociales: el objetivista que suelen privilegiar ciertos sociólogos, para los que el mundo social se componen de objetos independientes de la conciencia del individuo y de la voluntad de los agentes, que son capaces de coaccionar sus prácticas y representaciones, y por otra parte, el subjetivismo preponderante en otras disciplinas sociales que privilegian aquellos que toman por objeto la percepción, las perspectivas, los puntos de vista que los agentes tienen de esa realidad.

Nos resta solamente efectuar una última consideración.

La teoría de este autor es una construcción sistemática constituida por conceptos construidos por el investigador en función de un problema de investigación. Estos conceptos se construyen en una relación constante y sistemática con los datos, que le permite, a su vez, relacionar sistemáticamente los hechos. Por lo tanto los conceptos tienen «significado» dentro del sistema teórico que los articula, por lo cual son válidos como instrumentos de análisis en la medida que son considerados empíricamente de modo conjunto y dentro del sistema que les confiere sentido.

El artículo sobre el *L'esprit de famille* está dedicado a analizar como «la familia», en tanto ficción nominal (categoría) deviene en grupo dotado de una identidad social, conocida y reconocida, esto es, se constituye en «cuerpo», que pone los límites dentro de los cuales la familia funciona como «campo». La construcción de un «espíritu de familia», del «sentimiento familiar» como principio afectivo de cohesión social es un principio construido socialmente que instituye el funcionamiento como «cuerpo» a un grupo que, de otro modo, tiende a funcionar como «campo». Gracias a este espíritu de familia que le permite constituirse en cuerpo, la familia cumple un rol determinante en el mantenimiento y reproducción del orden social, constituyéndose de este modo en una «ficción social bien fundada» y garantizada por el Estado.

La familia como principio de construcción y evaluación social socialmente construido.

En el discurso sobre la familia, lo que los agentes dicen de la familia, que los etnometodólogos califican como ideología política, Bourdieu descubre un mandato social: el mandato de vivir en familia, el mandato de construcción del orden social estableciendo un agrupamiento en familias.

¿Cuál es el contenido de este mandato? Tomando por base el análisis etnometodológico sobre el discurso familiar, Bourdieu distingue las siguientes propiedades:

En primer lugar, se concibe a la familia «como una realidad trascendente a sus miembros, un personaje transpersonal dotado de una vida y un espíritu común y una visión particular del mundo». [5]

En segundo lugar se considera a la familia como «un universo separado en donde sus integrantes están comprometidos a respetar y perpetuar las fronteras» que lo separan de los demás, «idealizando su interior como sagrado, sanctum, secreto de puertas cerradas sobre su intimidad, separado del exterior por la barrera simbólica del umbral, lugar secreto de asuntos privados», privado en tanto propio y oculto a lo público, oculto a la mirada del extraño. [6]

En tercer lugar, agrega Bourdieu, el significado de morada: lugar estable donde vive la familia, asociado al de «maisonne: casa y todo lo que ella contiene como conjunto indefinidamente transmisible.

De esta manera concebimos la familia como agente activo, como sujeto de prácticas sociales, como sujeto capaz de pensar, capaz de sentimientos y acción, lugar secreto y sagrado y base de la transmisión patrimonial entre las generaciones.

Como mandato social, implica una serie de prescripciones normativas relativas a la buena manera de vivir las relaciones domésticas: la familia debe ser el lugar donde está suspendidas las leyes del mundo económico ya que es el lugar de la confianza y de los regalos (por oposición a mercado e intercambio económico), la familia debe representar la refutación del espíritu de cálculo, del interés económico (que requiere la equivalencia en el intercambio); la familia debe ser el lugar de los afectos y la confianza.

Como toda categoría la familia además de ser principio de construcción es principio de evaluación de la realidad social. En este sentido la familia se erige en modelo universal para evaluar todas las relaciones sociales, por oposición o cercanía, como por ejemplo cuando calificamos una relación de «fraternal» estamos significando que en dicha relación está suprimido el sexo y todo interés económico, como una relación entre hermanos.

Pero además, este principio de construcción social está, él mismo, socialmente construido y compartido.

Sostiene Bourdieu que «la familia normal» es un principio de visión y de división común, ya que está en todos nuestros espíritus porque «él nos es inculcado a través de un trabajo de socialización que opera en un universo que él mismo está organizado según la división en familias». [7]

Por el proceso de socialización, las estructuras objetivas son incorporadas a la psiquis como estructuras subjetivas, esto es, como principio constitutivos de nuestros habitus, como estructura mental, que al ser producto de la estructura objetiva se incorpora como estructura estructurada dispuesta a funcionar como estructura estructurante de nuestras prácticas (mas próxima al inconsciente que a la conciencia. Por eso está presente en todos los cerebros como «ley tácita de la percepción y de las prácticas» [8], «como principio generador de prácticas y representaciones»

La familia normal es un principio de construcción «inmanente al individuo (en tanto colectivo incorporado) y trascendente en relación a ellos puesto que se encuentra bajo la forma de la objetividad dentro de todos los otros, esto es trascendental en el sentido de Kant, porque al estar inmanente en los hábitos, se impone como trascendente», y agrega «Este es el fundamento de la ontología especial de grupos sociales (familias, etnias, naciones): inscritas a la vez en la objetividad de las estructuras sociales y en la subjetividad de las estructuras mentales, objetivamente orquestadas, ellas se presentan con la opacidad y la resistencia de las cosas a pesar de que son el producto de actos de construcción». [9]

Esta orquestación objetiva es la que funda la creencia de que la familia es lo más natural y universal de la experiencia humana. Esta «naturalización de la familia» oculta lo que tiene de creación arbitraria.

La familia como «cuerpo» y como «campo»

¿Por qué la familia a pesar de ser una creación arbitraria que no tiene más fundamento que la creación social nos parece la más natural de las categorías sociales y nos proporciona el modelo de todos los cuerpos sociales?

Porque ella se incorpora como habitus en el «seno mismo de una familia como ficción social realizada.

¿Cómo la familia en tanto ficción nominal deviene grupo real ?

Su hipótesis es que por un verdadero trabajo de institución la familia se constituye en grupo real, integrado y dotado de una identidad social conocida y reconocida.

El trabajo de institución consiste en un trabajo ritual y técnico que instituye los sentimientos, en cada uno de sus miembros, que aseguren la integración. Transforma a los miembros en «integrantes» de una unidad, hace nacer la unidad, la integra y la corporiza. La familia como cuerpo es un grupo integrado en un «nosotros» capaz de pensar y actuar en función de ese «nosotros». Este sentimiento de ser integrantes es la condición para que se efectivice la integración y se presente a los demás como unidad dotada de una identidad conocida y reconocida.

Las técnicas y rituales que componen este trabajo de institución viabilizan el mandato integrador, cierran al grupo hacia adentro y lo presentan como unidad frente a los demás. (Se puede consultar *Qué es hablar?* de P. Bourdieu para una mejor comprensión de los ritos instituyentes)

Estas técnicas y rituales están presentes desde el momento mismo de la creación del grupo como cuerpo: casamiento, imposición de un nombre de familia, y se prolonga durante toda su existencia en celebraciones que consolidan la unidad familiar (que solemos eternizar en fotografías que conmemoran las celebraciones)

Este trabajo instituyente produce los «afectos obligados y las obligaciones afectivas» que nos sacan de nuestra disposición a actuar como individuos separados, incorporando en nosotros una disposición a actuar para el grupo, a través del mantenimiento del sentimiento familiar: el mandato de amor conyugal, amor filial, amor maternal, amor fraternal, obligación de amar que se transforma por este trabajo simbólico y práctico en «disposición amante», y dota a cada uno de los miembros del «espíritu de familia» generador de afectos, sacrificios, generosidad y solidaridad.

[10]Este principio está en la base de miles de actos cotidianos como atenciones, servicios, visitas, regalos y gentilezas que afectan principalmente a las mujeres quienes son las encargadas de mantener las relaciones por medio de intercambios rituales,

Este «espíritu de familia» es el precio que hay que pagar para que la familia funcione como cuerpo, es principio de cohesión, de adhesión vital al grupo familiar.

La institución familia se materializa así en grupos reales, se objetiviza en grupos dotados de una identidad social conocida y reconocida

La creencia en su existencia es así creada y renovada mediante ritos y técnicas instituyentes.

Este trabajo instituyente pone los límites de funcionamiento como «campo» al grupo familiar. La naturalización de la arbitrariedad social encubre el funcionamiento como «campo» de este grupo social. En tanto campo la familia es un complejo interrelacionado de posiciones sociales que luchan, y donde la estructura del campo es un estado de esas relaciones de fuerza en el tiempo. Estas relaciones de fuerza física, económica, y sobre todo simbólica están ligadas al volumen y a la estructura del capital poseído por los diferentes miembros y a sus luchas por conservar o transformar esas relaciones de fuerza.

No todos los miembros internalizan del mismo modo la disposición a actuar como unidad, a conformarse con la visión dominante, por ello debe contarse siempre con el potencial de ruptura que tiene la familia funcionando como campo.

La dominación masculina orienta hacia la lógica de cuerpo, considerando Bourdieu que la integración sea probablemente un efecto de la dominación. De este modo, si bien la madre es en general la responsable de los rituales de integración provocando en sus miembros una afinidad de hábitos, la dominación masculina impone los límites a las luchas del campo doméstico. Este reforzamiento de la dominación masculina contribuye al funcionamiento como cuerpo de la familia.

La familia como agente de prácticas sociales y como reproductora del orden social

Garantizada su existencia como cuerpo, la familia se constituye así en sujeto de prácticas sociales, y de este modo se transforma en un elemento indispensable en la reproducción del orden social, no sólo en relación a la reproducción biológica de la sociedad, sino fundamentalmente en la reproducción social en general y en particular, en la reproducción del espacio social y de las relaciones sociales.

La familia es el lugar por excelencia de la acumulación de capital de diferentes especies y de la transmisión entre generaciones: «ella salvaguarda su unidad por la transmisión y para la transmisión a fin de poder transmitir y porque ella es la unidad de medida para transmitir. Ella es el sujeto principal de las estrategias de reproducción». [11]

Esto es posible verificarlo en la transmisión del nombre de familia, el apellido, elemento principal del capital simbólico hereditario; la transmisión del patrimonio, elemento central del capital económico y simbólico.

De este modo el grupo perpetúa o mejora o pierde su posición de clase, de acuerdo con el resultado de una gestión colectiva del capital familiar. La unidad familiar es la condición para una adecuación entre el interés egoísta que siempre amenaza con la dilapidación del capital poseído colectivamente por los miembros de la comunidad doméstica.

De este modo, la familia bajo la definición de «familia legítima» es un privilegio instituido en norma universal. El trabajo de institucionalización universaliza la norma hace exigible la norma universalmente, sin tener en cuenta que las condiciones para acceder a lo que se exige, no son para nada universales. Este privilegio, es además un privilegio simbólico: el tener una «familia normal» da una ganancia simbólica de normalidad. Como toda consagración social, es una consagración de diferencias y así como todo lo sagrado tiene su profano, toda familia normal tiene como contrapartida la familia que no es normal que queda diferenciada negativamente. En todo grupo institucionalizado hay un grupo oculto.

El Estado como instituyente de las categorías oficiales y de la vida familiar

¿Quiénes construyen las categorías oficiales como instituciones existentes con la objetividad del mundo social, bajo la forma de cuerpos sociales con espíritu socializado bajo la forma de principios clasificatorios?

«Está claro, en efecto, que en las sociedades modernas el principal responsable de la construcción de categorías oficiales, según las cuales son estructuradas la población y los espíritus es el Estado, que a través de un trabajo de codificación combinando efectos económicos y sociales bien reales (como los subsidios familiares) viene a favorecer una cierta forma de organización familiar reforzando a quienes están en condiciones de conformarse a esta forma de organización y alentar por todos los medios, materiales y simbólicos el conformismo lógico y el conformismo moral como sistema de aprehensión y construcción del mundo, de la cual esta forma de organización, esta categoría es la clave». [12]

Los magistrados, los funcionarios estatales, los jueces pero también los agentes sociales, los trabajadores sociales y los sociólogos contribuyen a reproducir el pensamiento estatal cuando procediendo acriticamente hacen uso de las categorías de sentido común. Bajo la apariencia de describir una realidad social prescriben e imponen un modo de existencia: la vida en familia.

Los funcionarios, agentes sociales, demógrafos y sociólogos estas investidos para consagrar y trazar las diferencias.

La división entre lo público y lo privado encubre, que lo público está presente en lo privado ya que lo privado mismo depende de acciones públicas. Por un largo trabajo de construcción jurídico-político concretado en leyes la familia moderna y lo que entendemos por ella depende para existir de acciones públicas. El Estado interviene a través de todas las cuestiones sobre «el estado civil», a través de la justicia no solo cuando resuelve cuestiones de familia sino cuando para adecuar la pena tiene en cuenta de indicadores en conformidad con la definición oficial de familia; a través de la acción política como la política de vivienda, etc.

De este modo, concluye Bourdieu la familia es una ficción, un artefacto social, una ilusión de los sentidos en el sentido más ordinario del término, pero una ilusión bien fundada porque se produce y reproduce con la garantía del Estado, ella recibe del Estado los medios de asistencia y subsistencia

Esto nos conduce a repensar la definición misma de familia, el punto de vista del estudioso que al tomar por base el discurso oficial contribuye a construir la realidad que pretende verificar.

Notas

[1] – Catalina Wainerman.: Vivir en Familia, Losada. 1994. Bs. As. Ed. Unicef.

[2] – Jelin, E.: Vivir en familia. Ed. Unicef- Losada. 1994. Pag. 24 a 31

- [3] – Estos temas pueden consultarse en la bibliografía editada en castellano de Bourdieu, P., que se señala al final del presente artículo.
- [4] – Bourdieu, P: Espacio social y génesis de las clases. Pag. 306
- [5] – Bourdieu, P: Op. cit. Pag. 136
- [6] – Bourdieu, P:Op. cit. Pag. 136.
- [7] – Bourdieu, P: Op. Cit.pag. 137).
- [8] – Bourdieu, P: (pag. 137).
- [9] – Bourdieu, P: (pag. 138).
- [10] – Bourdieu, P: Op. cit. pág.140
- [11] – Bourdieu, P: Op,cit.pág 140
- [12] – Bourdieu, P: Op.cit. pag. 143-144

BIBLIOGRAFIA

- BOURDIEU, Pierre: «Sociología y cultura» Ed. Grijalbo. México. 1990. (En especial los capítulos: «Algunas propiedades de los campos» y «Espacio social y génesis de las clases»)
- BOURDIEU, Pierre: «La Distinción» Ed. Taurus. Madrid. 1988 (En especial los capítulos » El espacio social y sus transformaciones» y «El habitus y el espacio de los estilos de vida»)
- BOURDIEU, Pierre: «Cosas Dichas» Ed. Gedisa. Bs. As. 1988. (El capítulo «Espacio social y poder simbólico»)
- BOURDIEU, Pierre: «L'esprit de famille» Anexe «Raison pratique sur la theorie de l'action» Seuil – Paris. 1994.
- GUTIERREZ, Alicia: «Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales» Ed. Universitaria. U.N.Misiones – Dirección General de publicaciones. U.N.Cba. 1995.
- JELIN, E., WAINERMAN y otros: «Vivir en familia» Ed. Losada. UNICEF. Bs. As. 1994.
- WOOD, W y GROSS, N: «Sociology today» Traducción al castellano: S. Costa y E. Masullo. Cap. 5 y 7 «Sociología de la educación y de la familia». Ed. Paidós. Bs. As. 1977.

Democracia y legitimidad: Elementos para una discusión sobre la estabilidad institucional en Argentina

Hugo Quiroga.

Director del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Nacional de Rosario.

Investigador del Consejo de Investigaciones de la misma Universidad.

La preocupación por el porvenir de nuestras democracias ha ocupado insistentemente el pensamiento de la mayoría de los estudiosos de América Latina, en los últimos años. Ya en la mitad de la década del noventa se pueden observar condiciones económicas y sociales cada vez más desfavorables para la estabilidad de nuestros países. En algunos casos con porcentajes tan altos de exclusión social que hasta se podría llegar a dudar de la existencia de democracia, si ésta es concebida -en la forma en que lo he hecho en otra parte [1]- como un gobierno de inclusión tanto política como social. Las grandes masas de desocupados y el ensanchamiento de los márgenes de pobreza, así como las particularidades que esta última adquiere en el contexto actual, plantean peligrosas tensiones a la gobernabilidad democrática. Nadie ignora que el fenómeno de la exclusión es una amenaza constante para la estabilidad política en países poco desarrollados, con escasa tradición liberal y con débil nivel de institucionalización.

Aunque la preocupación general por América Latina existe, el presente texto toma como eje el proceso de recuperación de la democracia en Argentina que se inicia el 10 de diciembre de 1983. Entre la necesidad de consolidar el régimen político democrático y las impostergables reformas sociales irán apareciendo los desafíos de nuestra sociedad. La hipótesis que deseo formular es que la restaurada democracia argentina -con un pasado político entrecortado- no podrá estabilizarse con tantas sobrecargas de demandas y exigencias sociales, si no es dable cambiar la idea que lleva a la sociedad a identificar democracia con gobierno y con bienestar económico [2], y si, además, no se tiene en cuenta en la búsqueda de un orden democrático perdurable el peso de la historia.

1. La difícil institucionalización

Crear instituciones -y afianzarlas- es una tarea difícil, como lo confirman las marcas de nuestra propia historia política. Veamos rápidamente cuán ardua ella ha sido. Comencemos por preguntar: ¿cuál fue el momento fundador de la democracia argentina? Entre 1880 y 1912 hay un empuje inicial hacia la democracia, que debe ser analizado como un extenso período de gestación que culmina con la sanción de la ley Sáenz Peña de 1912, que consagra el sufragio universal, secreto y obligatorio.[3] Un régimen conservador, como el instalado en aquél período, que practicaba elecciones restringidas (sangrientas, fraudulentas y venales), en el marco de instituciones y procedimientos sospechados, fue paradójicamente el germen de la democracia.

En consecuencia, una democracia de corta duración -nuestra primera forma efectivamente democrática- se instaura entre 1912 y 1930, poniendo fin a un estilo de sufragio tutelado y a técnicas de control clientelar, que amplía el nivel de participación política, mediante el ejercicio de elecciones libres, plurales y competitivas.[4] Durante dieciocho años la competencia por el poder permanece abierta, aunque no se logre establecer en ese tiempo un verdadero sistema de alternancia. Un período muy breve, en el contorno de un universo complejo que descansa en continuidades profundas, no puede fortalecer, entonces, las instituciones democráticas ni crear un sistema de legitimidad en torno a ellas. A partir del golpe de 1930 la legitimidad democrática se constituirá en el problema permanente de la Argentina contemporánea. El período que sigue implicará un rotundo retroceso desde el punto de vista político-institucional para el orden democrático liberal naciente,

cuyos efectos se trasladarán hasta el presente demostrando la realidad de la interconexión de los procesos.

El déficit más remarcable, entonces, de nuestra cultura política radica -a pesar de ser la Argentina un país en donde la Constitución acumula legitimidad ascendente entre 1862 y 1930 [5]- en la inexistencia de una tradición institucional capaz de generar respeto y reconocimiento a las reglas fundamentales de procedimientos y a las instituciones por ellas establecidas. Al nacer de las entrañas de un régimen político de participación restringida, la democracia aquí no es ajena a las realidades y condiciones de su pasado inmediato, es decir, de un orden conservador que la origina y la condiciona pero que, a su vez, termina siendo transformado por ella. Antes que una ruptura total prevalece un proceso de continuidad y discontinuidad entre ambos regímenes constitucionales (el de participación restringida y el de participación ampliada). Hay, entonces, un complejo recorrido político-institucional que, al atravesar diversos territorios y momentos, comunica la «proto democracia» con la democracia. En efecto, se instala en la Argentina moderna que nace en 1880 una específica matriz política y cultural, con un fuerte rasgo conservador aunque no excluyente de otras tradiciones, en cuyo interior se desarrolla el proceso anterior y el posterior a 1912.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que los cambios en la cultura política [6] de una sociedad no se producen, en general, tan abruptamente. Como bien señala Lechner una cultura democrática es el resultado de un proceso histórico que requiere de un tiempo para que se desarrollen costumbres y creencias en las que pueda apoyarse la construcción institucional. Así, agrega, la legitimidad de las instituciones democráticas supone la maduración de una cultura democrática que, a su vez, supone el funcionamiento duradero de las instituciones.[7] En la reciprocidad de este juego, nuestra democracia entrecortada no fue capaz de consolidar, en el período que transcurre entre 1912 y 1983, una cultura política que la sostuviese. De ahí también los desafíos para el nuevo período que comienza en 1983.

En conclusión: pretorianismo [8], escasa competencia entre partidos y rotación del poder entre civiles y militares son los elementos que caracterizan, pues, a la vida política argentina entre 1930 y 1983. En este período se suceden regímenes militares diferentes (que emergen de seis golpes de estado) alternados con regímenes civiles nacidos de la proscripción del radicalismo primero y del peronismo después y de actos electorales fraudulentos. Una línea comunicante de pretensiones hegemónicas de distintos signos, como la que notoriamente instala el peronismo en 1946, atraviesa estas diferentes etapas. Los partidos políticos argentinos, en lugar de expresar rechazo, han compartido con los militares el protagonismo reservado solamente a las estructuras partidarias dentro de un orden democrático. Unos y otros se han proclamado fuente de autoridad y han ejercido el poder. En este universo, lo político no ha podido instalarse en su especificidad y, ante la debilidad de los partidos, las corporaciones fueron ocupando los espacios cedidos.

2. Legitimidad democrática y legitimidad autoritaria

La fragilidad de nuestro pasado democrático repercute en la capacidad actual del sistema político para crear mejores condiciones de estabilidad. De tal modo, la crisis de legitimidad democrática abierta en 1930 ha puesto en evidencia la poca creencia de ciudadanos y dirigentes en sus valores. Aceptar la índole de las sucesivas crisis por la que ha atravesado esa legitimidad es el paso inicial de un largo camino de superación de las imperfecciones de la democracia argentina. Lo que se ha construido, en fin, hasta el presente no es más que una democracia intermitente que, al no haber podido resolver las persistentes tensiones entre legalidad y legitimidad, ha generado en la sociedad una cultura institucional precaria, que impregna todavía el sentir y la práctica de nuestra vida colectiva. Esa cultura se asienta en la poca confianza depositada en las instituciones democráticas. Lo que ha prevalecido entre nosotros es una historia de sospechas y desencuentros de gobernantes y gobernados con sus instituciones.

En efecto, la experiencia argentina posterior a los años 30 ha demostrado que la ley -la Constitución Nacional que establece las reglas de procedimiento para la sucesión del poder- fue insuficiente para considerar a la democracia como legítima. Los comportamientos pretorianos de la sociedad a lo largo del siglo revelan la poca intensidad de las convicciones de los ciudadanos sobre la legitimidad de las instituciones democráticas. Así, con el auspicio inicial que recibe el golpe de 1976, el principio de legitimidad parece impugnar al de legalidad, ambos conceptos -en ese contexto- se remiten mutuamente sin llegar a coincidir. La dictadura de 1976 no se ampara, por supuesto, en la legalidad constitucional que ha transgredido sino en la conformidad de la mayoría de los ciudadanos que toma distancia de esa legalidad para homologar la intervención y reconocer el título justificante invocado por los militares, título que no está fundado jurídicamente. Sin embargo, un gobierno legítimo por la adhesión recibida en sus comienzos, aunque ilegal, fue incapaz de transformar con su actuación -tal como se lo propuso- la precaria e incierta legitimidad autoritaria en una legitimidad estable y permanente. El régimen militar, en su corta historia, conquistó y perdió reconocimiento.

Finalmente, ¿cuál es el grado de reconocimiento que las reglas de procedimiento han generado entre dirigentes y dirigidos a lo largo de la historia argentina? Es aquí donde se pone en evidencia que dichas reglas, en tanto formales, no se legitiman per se, automáticamente, sino en el contexto de un sistema de justificación del poder que merezca una adhesión general.[9] Es decir, se legitiman sobre la base del acuerdo que otorga validez a esos procedimientos. La aceptación de las reglas formales, dice Offe, no depende de lo que ellas son sino de las consecuencias o probables resultados de su aplicación.[10] Por ejemplo, el fin del pretorianismo en Argentina no dependerá tanto de las bondades del art. 36 [11] de la reforma constitucional de 1994 -el cual, aunque destinado a la defensa de la Carta Magna necesita como toda regla formal ser legitimado, esto es, reconocido, luego de su sanción-, cuanto de los cambios de comportamiento en los ciudadanos y los partidos. ¿Cuál es si no la enseñanza que nos ha dejado la experiencia de transgresiones hechas a la Constitución Nacional durante tanto tiempo?

3. Los obstáculos para la estabilidad

La estabilidad [12] de esta joven democracia no es separable de la dinámica de un doble juego de obstáculos. En primer lugar, los que se instalan en nuestra cultura política y se relacionan tanto con la debilidad en el reconocimiento de las instituciones democráticas (es aquí donde hay que registrar especialmente las marcas de nuestra historia) como con la errónea identificación entre democracia y gobierno. En segundo lugar, los de índole social vinculados al desempeño económico, lo que puede llevar, además, a la falsa creencia de que las instituciones democráticas liberan automáticamente las fuerzas económicas [13] en la dirección del crecimiento. No se trata de estipular «pre-condiciones» rígidas para la consolidación de la democracia, sino, por el contrario, de pensar -como indica Hirschman- «las maneras por las cuales la democracia puede sobrevivir y fortalecerse ante, y a pesar de, una serie de situaciones adversas».[14]

En las sociedades democráticas resulta, a veces, difícil distinguir entre la adhesión al gobierno y la adhesión al régimen, tanto más en los sistemas presidencialistas que en los parlamentarios.[15] La ventaja de estos últimos, al ubicar al parlamento como la única institución legitimada democráticamente, es la de permitir el reemplazo de un gobierno en crisis -cuya autoridad siempre deriva del parlamento- sin afectar al sistema democrático. La situación es diferente en los sistemas presidencialistas que se basan en un principio opuesto de elección directa del Poder Ejecutivo por el electorado. En los hechos, estos tipos ideales presentan variaciones considerables como es el caso argentino, que desde 1930 hasta 1983 se ha regido por un sistema político pretoriano, el cual ha aceptado la participación de los militares en el ejercicio directo del poder.

En los hechos se ve la conveniencia de establecer la diferencia, como lo hace Linz, entre la legitimidad del sistema y la legitimidad del gobierno.[16] En las democracias estables, la legitimidad del gobierno o de apoyo varía de intensidad sin que se modifique el convencimiento de la sociedad en la legitimidad de las reglas de sucesión del poder, es decir, en la legitimidad del sistema. Por el contrario, en las democracias inestables, el riesgo de confusión de ambos tipos de legitimidad está siempre presente. Huntington ha dicho con exactitud que la estabilidad de la democracia depende, también, de la capacidad de la sociedad de distinguir entre el apoyo al sistema y el apoyo al gobierno.[17] En otras palabras, el malestar con el gobierno no debe ser identificado con el mecanismo de selección de las autoridades democráticas. La historia nos ha demostrado que los militares argentinos sólo vuelven las armas contra los gobiernos constitucionales cuando comprueban la falta de fe de la sociedad tanto en la legitimidad del sistema como en la legitimidad del gobierno. El derrocamiento de Isabel Perón en 1976 constituye el mejor ejemplo.

4. Los años noventa

Con la discusión de estos elementos podríamos mirar más de cerca la situación de Argentina en los años noventa. Pero, previamente y en un plano más general, cabe subrayar que nadie mejor que Natalio Botana ha llamado la atención sobre las raíces profundas de la tradición hegemónica que, instalada en la historia argentina de los siglos XIX y XX, se inscribe en las ambiciones de los que ejercieron el poder tanto desde gobiernos civiles como militares, sin que esas pretensiones, finalmente, hubieran podido configurar regímenes estables. Montado en esa oscura tradición, que además ha atravesado modelos económicos diversos, el presidente Menem -otra vez desde el peronismo- revela un estilo político hegemónico, que pone al desnudo su indiscutible voluntad de ejercer continuamente el poder y fragmentar a la oposición. La amenaza de un estilo político semejante es que impide, o cuando menos retrasa, la consolidación de reglas institucionales fuertes, reconocidas y aceptadas por todos.

Volviendo hacia atrás, el derrumbe de la dictadura militar en 1983 permite a la sociedad argentina ingresar en el nuevo período democrático con un horizonte de esperanza que la moviliza tras la prosecución de dos grandes propósitos: la regeneración del sistema institucional y la reorganización de la economía. En efecto, ¿qué esperaba la gente de la democracia en 1983? Sin duda, esperaba una vida en libertad, en paz, digna, con trabajo y en crecimiento. Ahora bien, analicemos brevemente el destino de los propósitos antes aludidos en el curso de los gobiernos democráticos posteriores a 1983.

En primer lugar, el gobierno de Alfonsín intentó sin éxito sortear la imprescindible institucionalización de la democracia, en un momento en que las fuerzas armadas -aún afectadas por la peor de sus crisis a causa de la derrota de Malvinas y del fracaso de la gestión militar-, se resistían y se indignaban frente a los pedidos de saneamiento del poder civil. Ello le impidió encarar con más fuerza y comodidad la no menos imprescindible reestructuración económica, que lo inhabilita para continuar en el ejercicio del poder. El corolario fue la crisis de gobernabilidad y la pérdida de legitimidad del primer gobierno democrático posautoritario, que ingresa en un proceso progresivo de rigidez, del que no podrá salir, hasta llegar al descontrol provocado por situaciones hiperinflacionarias y anómicas, que lo obligan a adelantar la entrega del mando constitucional. Con todo, el legado principal de ese gobierno será el apego de los ciudadanos -y de los partidos- a las instituciones democráticas.

Es indudable que las transformaciones más significativas de nuestra vida colectiva se están llevando a cabo desde 1989 por el gobierno del presidente Menem. En primer lugar, con el frustrado golpe militar de 1990 se cierra el ciclo de sublevaciones militares iniciado en 1987 por un sector del ejército. De esta manera, las fuerzas residuales del viejo orden autoritario que desestabilizaban a la democracia parecen ahora someterse a las leyes del nuevo orden. En segundo lugar, hay que

advertir cómo ha descendido el nivel de institucionalización de la democracia logrado por el gobierno de Alfonsín, cuando desde el actual estilo político hegemónico se realiza desmedidamente la figura presidencial, se desdeña al parlamento, se gobierna con decretos de necesidad y urgencia, se desmantela el Tribunal de Cuentas de la Nación y la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas, y se violenta la ineluctable autonomía de la Corte Suprema de Justicia. Pocas veces, como ahora, la justicia ha dependido tanto de las conveniencias del poder, hasta el punto de que se diluye como espacio simbólico de imparcialidad. Finalmente, otro rasgo que tampoco favorece al proceso de consolidación democrático: la corrupción en escalas muy elevadas, como existe hoy en la Argentina, corroborada o no en tribunales, es un factor de deslegitimación tanto de las instituciones como de los funcionarios y dirigentes.

Sin embargo, hay que hacer hincapié en que Carlos Menem ha encarado con más éxito que su antecesor las transformaciones de la economía. Ahora bien, el proceso de reconversión en la Argentina sólo ha podido llevarse a cabo mediante medidas de emergencia que otorgaron poderes excepcionales al presidente y alteraron el regular funcionamiento del Estado de derecho. Bajo la definición de un contexto de emergencia, el gobierno nacional ha instalado en la agenda de los años 90 -con el apoyo de los medios y favorecido además por la desorientación general de la oposición- un fuerte debate en torno a dos temas fundamentales para el acontecer de la sociedad argentina: la reforma del Estado y la estabilidad económica.[18] Ambos temas se vinculan íntimamente a uno de los objetivos más anhelados -y tal vez ésa fue la gran apuesta gubernamental- por los gobiernos de todos los signos políticos: el control fiscal. No obstante los éxitos obtenidos en esa materia entre 1991 y 1994, comienza a evidenciarse una tendencia que puede marcar la reaparición de una situación estructural.[19] Así, desde el tercer trimestre de 1994 hasta el presente, es decir, en un período de casi dos años, se constata un déficit crónico que pone en duda la continuidad del equilibrio fiscal. El agravamiento del desequilibrio se produce en el primer semestre de 1996 cuando el sector público registra en ese tiempo un déficit que estaba previsto para todo el año. De ahí las nuevas medidas de ajuste fiscal del ministro de economía Roque Fernández.

Aunque el gobierno de Carlos Menem no ha definido un programa de largo plazo, ha alcanzado por cierto algunos logros, como el de la estabilidad, que ha evitado el escenario de caos de los álgidos momentos de la hiperinflación de 1989/1990 que originaron los «estallidos sociales», es decir, ha evitado la inmersión tan temida del país en el estado de naturaleza hobbesiano. El éxito, por ende, de algunos indicadores económicos ha conferido legitimidad a la acción de gobierno. La demanda de estabilidad económica, que aumenta con posterioridad al proceso hiperinflacionario, ha sido satisfecha. Con la profundización del ajuste, ¿paradójicamente?, se han ganado elecciones. Se han conquistado votos más que por la promesa del gasto público social por la efectiva garantía de la estabilidad y el equilibrio fiscal.

No obstante, un profundo y extenso malestar asoma en el terreno económico-social que descubre sus causas en el desempleo de largo plazo, la marginación y el temor al mañana. Los argentinos tienen dificultad para controlar el presente y más aún para imaginar el futuro. Queda, en fin, pendiente de satisfacción una intensa demanda de seguridad social (en el sentido de protección) ante el desamparo que acarrea la crisis de las instituciones que garantizan la constitución y reconstitución de los vínculos de integración social. Mientras se mantiene asegurada la estabilidad económica, se agrava la inseguridad social por la dinámica del desempleo y por la evolución desfavorable de las condiciones de vida de la mayoría de la población.

5. Palabras finales

La permanente apelación a situaciones de emergencia [20] -concepto éste ambiguo cuando no se trata de guerra o de peligro inminente de quiebre institucional- ha conducido al gobierno de Carlos Menem a una inquietante concentración de poderes. La excesiva utilización de medidas de

emergencia para resolver situaciones de crisis que no ponen en riesgo la existencia del orden constitucional revela una tendencia a convertir en regla lo que debería ser una mera excepción.

Demasidados interrogantes quedan, entonces, flotando en el futuro de la democracia argentina. Su estabilidad se halla amenazada por diversos factores: 1) de orden político-cultural (la poca confianza de los ciudadanos en las instituciones del Estado, la identificación de gobierno con democracia, la voluntad hegemónica de los partidos y dirigentes), 2) de orden económico-social (la reducción de las posibilidades económicas, la explosión de las desigualdades vergonzantes, el creciente deterioro del nivel de vida de la población, las dudas sobre el futuro equilibrio fiscal). Paralelamente, dos grandes transformaciones -en la cultura política y en la economía- la sustentan: la estabilidad económica (que despierta apoyos inequívocos) y el rechazo al autoritarismo militar. Los ciudadanos argentinos se han puesto de acuerdo sobre el sistema bajo el cual desean vivir, sobre el modo de vida que han juzgado mejor; y ésta no es una definición menor.

El horizonte de expectativas abierto con la transición no pudo borrar completamente los miedos de la sociedad argentina, que todavía subsiten -tal vez con otras formas- y van tomando cuerpo en la estructura de la vida cotidiana: la desestabilización económica y social. El temor a la pérdida del orden siempre está presente.[21]De ahí la explicación de ciertos comportamientos electorales. La estabilidad de la democracia que hoy buscamos tiene como base la incertidumbre, la inseguridad social y la debilidad institucional.

Notas

[1] – Hugo Quiroga, «Demos y Kratos. Nuevo encuentro con el concepto de democracia», en H. Quiroga La democracia que tenemos. Ensayos políticos sobre la Argentina actual, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1995.

[2] – Los inconvenientes de identificar democracia con prosperidad económica están bien planteados en la intervención de Dahrendorf en el texto La democracia Europea, R. Dahrendorf, F. Furet y B. Geremek, Edición de Lucio Caracciolo, Alianza, Madrid, 1993, p. 116-117.

[3] – Me apoyo en la obra de Natalio Botana para analizar este período, en especial su texto El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916 (Nueva edición con un estudio preliminar), Sudamericana, Buenos Aires, 1994. Igualmente corresponde mencionar su artículo «La tradición política en la Argentina moderna», en Julio Pinto (Comp.) Ensayos sobre la crisis política argentina/2, CEAL, N°206, Buenos Aires, 1988.

[4] – Un interesante estudio sobre el significado de las elecciones competitivas y no competitivas se encuentra en la obra de Guy Hermet, Alain Rouquié y Juan J. Linz, ¿Para qué sirven las elecciones?, FCE, México, 1982.

[5] – Véase, Natalio R. Botana y Félix Luna, Diálogos con la historia y la política, Sudamericana, Buenos Aires, 1995, ps. 126-132.

[6] – Se la podría definir como un «universo simbólico» de fenómenos políticos que comparten los miembros de una sociedad. La definición de cultura como «universo simbólico» pertenece a Ernest Cassirer y ha sido extraída de la cita que Hans-Georg Gadamer registra en su libro Elogio de la teoría, Península, Barcelona, 1993, p. 16.

[7] – Norbert Lechner, «¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?», en Zona, N° 39/40, Madrid, abril/septiembre 1986, p. 86. Por otra parte, la importancia de la relación entre cultura política y régimen político ha sido adecuadamente advertida en el estudio de la transición

Argentina a la democracia de Edgardo Catterberg, Los argentinos frente a la política, Planeta, Buenos Aires, 1989.

[8] – He desarrollado el tema en mi libro El tiempo del «Proceso». Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983, Editorial Fundación Ross, Rosario, 1994.

[9] – Cfr. Jürgen Habermas, La reconstrucción del materialismo histórico, Taurus, Madrid, 1985 (Cap.9).

[10] – Claus Offe, «Legitimidad versus eficiencia», en C.Offe Contradicciones en el Estado de bienestar, Alianza, Madrid, 1990.

[11] – Dice el Art. 36: «Esta Constitución mantendrá su imperio aun cuando se interrumpiere su observancia por actos de fuerza contra el orden institucional y el sistema democrático. Estos actos serán insanablemente nulos».

[12] – Según Leonardo Morlino la estabilidad no es la simple duración de un régimen en el tiempo, sino que es la «previsible capacidad de duración en el tiempo». Hay que subrayar en el concepto la idea de «previsibilidad razonable». Véase su texto Cómo cambian los regímenes políticos, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985, p. 129 y ss.

[13] – Esta última idea la refiere Dahrendorf a las expectativas que había en los países del Este, luego de 1989, en el texto La democracia Europea, R. Dahrendorf, F. Furet y B. Geremek, Ob. Cit. p. 59. El hecho mencionado nos recuerda los términos de la campaña del candidato presidencial Raúl Alfonsín cuando en 1983 luego de recitar el Preámbulo de la Constitución Nacional aseguraba que con «democracia se come, se educa, se cura...»

[14] – Albert Hirschman, «A democracia na América Latina: dilemas», en Novos Estudos, CEBRAP, Nº 15, Sao Paulo, Jul. 86, p.86.

[15] – Véase el trabajo de Juan Linz «Democracia: presidencialismo o parlamentarismo ¿hace alguna diferencia?», en Juan J.Linz, Arend Lijphart, Arturo Valenzuela, Oscar Godoy Arcaya ed., Hacia una democracia moderna: la opción parlamentaria, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990. Una respuesta a la opción parlamentaria de Linz se encuentra en la obra de Giovanni Sartori Ingeniería constitucional comparada, FCE, México, 1994.

[16] – Juan J. Linz, La quiebra de la democracia, Ob. Cit. Por su parte, Samuel P. Huntington efectúa la misma distinción en su libro La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX, Paidós, Buenos Aires, 1994.

[17] – Samuel P. Huntington, La tercera ola, Ob. Cit.

[18] – He tratado este punto en mi artículo «El nuevo escenario», en H. Quiroga, La democracia que tenemos. Ensayos políticos sobre la Argentina actual, Ob. Cit.

[19] – «Temor a la recaída en viejos vicios», Germán Sopena, La Nación, 14/7/96.

[20] – Al respecto, se puede ver el libro de Grabiell L. Negretto El Problema de la emergencia en el sistema constitucional, Editorial Abaco, Buenos Aires, 1994.

[21] – Ver al respecto la interesante nota de Juan Carlos Torre «Los efectos políticos del pánico» realizada en Clarín 5/2/95. El tema del orden ha sido objeto continuo de reflexión de Nobert

Lechner, remito a su libro *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, CIS-Siglo XXI Madrid, 1986.

La crisis del Estado-Nación. Algunas reflexiones teóricas

María de los Angeles YANNUZZI.

Directora de la Escuela de Ciencia Política

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Universidad Nacional de Rosario.

Una versión preliminar del presente trabajo fue presentada en el II Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la SAAP y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo.

Las sociedades modernas enfrentan hoy la necesidad de transformar la estructura del Estado-nación debido al proceso mundial de reconversión capitalista, para lo cual se deben modificar las formas en que tanto política como economía se habían relacionado hasta ahora entre sí. Esta crisis que atraviesa hoy esta forma de estado es uno de los aspectos más difíciles que la teoría política debe resolver, ya que ha sido a partir del concepto de Nación que se constituyeron las identidades políticas en el mundo moderno, cuestión que, por el hecho de producir la integración simbólica de los sujetos, nos remite en al problema central de la legitimidad.

Desde un punto de vista teórico-conceptual, este proceso de reconversión que acelera la tendencia a la mundialización tiene como exigencia fundamental la necesidad de reelaborar determinadas nociones que, por la misma dinámica que ha adquirido la circulación de los capitales a nivel mundial, han terminado fuertemente cuestionadas, ya que se constituyen objetivamente en trabas al desarrollo capitalista actual. Esta crisis conceptual que incluso cuestiona la misma noción de Estado nacional tal como se ha elaborado hasta ahora, y que hace perder el sentido de los hechos que nos circundan, se produce, entre otras cosas, porque «la mano de obra y los mercados forman parte de un importante proceso de globalización, al punto tal que los inversores, los empresarios, los trabajadores y los consumidores están ahora profundamente anclados en las redes de la economía mundial y, por este hecho, contribuyen a restringir el alcance nacional de las jurisdicciones políticas tradicionales.» (ROSENAU:505)

Pero al cuestionarse de esta manera el alcance nacional de los estados se debilitó en principio el centro único simbólico de poder en referencia al cual las sociedades particulares habían articulado sus lazos sociales. Si el estado moderno se había constituido como momento de unificación de las particularidades existentes, ahora se producía un tipo de movimiento inverso que tendía a poner en evidencia las particularidades que hasta entonces habían sido al menos disimuladas por el estado. En ese contexto, una de las consecuencias más evidentes de este problema ha sido el fuerte estallido identitario que se ha producido en el mundo, y que directamente ha cuestionado fuertemente las grandes estructuras estatales tal como las hemos conocido hasta ahora, poniendo de manifiesto así la existencia de dos momentos en la conformación del sistema político.

En ese sentido, y siguiendo a LaRue podemos decir que esta «crisis del sistema político revela la unidad contradictoria de dos procesos: el de la regulación (integración del sistema) y el de la legitimación (producción de la identidad o integración simbólica)» [1]. En ese contexto, y frente a la desintegración del sistema político tal como estaba articulado, afloraron en la epidermis social una diversidad de identidades que no consiguieron encontrar, en principio, un espacio común de reconocimiento que les permitiera asegurar una mínima convivencia pacífica. Esto nos coloca frente a un doble problema teórico, ya que reactualiza tanto el problema del status de las minorías como el de la forma en que se construye el momento de unidad en el marco de la institución de la sociedad.

Por ello, si bien este estallido identitario se produce en verdad en distintos órdenes de la sociedad, tiene su aspecto más visible, y en muchos casos incluso dramático, en el renacimiento de los nacionalismos y particularismos étnicos y religiosos. Reacción a la que podemos calificar de negativa, vemos que aparece especialmente en aquellas sociedades que presentan en principio serias dificultades estructurales para afrontar el proceso de reconversión del estado y de la sociedad que impone la actual modernización capitalista. Sin embargo, esta fragmentación de identidades, que en principio es más acuciante en Europa oriental, se yergue también amenazadoramente incluso sobre aquellas otras regiones que hoy parecen a salvo de un conflicto de este tipo, ya que, en realidad, el problema tiene un aspecto más genérico: si el centro único simbólico de poder, es decir, el estado se ha debilitado, ¿cómo asegurar un momento de unidad que permita entretejer los lazos sociales que aseguren la convivencia, teniendo en cuenta que quedan todas las particularidades al desnudo?

Por eso mismo, podemos decir que este nuevo escenario que se dibuja actualmente en el mundo encierra una fuerte paradoja, ya que paralelamente a este proceso de globalización, la característica más visible del mundo actual consiste en la constitución de identidades cada vez más restringidas que se relacionan por ello mismo de manera contradictoria con esta tendencia general a la mundialización. Esta tendencia a la globalización de la economía, la política y la cultura que se desarrolla hoy en el mundo actual exige, como es lógico, transformaciones correlativas tanto en el ámbito específicamente estatal como en las formas organizativas que se habían estructurado hasta ahora como instancias de mediación entre estado y sociedad.

Las nuevas formas de nacionalismo

Si nos remitimos en nuestro análisis a estas nuevas formas de nacionalismo que han surgido en el mundo y si tenemos en cuenta cómo se originaron estas experiencias, podemos decir en una primera aproximación que estos nacionalismos aparecieron en principio como una reacción a un proceso de empobrecimiento que atravesaba -y todavía atraviesa- fundamentalmente aquellas regiones. Dicho en otros términos, el rostro con el cual se han mostrado inicialmente las actuales concepciones nacionalistas ha sido este carácter reactivo, ya que estas concepciones se reactivaron en tanto que forma de limitación de un capitalismo salvaje que llevaba a destruir las estructuras políticas y sociales conocidas por la sociedad. Sin embargo, si tenemos en cuenta el tipo de transformaciones que están teniendo lugar en el mundo, vemos que, en realidad, esta apariencia con la que afloran encierra otra fuerte paradoja cuya resolución supone, por un lado, develar el verdadero rostro que encierran y, por el otro, manifestar las cuestiones fundamentales a las que, desde el análisis teórico debemos intentar dar respuesta, independientemente de las características que haya adquirido en cada sociedad concreta este estallido identitario.

Este elemento paradójico al que hacemos mención se refiere específicamente al hecho que mientras se acentúan en esos casos la primacía del estado como constructor de la nación -entendida ya en un sentido exclusivamente monoétnico o, en algunos casos, monoconfesional [2]-, desde el análisis de los condicionantes objetivos que inciden en la institución de las formas político-sociales, vemos que estas concepciones nacionalistas han perdido sus condiciones materiales de desarrollo. Por eso este tipo de respuesta, tal como se revela en la experiencia europea, no hace otra cosa que negar la política como instancia pacífica de resolución de conflictos, instalando peligrosamente la violencia en sociedades que al menos han reducido el espacio de conciliación necesario para asegurar la convivencia.

Ante los nuevos cambios producidos en el orden mundial, su planteo de organización societal, que tiende a definirse a partir de una absolutización de la diferencia, entra en franca contradicción, desde un punto de vista estructural, con el proceso mismo de globalización, que requiere al menos la licuación de los particularismos más excluyentes. En ese contexto, podemos catalogar al

nacionalismo como un tipo de concepción que constituye una respuesta negativa, es decir, objetivamente contradictoria con el proceso de globalización. Incluso, se trata de una respuesta que tiende a retrasar el debate en torno a la redefinición de las funciones que le competen al estado en el marco del nuevo escenario mundial.

Sin embargo, afirmar esto no significa en ningún momento que tales concepciones hayan perdido totalmente su eficacia social como instancia de construcción de las identidades colectivas. Por el contrario, el resurgimiento que se ha producido supone necesariamente que ellas encierran alguna forma reconocida de validez. Dicho en otros términos, si bien las concepciones nacionalistas han perdido – o tienden a perder – las condiciones materiales de producción y desarrollo, no dejan de ser un intento por recuperar, al menos en el plano de lo imaginario, un espacio de supervivencia para un hombre individual que se diluye así en un yo colectivo. Pero, ¿qué significa concretamente esto?

Estado y Nación

Poder comprender el valor que encierran estas concepciones nacionalistas, más allá de haber perdido sus condiciones materiales de producción, requiere hacer una breve revisión sobre cómo se articularon en el mundo moderno las nociones de estado y nación. En tal sentido podemos decir que, en un primer momento del proceso de conformación de las estructuras políticas modernas, primero se instituyó el Estado-nación a partir de la unificación del mercado interno, por un lado, y de la concentración del poder en un único centro simbólico -el estado-, por el otro. Pero fue recién en el siglo XIX, con la reacción romántica, que se articularon las concepciones nacionalistas modernas. Tomando como base el concepto de Patria, que luego sería reemplazado por el de Nación, las concepciones nacionalistas favorecieron desde un inicio la construcción social de un tipo de percepción que, en definitiva, contribuyó a que los estados, particularmente aquéllos que arribaron tardíamente a la consolidación del capitalismo, conformaran un mercado interno a partir del cual se unificó el territorio bajo la égida de un solo estado.

En otros términos, la noción de Nación sirvió históricamente para dar un sentido de integración social en la construcción imaginaria de la realidad social. En ese sentido, las concepciones nacionalistas han sido en el mundo moderno las que más eficazmente han ofrecido al hombre concreto el principal anclaje -anclaje que supone en sí mismo una construcción imaginaria-, en principio aparentemente factible, con el mundo conocido. Se entabló así una relación entre Nación y Estado, relación que se articuló en forma plena a partir de la instrumentación de alguna variante del modelo keynesiano.

Ambos términos formaron así una unidad tanto conceptual como práctica, que se apoyó en un proyecto de ciudadanía estatal que promovía la incorporación de los trabajadores al estado. Pero para ello se requería la elaboración de una ideología policlasista, en la que las clases sociales no se vieran como antagónicas, para lo cual se apeló en las concepciones nacionalistas al concepto de ‘Patria’ que se constituía así en un momento de unidad ubicado en el estado, en el cual los distintos sectores se reconocían como partes de un mismo todo delimitado geográficamente por fronteras nacionales.

Se conformó así un tipo de identidad nacional a partir de la cual se produjeron las formas de legitimación y las instancias de cohesión social de una forma de organización que asignaba al estado un rol preponderante como dinamizador de la economía. Su resultado fue una simbiosis entre Estado y Nación, entendida esta última como el momento de unidad en el cual los clivajes sociales se diluían en un todo que adquiriría una dimensión política al ser el vehiculizador de la forma organizacional de la sociedad. Sin embargo, la quiebra del estado keynesiano ha cuestionado este

aspecto y, yendo más lejos aún, ha proyectado esta crisis a la noción misma de Estado-nación, ya en su forma más genérica, es decir, como forma ordenadora de las sociedades particulares.

Es ese mundo conocido el que parece hoy desvanecerse. Y su desaparición coloca salvajemente al hombre ante la perversión excluyente del mercado, sin posibilidad alguna de protección frente a él, abriéndose así el espacio para que se refuerce en el imaginario social la figura de un estado en principio ausente, es decir, de un estado protector y garante a la vez del desarrollo de las clases sociales. Por ello mismo, y a pesar de que es planteado desde el discurso político como ‘reacción’, la visión nacionalista se constituye, particularmente debido a los contenidos políticos-institucionales conservadores del Estado-Nación, en una respuesta negativa al proceso de globalización [3].

La articulación de la unidad y la diferencia

Catalogar a estas concepciones, en tanto que conservadoras de estructuras hoy en crisis, como negativas nos obliga a analizar cuál es el valor que asignan a la diferencia en la construcción del orden social y político, ya que desde su propia autolegitimación, se constituyen en revalorizadoras de aquélla. Pero si bien debemos reconocer que estas nuevas concepciones pusieron de manifiesto la existencia de la diferencia, ya que cuestionaron la unidad totalizadora de los Estados-naciones que los abarcaban, su misma forma de dar contenido al concepto de nación en torno al cual se articulan supone volver a producir una totalización, aunque esta vez sobre un universo menor.

En ese sentido, el concepto de Nación tal cual se constituye hacia su interior, presupone una concepción de la política que tiende a erradicar el conflicto entre quienes forman parte de ella, para localizarlo como agente externo, amenazador de la unidad. Dicho en otros términos, las diferencias propias de toda sociedad compleja son visualizadas como elementos disolventes de la vida en común, por lo que previamente deben ser erradicadas. Esto supone invertir el sentido con el cual se pretende introducir la noción de diferencia en el proceso de construcción de los órdenes político y social. En ese sentido, y no obstante la utilización de distintas argumentaciones, la propuesta de organización societal tiende a legitimarse a partir de un discurso que en realidad constituye la diferencia en línea de demarcación de la exclusión, fundando así su propio desarrollo en el presupuesto inicial de la indiferenciación.

Por el contrario, pensar la política en sociedades modernas fuertemente diferenciadas en su interior es reconocer que el conflicto es co-constitutivo de aquélla, razón por la cual las diferencias deben constituir un momento fundante sobre el cual se asienta la conciliación que construye la unidad. Por eso hoy se necesita entablar una relación diferente entre Estado y alguna instancia más abarcativa de construcción identitaria, llámese ésta Nación o de otra manera, que permita reconocer en su interior la diferencia. Se trata, en ese sentido, de un tipo de construcción que presupone siempre un equilibrio en sí mismo inestable. En ese sentido, no debemos olvidar que, si bien el conflicto, es decir, la diferencia, debe estar siempre presente en la construcción política, ésta, por tratarse de una instancia que regula el vivir en sociedad, requiere necesariamente de un momento igualador – es decir, de construcción de la unidad – que permita mantener el espacio de lo común a todos.

Este es el motivo por el cual es necesario explicitar en términos del debate cómo producir la integración social de los distintos sujetos manteniendo el principio moderno de igualdad para asegurar así una verdadera integración de la diferencia y no su disolución en una unidad totalizadora. En función de ello se requiere la conformación de un nuevo tipo de ciudadanía a través de la cual puedan constituirse y legitimarse las nuevas formas de organización que aseguren un nuevo espacio común de convivencia tanto para mí como para los otros iguales a mí en tanto que diferentes. Es en realidad este carácter altamente complejo de las sociedades modernas el que hace que la construcción de la Nación – entendida como una simple unidad sin diferencias, como aparece en los nacionalismos – presente siempre, en el momento de su concreción, una serie de dificultades

que, incluso, terminan cuestionando la composición del mismo concepto. Y es allí donde se abre el espacio para introducir la represión como única forma posible de mantener una unidad indiferenciada abstracta hacia el interior del universo definido.

Plantear la diferencia en estos términos, es decir, como línea de demarcación de la exclusión, reactualiza necesariamente la guerra, aunque tan sólo sea potencialmente. Dicho en otros términos, coloca a los hombres ante la pérdida de su propia seguridad personal, enfrentándolos con un futuro incierto. Ante la irrealdad de una unidad indiferenciada se impone necesariamente la brutalidad de la fuerza que la intenta cincelar. Esto parte de concebir el conflicto como disolutorio de la política y, en última instancia, de los lazos comunitarios. Por ello se hace necesario garantizar aquellos mecanismos que permitan a la sociedad manifestar su propia conflictividad sin por ello atentar contra la integración social.

La desarticulación del concepto frontera

Si el problema ha quedado planteado en estos términos es porque la quiebra del modelo de estado exige una redefinición conceptual que suponga una nueva articulación del estado y de alguna forma de producir la integración simbólica de los sujetos, teniendo en cuenta la noción de diferencia como punto de partida y no únicamente de llegada. En este sentido es que decimos que hoy se ha producido un cuestionamiento de las bases teóricas del estado moderno. Dicho en otros términos, esto supone una carencia conceptual que dificulta la aprehensión teórica del momento actual, al mismo tiempo que numerosos conceptos, hasta ahora aceptados como presupuestos en torno a los cuales se ordenaba toda reflexión política, hoy pierden significado.

Por eso pensamos que no estamos frente a una crisis más del capitalismo, ya que los conceptos que objetivamente se han vaciado de contenido son aquéllos cuya delimitación permitieron lograr la construcción de estas estructuras estatales modernas. Si nuestro punto de partida debe ser el reconocimiento de la diferencia, dado que ésta ha aflorado de distinta manera en el marco de estas transformaciones que se vienen operando en el seno del estado y de la sociedad a partir del proceso de globalización y de reconversión capitalista, la reflexión en torno a los conceptos que habían permitido hasta ahora la constitución del estado es una instancia necesaria para pensar en un momento posible de resolución.

Ya al comenzar este trabajo planteamos cómo el alcance nacional de las jurisdicciones tradicionales se había debilitado en términos generales en todo el mundo, debido particularmente a la revolución tecnológica desarrollada por el capitalismo. Dicho en otros términos, esto no significa otra cosa que la pérdida de sentido del concepto de 'soberanía nacional', noción teórica que permitió conformar al estado moderno como centro exclusivo y excluyente de la violencia física legítima. Y fue desde este monopolio de la fuerza que el estado moderno llegó a anular, incluso mediante la represión, las diferencias minoritarias y por ello mismo periféricas al centro de poder.

Pero junto con la noción de 'soberanía nacional', también se puso en cuestión el concepto de frontera. En ese sentido, la frontera entendida en términos geográficos era la que permitía demarcar el territorio dentro del cual el Estado-nación ejercía efectivamente su poder y definía la categoría de connacional, es decir, de integrante de la nación, tal como lo había identificado el romanticismo. Esta territorialización del concepto de Nación demarcaba, así, los límites precisos dentro de los cuales el estado se había erigido en el exclusivo agente movilizador de esos lazos comunitarios, y en el garante final de la condición misma de connacional, al constituirse en la instancia determinante de los criterios finales de inclusión-exclusión. Dicho en otros términos, se definía en el orden de lo simbólico un límite en principio difuso que establecía un Nosotros en relación a un Otros que se le oponía.

La frontera no se planteaba ya como antaño únicamente en el orden de lo simbólico. Por el contrario, a partir de la unificación entre estado y nación, aquel orden se mostraba con rasgos de total materialidad al confundirse con el exclusivamente geográfico a partir de la instauración del estado como el marco político-institucional donde se objetivaba la Nación. De esta manera, el concepto de representación, en su sentido más genérico, también encontraba límites geográficos precisos que delimitaban el universo representado y colocaba en el ápice del estado a la figura del representante. Retomando, en ese sentido, a Michels, la noción de representación tendía a acentuar en el imaginario político de la sociedad el hecho que «el jefe de Estado descansa exclusivamente sobre la voluntad directa de la nación» (MICHELS,1973,II:19), ya que, a partir de la Revolución Francesa, el poder de quien dirige el estado se legitima por constituir la voluntad abstracta de aquélla.

Esta noción de representación encierra en nuestro análisis un valor fundamental, ya que constituye en última instancia una manera racional de integrar el conflicto en la política. Es decir que pensar en un momento de integración y articulación de la diferencia requiere en principio de alguna instancia de representación. Sin ella, no solamente el conflicto no se anula, sino que lo que no puede hacerse presente a través de otro, termina haciéndose presente por sí mismo sin instancia alguna de mediación. Dicho en otros términos, se trata de un concepto que permite diluir la virulencia del conflicto dando paso a la conciliación como instancia de resolución de las diferencias. Sin embargo, esta simplificación de la representación que se produjo al asimilarla a una voluntad nacional abstracta, tal como indicáramos más arriba, lejos de eliminar el conflicto, lo ignoró hasta que terminó traduciéndose en términos de violencia, tal como lo presenciamos hoy.

Pero si bien entendemos que es a partir del concepto de representación que se puede articular un momento de unidad de la diferencia, esa instancia de representación no puede cortar verticalmente la sociedad, ya que así terminaría cristalizando la diferencia. Por el contrario, debería introducir un plano de horizontalidad que restituyera un tipo de igualdad entendida fundamentalmente no como social sino como igualdad política. Y es aquí donde la noción de frontera podría separar sus dos acepciones, inscriptas una en el orden de lo simbólico y la otra en el de lo material. En última instancia, la frontera material, geográfica que demarcaba el territorio sobre el cual el estado ejercía su poder, se va constituyendo cada vez más en obstáculo del proceso de globalización, paralelamente que el concepto de soberanía pierde sentido, al menos en la forma que se lo entendía hasta ahora. Sin embargo, ¿podríamos pensar la construcción de un universo común sin demarcar de alguna manera las inclusiones y las exclusiones?

Contestar afirmativamente a esta pregunta supondría aceptar que no existen diferencias entre las distintas propuestas de organización social, cosa que no creemos que sea así. En realidad estas inclusiones y exclusiones se deben construir a partir de la demarcación de una frontera simbólica que reactualice valores que articulen la convivencia entre las distintas particularidades existentes. En ese sentido, las sociedades en crisis se enfrentan hoy al problema de constituir nuevos sujetos políticos que trasciendan la noción de frontera, particularmente entendida en su sentido geográfico. Este concepto así entendido fue el que permitió delimitar las más importantes identidades existentes, es decir, las distintas identidades nacionales. Pero al producirse una identificación entre los límites geográficos y simbólicos en el reconocimiento del Nosotros, tendía, al menos potencialmente, a uniformar por la fuerza a quienes se localizaban dentro de un mismo territorio. Por ello, la contradicción conceptual que aflora en relación directa a los nacionalismos hoy emergentes es que, lejos de producirse un tipo de construcción ideológica que permita superar las limitantes fronteras nacionales, se acentúa un sentimiento nacionalista que, por el contrario, las fortifica y las hace todavía más excluyentes.

La construcción identitaria

Pero si bien estas formas de estallido identitario concentran hoy el debate en torno al problema de la diferencia, ya que encierran un grado mayor de conflictividad que amenaza, incluso, la constitución misma de la sociedad, su aparición no es más que un emergente que nos plantea problemas teóricos más generales. Esto significa que debemos caracterizar el proceso de mundialización para poder analizar en particular las tendencias atomizantes de diverso tipo que amenazan hoy la integridad de las unidades nacionales, más allá que los particularismos emergentes adquieran nombres diferentes. Todos estos conflictos, a los que caracterizaremos genéricamente como conflictos de identidad, no son más que la manifestación de la puja entre fracciones diferentes por ordenar la realidad social frente a los desafíos a los cuales los estados, en general, deben hoy responder. Estas nuevas cuestiones a las que toda sociedad debe hoy dar respuesta no son otras que

«- el de la apertura al mundo (encasillamiento de las estructuras de la globalización;

– el de la integración interna (modalidades de agregación y de interacción de los actores);

– el de la producción simbólica del lugar común (formación de la identidad colectiva).» (LARUE et LETOURNEAU:2)

No poder dar respuesta positiva, aunque más no sea mínimamente, a estas cuestiones rompe con toda posibilidad de conciliación de la diferencia y reactualiza el espacio para el desarrollo de estas formas de nacionalismo que, reivindicando lo distinto, se constituyen a partir de la indiferenciación. Pero este tipo de estallido identitario basado en las diferencias étnicas, religiosas y/o lingüísticas, aunque en ciertos casos dramático, no constituye el único tipo de manifestación del problema de las identidades. Como indica Rosenau,

«Si, efectivamente, las tendencias liberalizantes y las tendencias coaccionantes de la escena actual provienen inextricablemente de fuentes comunes, tal constante contribuirá a manifestar las sutilidades de la política mundial, de donde proviene la necesidad de recurrir a una lógica deductiva con el fin de analizar y de seguir la evolución de los procesos de globalización y de localización a niveles causales muy profundos, bajo diversas formas y en diferentes situaciones.» (ROSENAU:502)

Cotejar las distintas manifestaciones entre sí muy probablemente nos permitiría darle al problema una dimensión más acorde a las causas que lo determinan. Hoy aparecen aflorando identidades que muchas veces incluso no aparecían claramente explicitadas en la conciencia de los sujetos, y que si bien tendencialmente llevan a la fracturación, no necesariamente suponen un enfrentamiento total, es decir, una reducción de la política a guerra en sus términos más crudos. Es en estos casos generalmente en los que podemos ver más claramente que si bien las diferencias existen, éstas no se constituyen en problema sino en tanto que aparezcan tipificadas como tal. Esto significa que en todo caso se toman cuestiones que pueden estar latentes en la sociedad y se las estructura en un discurso que con cierta eficacia constituye las diferencias tipificadas en barreras infranqueables que fracturan la sociedad.

Por ello entendemos que se debe pensar el problema identitario en tanto que problema político, es decir, en tanto que instancia voluntaria y volitiva de construcción del vivir en sociedad, y en ese sentido se constituye en problema de poder, como indicáramos más arriba. Pero también, al ser resultado de la ruptura de las formas de organización propias del estado keynesiano, la constitución de tipos diferentes de identidad no necesariamente étnicas o religiosas debe ser considerado como problema político porque la existencia de una identidad colectiva permite conformar la integración social. Dicho en otros términos, el tipo de construcción identitaria logrado por un colectivo marcará

el tipo de integración social, definiendo las solidaridades internas y las fronteras simbólicas que definirían las inclusiones y las exclusiones.

Todo proceso de construcción identitaria debe tender a generar un espacio de reflexión y de práctica donde se establecen los criterios que promueven la integración social, teniendo en cuenta los intereses diversos que atraviesan a toda sociedad. Y es en la intersección de las diferentes construcciones predominantes donde se producen los consensos o los disensos y, por consiguiente, donde se integra el conflicto a la política. Esto supone siempre un momento de elección o, dicho en otros términos, de decisión de aquellos criterios que establecen los límites por donde pasa el momento de integración, para lo que se deben producir en el orden de lo simbólico las formas necesarias que hagan visible ese espacio común. Por eso se requiere modificar, entre otras cosas, los códigos morales que regulan las sociedades actuales ya que, como sostiene Habermas, son «ingredientes de las imágenes del mundo que aseguran la identidad y cumplen un efectivo papel en la integración social» (HABERMAS,1973:27).

La cuestión no es en sí misma menor, como hemos ido señalando a lo largo del presente trabajo. Producir un tipo de construcción identitaria supone marcar una frontera imaginaria que define un Nosotros en relación a un Otros. Y según el contenido que se le asigne a estos dos universos, la construcción puede resultar integrativa o expulsiva.

«La relación de coincidencia entre las dos formas sociales de objetivación – el reconocimiento mutuo y el reconocimiento por los otros – significa la relación entre dos identidades colectivas que, dicho esquemáticamente, pueden ser pacíficas o conflictivas (conflictos entre identidades).» (RESENAU:502)

Dicho en otros términos, fuera de las fronteras que establecen los límites de la integración, se establecen las exclusiones, es decir, los espacios de marginación que, según los casos, pueden tener diversos contenidos. Pero si tenemos en cuenta que todo régimen, aún incluso el más abierto, produce siempre exclusiones, veremos que el problema aparece realmente cuando no se mantiene un acuerdo básico en cuanto a la conservación de un modelo democrático como instancia de resolución de conflictos. Es decir que, en el marco de la construcción de un nuevo tipo de identidad colectiva se debe haber aceptado en algún momento el régimen democrático como instancia de resolución de conflictos.

CONCLUSIÓN

A lo largo del presente trabajo hemos intentado reflexionar en torno a la forma en que las transformaciones que se operan en el seno del estado y de la economía a partir del proceso de globalización y de reconversión capitalista inciden en la construcción y mantenimiento de un orden político que asegure la convivencia pacífica en sociedades altamente complejas. Dadas estas transformaciones que han cambiado el escenario mundial, los estados se ven ante la necesidad de reformular las formas organizativas tanto de la misma estructura estatal como de la sociedad en su conjunto. En función de ello se debe lograr la constitución y la integración de nuevos sujetos políticos en el marco de la implementación de un nuevo orden político-económico.

Pero en este contexto, el primer dato que desde lo externo se nos presenta es el hecho que, contradictoriamente al proceso de globalización que se muestra como tendencia predominante a nivel mundial, tanto las dificultades objetivas para readaptar la sociedad a las nuevas exigencias de la reconversión capitalista, como las subjetivas, es decir, las que se refieren a la manera en que el sujeto conceptualiza su mundo circundante, han favorecido en muchos lugares un renacimiento de los particularismos, incentivados, incluso, por la aplicación de una lógica de mercado que, en última instancia, tiende a atomizar la sociedad.

Una consecuencia directa de esto es la pérdida objetiva de sentido como concepto político de la categoría de lo nacional, hecho que se hace más evidente particularmente en las grandes estructuras estatales. Pero con ella entran en crisis otros conceptos como, por el ejemplo, el de frontera que, hasta ahora definía el territorio sobre el cual el estado ejercía el monopolio de la violencia física legítima. Decir esto supone que las sociedades en crisis se enfrentan hoy al problema de constituir nuevos sujetos políticos que trasciendan la noción de frontera, concepto que hasta ahora delimitaba las identidades existentes.

En ese sentido, la crisis del estado keynesiano no hace otra cosa que cuestionar profundamente los conceptos políticos fundamentales, ya que tanto la política como la economía a nivel mundial han adquirido ya o están adquiriendo a partir del proceso de globalización características totalmente distintas. Se trata de una conceptualización que al menos dificulta, si no vela, la aprehensión del mundo circundante, por corresponder a un modo organizacional distinto del espacio político. Por eso decimos que las características propias de la transformación hoy exigida por la reestructuración capitalista plantean importantes desafíos para la constitución y para la integración de los nuevos sujetos políticos en el marco de la implementación de un nuevo orden político-económico.

Es necesario generar instancias distintas a las hasta ahora emergentes que permitan la producción de un nuevo mundo simbólico donde el conflicto que produce la quiebra de las identidades existentes se canalice de manera diferente. Se trata de pensar la diferencia como instancia de conflicto y, por ello mismo, como constitutiva de la politicidad. Pensar por el contrario su erradicación como presupuesto de unidad del todo social, lejos de asegurar la convivencia, instala la guerra anulando la política. Sin embargo, reconocer la diferencia como instancia necesaria para la articulación de una sociedad definida como compleja no puede tener como resultado su cristalización.

Para ello se requiere la construcción de instancias de mediación que articulen un plano de horizontalidad y que permita rearticular las identidades colectivas, particularmente teniendo en cuenta el estallido identitario que se ha producido paralelamente al proceso de globalización. En ese contexto, y producto de la crisis del estado-nación, la identidad construida a partir de los nacionalismos ha entrado en crisis porque se han perdido las bases materiales de su producción. Sin embargo, su persistencia denota el déficit teórico para producir una aprehensión del mundo circundante que permita producir un nuevo tipo de integración social.

Hasta ahora estos nacionalismos han pretendido constituir la diferencia como unidad sin diferencia hacia su interior y esto ha instalado la guerra como única instancia posible para asegurar esa unidad totalizadora. ¿Sería posible pensar otro tipo de identidad colectiva que no se constituya a partir del estado, eliminando así el riesgo de la represión como instancia final de consolidación de aquélla? Creemos que la respuesta no tiene por qué ser negativa. Sin embargo, lo que todavía no tiene respuesta es: ¿podría lograr ser tan eficaz como la identidad nacional para lograr la integración simbólica de los sujetos? Este es el mayor desafío al que nos enfrenta la crisis del modelo keynesiano como producto del proceso de globalización.

Notas

[1] – LARUE, Richard, «Identité politique et communication: formulation d'une problématique de la légitimation de l'état canadien», en JEWSIEWICKI, Bogumil et LETOURNEAU, Jocelyn, sous la direction de, *Constructions identitaires: questionnements...*, op. cit., p. 114.

[2] – Algunos autores tienden a calificar a estos nacionalismos que hoy afloran en el mundo como pre-estatales, es decir, como anteriores al estado moderno, ya que la constitución de la Nación se caracterizó originariamente por conformar identidades amplias que permitían superar las

parcialidades étnicas, lingüísticas y religiosas que atravesaban la sociedad. En ese sentido, el mundo moderno, al articular la sociedad y el estado a partir del principio de igualdad natural, produjo una ampliación del espacio público que exigió, desde un punto de vista teórico, pensar aquellas instancias conceptuales que permitieran la inserción de todos los hombres en tanto que ciudadanos en el espacio público.

[3] – Si bien las formas más evidentes de estallido identitario lo constituyen los nacionalismos emergentes, esta quiebra de las identidades existentes también se da en los modelos neoconservadores que se aplican en los países atrasados. Estas formas, a diferencia de los nuevos nacionalismos, constituyen una forma de respuesta positiva en relación al proceso de reconversión capitalista, ya que se plantean arribar a una modernización de las estructuras políticas y sociales funcional al proceso de reconversión capitalista. Pero desde un punto de vista teórico, estas concepciones continúan manteniendo en el discurso estructuras conceptuales deudoras de la noción de Estado-nación, llegando, incluso, como en el caso del menemismo, a asentarse directamente sobre un substrato ideológico fuertemente deudor del nacionalismo.

BIBLIOGRAFIA

BARBEITO, Alberto C. y LO VUOLO, Rubén M., La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina, UNICEF/CIEPP/Losada, Buenos Aires, 1992.

BELANGER, Louis, «Les relations internationales et la diffusion du temps mondial», en BRETON, Gilles, sous la direction de, Mondialisation et mutations politiques, Etudes internationales, Numéro Spécial, Volume XXIV, N° 3, Centre Québécois de Relations Internationales, Université Laval, Québec, Septembre 1993.

BRETON, Gilles et JENSON, Jane, «Globalisation et citoyenneté: quelques enjeux actuels», en ANDREW, Caroline, CARDINAL, Linda, HOULE, François et PAQUET, Gilles, sous la direction de, L'ethnicité à l'heure de la mondialisation, ACFAS-Outaouais, Ottawa, 1992.

GODIO, Julio, «Transformaciones. El mundo ha cambiado sustancialmente. Líneas de fuerza en la globalización y desafíos al socialismo», en La Ciudad Futura, N° 33, Buenos Aires, Julio '92.

GURRUTXAGA, Ander, «La persistencia del conflicto nacional», en PEREZ-AGOTE, Alfonso (ed.), Sociología del Nacionalismo, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1989.

JAUREGUIBERRY, Francis P., «Nacionalismo y violencia política», en Idem.

MICHELS, Robert, Los partidos políticos, 2 vol., Amorrortu, Buenos Aires, 1973.

PEREZ-AGOTE, Alfonso, «La religión en Durkheim y el problema del centro simbólico de la sociedad en la sociología actual», en RODRIGUEZ ZUÑIGA y BOUZA, Fermín (comp.), Sociología contemporánea: ocho temas a debate, Madrid C 15-Siglo XXI, Madrid, 1984.

«La identidad colectiva: una reflexión abierta desde la sociología», en Revista de Occidente, Enero 1986.

«Hacia una concepción sociológica de la Nación», en PEREZ-AGOTE, Alfonso (ed.), Sociología del Nacionalismo, op. cit.

RECALDE, José Ramón, La construcción de las naciones, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., Madrid, 1982.

RODRIGUEZ, Graciela Beatriz, «Identidad y autoconciencia en una situación de contacto interétnico», en Cuadernos de Antropología, Identidad e identidad étnica, N° 2, Edit. Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires, Diciembre 1988.

ROSENAU, James N., «Les processus de la mondialisation: retombées significatives, échanges impalpables et symbolique subtile», en BRETON, Gilles, sous la direction de, Mondialisation et mutations..., OP. op. cit.

SAVATER, Fernando, Contra las patrias, Tusquets Editores, Barcelona, 1984

YANNUZZI, María de los Angeles, «Identidad, política y crisis: las experiencias canadiense y argentina», en RAPOPORT, Mario, (comp.), Globalización, integración e identidad nacional. Análisis comparado Argentina-Canadá, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1994.

«Populismo y modernización capitalista en la Argentina», en Estudios Sociales, Año 4, N° 7, Santa Fe, 2° Semestre de 1994.

La modernización conservadora. El peronismo de los 90, Editorial Fundación Ross, Rosario, 1995.

«El moderno nacionalismo québécois», en CORNA, Olga y KLEINER, Alberto, comp., Norte-Sur. Intercambios, Biblioteca Norte Sur, Rosario, 1995.

«Peronismo y neoconservadurismo: ¿Una nueva identidad?», en AREA, Lelia, PEREZ, Liliana, ROGIERI, Patricia (comps.), Fin de un siglo: las fronteras de la cultura, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1996.

«Quebec a la luz de las nuevas transformaciones del capitalismo mundial», en Temas y debates, Año 1 – N° 1, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Rosario, julio/diciembre de 1996.

El aula vista como grupo sociopsicológico. Algunas reflexiones para una didáctica desde esta perspectiva.

Dra. Mara Fuentes Avila.

Dra. en Psicología. Docente e investigadora

Facultad de Psicología – Universidad de La Habana – CUBA

La pertenencia del hombre a una determinada sociedad no presupone la existencia de una determinación automática, simplificada, rectilínea de su conciencia individual. Teniendo en cuenta su vida y vivencias inmediatas, la vida de cada hombre transcurre a lo largo de un recorrido vital por diferentes grupos e instituciones y en contextos sociales específicos. (Fuentes, 1990).

En este sentido, creo que se hace necesario establecer los ámbitos principales de construcción y desarrollo de la subjetividad que asocio directamente con la Escuela y la Familia, como privilegiados espacios socializadores de la personalidad y las diferentes instituciones en que se fraguan las individualidades que, en una permanente relación dialéctica instituido-instituyente, reproducen sus mecanismos de perpetuación y a la vez, inevitablemente, los van transformando en la medida en que las fuerzas instituyentes se abren camino en las grietas de lo instituido. (Fuentes, 1994 a)

En tal sentido, las instituciones producen individuos, los que a su vez, desde la particularidad de su subjetividad, están en condiciones tanto de sostener y reproducir dicha sociedad como de transformarla.

La permanencia y continuidad de las instituciones de una sociedad, es una consecuencia no solamente de las condiciones materiales y económicas, sino básicamente, no puedo pensarlo de otra manera como psicóloga, del entretendido sociopsicológico que logren establecer alrededor de un sistema de valores comunes.

La acción de las instituciones sobre sus miembros puede ser armónica o asimétrica, en la medida en que el conjunto de ellas funcione como un sistema coordinado donde se concrete, dadas sus singularidades y desde su particular, un proyecto social común; o como un conglomerado donde cada una actúa como un todo que se consume en sí mismo siendo por lo tanto imperfecto.

Así pues, las instituciones socializadoras de la personalidad por ejemplo, serán visualizadas por el psicólogo a partir de su funcionamiento en un marco social determinado bien en tanto un sistema coherente, articulado o como un conjunto de espacios físicos donde se realiza una actividad común. Como consecuencia, será entendido el desarrollo de su potencial para ejercer un efecto sociopsicológico de conjunto sobre la personalidad.

Otro aspecto a considerar en el funcionamiento institucional es el rol que se le concede al sujeto. Al interno de las instituciones escolares, el proceso de socialización debe atribuirle un papel activo al joven, es decir, el joven no puede ser visto como objeto del proceso de socialización, sino como sujeto activo del mismo; de lo contrario, el proceso de socialización pierde su verdadera esencia y se convierte más que en un proceso de formación, en uno de control social. (Martín-Baró, 1989)

Se hace necesario, pues, lograr una comprensión de que el funcionamiento institucional gira alrededor de ejes básicos alrededor de los cuales se construye el «producto» institucional. En el caso de la institución escolar, es obvio que ese producto es la formación alcanzada por los educandos. ¿Cuál sería en este caso el eje sobre el cual se entreteje ese producto educativo?

Desde mi punto de vista, ese eje habría que ubicarlo en el aula, concebida desde luego, no como espacio físico, no como ambiente, no como contexto social, sino como grupo sociopsicológico.

¿Qué supone ésto y cuál es el alcance de esta concepción?

Permítanme algunas reflexiones necesarias en relación a la noción de grupo.

Cuando se habla de la relación entre el individuo y la sociedad se hace referencia a que el sujeto está inserto en el campo social pero no es un proceso abstracto y difuso, sino como perteneciente e integrante de diferentes tipos de micro o macro agrupaciones (instituciones) que, de alguna manera, se distribuyen en grupos y que son parte del todo en las que se expresan necesidades del individuo como ser social, necesidades que van desde sentirse incluido y aceptado socialmente hasta patentizar la propia implicación al hacer efectivo el poder de decisión en ámbitos extrafamiliares.

El grupo pues, se va delineando como un proceso más amplio que la mera reunión de individuos, como un espacio imaginario y real en donde se transforman paulatinamente las relaciones y los vínculos de los participantes.

Este nuevo producto o estructura imaginaria, genera sus propias leyes de organización y determina el funcionamiento grupal, ajeno a la voluntad de sus miembros vistos como individualidades atomizadas.

Los grupos no son lo grupal. Por eso, en nuestro enfoque, diferenciamos la comprensión del grupo como contexto, del espacio grupal; tratando de diferenciar un enfoque de trabajo tradicional «en el grupo», de otro «desde el grupo», con una lectura de «lo grupal» en una mirada fluctuante entre diversos niveles de análisis y una articulación de diversos códigos.

El espacio grupal no es una realidad cerrada; es una construcción sociopsicológica que se hace visible desde las particularidades de la dinámica cuya lectura se hace necesaria para entender sus procesos de desarrollo. Lugar por excelencia de génesis y transformación, ressignifica el lugar de «lo grupal» en un doble movimiento teórico: el trabajo sobre sus especificidades y su articulación con las múltiples inscripciones que lo atraviesan.

Al hablar del grupo como lugar de génesis y transformación, no quisiera que estos aspectos fuesen entendidos como dos momentos desligados, escalonados; como si se estuviera pensando en un orden de determinaciones o en una suerte de tensión entre ambos. Estamos en el campo de los procesos grupales, donde, desde una permanente interpenetración de lo social, lo grupal y lo individual, se posibilita la creación de un espacio peculiar, que resulta un lugar operativo de transformación social e individual. Es evidente que no estoy hablando de un espacio físico, sino de un espacio que se erige desde el vínculo intersubjetivo. (Fuentes, 1994 b)

Ahora bien, cabría preguntarse: ¿qué hacer para trabajar el aula desde esta concepción, es decir, visualizándola como espacio grupal?

En este enfoque, ubicamos la categoría actividad como el núcleo, el eje sobre el cual se van constituyendo todos los procesos dinámicos en el grupo.

Todo grupo se constituye con el objetivo de desarrollar determinadas actividades las que, desde sus especificidades concretas, requieren la acción conjunta, coordinada.

Sin embargo, hablar de actividad conjunta realizada por un número de personas en acciones coordinadas no presupone, en puridad científica, la existencia de una comunidad psicológica. Es menester pues, comprender que al hablar de actividad nos estamos refiriendo al momento objetivo de la acción conjunta, pero que la emergencia de lo psicológico es una consecuencia de la construcción de dos niveles de apropiación de esa actividad:

- a) una apropiación subjetivo-individual, que ocurre cuando la actividad se convierte para el sujeto en tareas específicas que adquieren un cierto sentido personal y se incluyen en determinada organización de su proyecto individual de vida;
- b) una apropiación subjetivo-grupal, que ocurre como consecuencia de la construcción de una meta compartida que es visualizada por la membresía como el «para qué» de lo que se está haciendo y se incluye, desde esta saliencia, en cada proyecto personal, en una perspectiva de aspectos compartidos con otros con los cuales, a partir de esta pertenencia, nos identificamos.

La relación actividad-tarea-meta, como un continuum de desarrollo a través del cual la actividad, como momento objetivo se torna en momentos subjetivos sucesivos, en el nivel individual y grupal, resulta ser el punto de partida de nuestra comprensión del problema de la construcción de la grupalidad, la subjetividad colectiva y la identidad.

En nuestro enfoque, adjudicamos al proceso de cohesión y de influencia el papel rector en la adquisición, que haga el grupo, de una capacidad sociopsicológica para potenciar su presencia y efecto de conjunto y construir, desde su interno, individualidades que contengan y reproduzcan, desde lo particular de cada subjetividad, los aspectos valorativos de su grupal y social más general.

Nuestras investigaciones acerca de la influencia grupal, realizadas con grupos de estudiantes, pusieron en evidencia que el proceso se estructura a partir de las peculiaridades de la actividad conjunta, en el sentido del tipo de interacción que promueve y el significado personal que adquiere para el sujeto, y desde la articulación que resulte entre las metas grupales, las necesidades individuales y los motivos de pertenencia y permanencia de la membresía.

Lógicamente, ésto que acabo de explicar no puede ser entendido, en modo alguno, como un proceso con un carácter automático ni simplista, en el que pudiera parecer que todo aparece predeterminado no ya desde la actividad, sino desde el tipo de interacción que promueve. Lo que estoy tratando de fundamentar es una lógica teórica que apunta a una regulación en la que quiero subrayar, por lo menos hasta lo aquí dicho, que el fenómeno de la influencia se va gestando desde aspectos organizativos y estructurales los que, inevitablemente atraviesan sistemas de vínculos interpersonales y estados psicológicos más o menos estables. (Fuentes, 1993)

De lo dicho hasta aquí, la idea fundamental que quiero subrayar es que de la articulación que resulte entre la meta grupal, las necesidades individuales y los motivos de pertenencia y permanencia, el grupo como tal puede tornarse en motivo para la satisfacción de las necesidades de sus miembros, pues sólo en y a través del grupo, la membresía comprende que puede satisfacer determinadas necesidades que les resultan de relevancia y significación.

Es imaginable pues, a partir del análisis de estas características, el alto valor que como referente conductual y valorativo adquiere el grupo al actuar como motivo para sus miembros, posibilitando en este sentido, el ejercicio de un alto nivel de influencia sobre su membresía.

Sin embargo, a pesar de que todos los grupos tienen esta capacidad potencial, no siempre esta posibilidad se torna realidad bajo condiciones espontáneas.

¿Qué es lo que falla? Pretender que la acción grupal se produce de manera automática sólo por existir la actividad conjunta, coordinada; e inclusive, pensar que los grupos que realicen actividades de alto valor social automáticamente tendrán que funcionar bien, es ignorar que las particularidades de la dinámica grupal van a estar afectadas no directamente por la significación social de la actividad, sino por el reflejo particular que dicha actividad tiene para el grupo en su conjunto.

De aquí derivamos la concepción de que las posibilidades de influencia de la actividad van a estar mediatizadas por las particularidades de los procesos de organización y dinámica grupal.

Así pues, el aula, trabajada como grupo sociopsicológico deviene un dispositivo mediador a través del cual se potencian procesos de influencia e interinfluencia. El aula es vista entonces, como un espacio que no es una realidad cerrada sino una construcción sociopsicológica que actúa y se hace visible desde las particularidades de su dinámica.

Me quedaría ahora por aclarar desde qué suerte de articulación el grupo construye un espacio sociopsicológico tal, que posibilita que el escenario grupal se torne en un lugar de transformaciones individuales, en un espacio donde nos introducimos en el camino de hacernos sujetos sociales y, a la vez, donde vivenciamos la experiencia más rica y fundamental de nuestro yo: la sensación de ser uno mismo.

Este interrogante nos conduce al problema de la cohesión grupal, la cual entiendo como expresión singular de la integración afectiva, valorativa y funcional que alcance la membresía al interno del grupo, lo que condiciona la complejidad estructural y funcional de este fenómeno.

La construcción que hace cada grupo de su cohesión, ocurre simultáneamente al proceso de desarrollo individual como consecuencia de la inserción particular que hace cada individuo al grupo y, de concientización de una pertenencia específica a su interno.

Este proceso, desde mi punto de vista, se articula desde el vínculo particular que establece cada sujeto con la tarea grupal, como consecuencia del sentido personal que adquiera, para cada individuo, en su relación con el sistema de necesidades personales y su carácter de motivo de pertenencia al grupo y/o permanencia en el mismo.

Y he aquí que, como resultado, la integración de la membresía puede ser producto, bien de un sistema de relaciones interpersonales basadas fundamentalmente en lo interindividual, que se construye durante la actividad conjunta al estar pobremente condicionada por el contenido de la misma, o bien de un sistema integrado de vínculos interpersonales que se construye desde la actividad conjunta, al estar fuertemente condicionado por el carácter de la relación particular que establece cada sujeto con la tarea grupal a partir de la cual deriva el lugar que le concede a los «otros» en el espacio grupal que comparten.

Como puede observarse, en nuestro enfoque estamos considerando la existencia de una permanente interpenetración del nivel personal, el interindividual y el grupal, lo cual nos aleja del error mecanicista en el que, a fuerza de subrayar la importancia de lo grupal, este proceso resulte ser cómplice de una concepción en que se establezca una relación de contraposición entre el individuo y el grupo.

El desarrollo de la grupalidad no ocurre, ni debe ser entendido, a despecho de la individualidad.

Lo grupal se estructura desde la presencia y participación de los miembros del grupo quienes, teniendo como base la actividad conjunta, entretejen un sistema de vínculos interpersonales que no puede ser entendido como una simple reproducción de cada individualidad, sino como portador de

un «individual» redimensionado desde su ubicación física y presencia psicológica en un grupal específico.

La cohesión grupal es pues, el proceso que al interno del grupo produce una interpenetración de lo individual y lo grupal y resulta ser, tal como lo entiendo, el punto de partida en el estudio de los procesos de organización y dinámica del grupo y, la base sobre la cual emerge el espacio grupal y se erige la grupalidad como construcción particular de este proceso.

La grupalidad puede entenderse como emergencia totalizadora de sujetos en el que el otro existe para todos y cada uno, y no necesariamente de forma directa y personal, sino como un representante más de lo humano, semejante y diferente a la vez.

Todo esto que acabo de explicar de manera muy sintética, resulta ser un proceso consustancial a toda dinámica grupal, pero que se presenta con diferentes niveles de asimetría y desequilibrios, como consecuencia del grado de espontaneidad o dirección del proceso grupal.

Si el aula no es vista ni manejada como grupo sociopsicológico, entonces el proceso dinámico a su interno fluctuará alrededor de comportamientos asimétricos con las consecuentes emergencias de conductas grupales e individuales que «sorprenden» a los maestros, o que sencillamente no pueden explicar. «No me explico cómo ha ocurrido ésto en esta aula...» dicen no pocas veces maestros preocupados por fenómenos incomprensibles o inesperados.

El conocimiento de los procesos de dinámica grupal permiten no solamente visualizar el aula desde estos referentes, con sus favorables consecuencias en el plano de la comprensión de los fenómenos emergentes y posterior acción correctiva en relación a los mismos sino, y ésto es probablemente lo más importante, que podrá dirigir el proceso dinámico en una perspectiva profiláctica conduciendo al grupo por los «mejores caminos» o lo que es lo mismo, favoreciendo su desarrollo. Esta conducción grupal desde un conocimiento de los procesos dinámicos a su interno supone:

- Favorecer la evitación de conflictos más que conocer cómo solucionarlos.
- Estimular la comunicación interpersonal más que intervenir en la resolución de desavenencias interpersonales.
- Desarrollar la cohesión del grupo en su conjunto más que favorecer el acuerdo inter subgrupos.
- Concebir la potencialidad de todos los alumnos de ejercer influencia sobre el resto más que estimular la acción de influencia de miembros específicos.
- Entender el liderazgo en el marco del desempeño de roles atribuidos por el grupo y asumidos en éste más que como un atributo particular de determinados miembros.
- Comprender la conducta individual como saliencia subjetiva del clima sociopsicológico más que como reacción personal atribuida a historias de vida.

Desde luego, lograr estas acciones supone no sólo conocimientos teóricos sobre los procesos dinámicos al interno del grupo, sino también habilidades prácticas para operacionalizar estos conocimientos en situaciones concretas. Para ello estamos proponiendo, y esto constituye el segundo objetivo de este trabajo, un programa para el desarrollo de habilidades en el trabajo con grupos que le proporcionará al maestro los recursos científicos y técnicos necesarios para trabajar el aula desde esta perspectiva.

Los programas que se ofrecen están dirigidos a que los maestros utilicen técnicas psicológicas que les permitan:

- desarrollar habilidades para la conducción eficiente y dirección del aula vista como grupo sociopsicológico.
- promover el desarrollo de la comunicación eficiente y el entendimiento mutuo.
- determinar los factores sociopsicológicos asociados al desempeño de roles al interno del grupo y el efecto relativo de su influencia en el funcionamiento grupal.
- facilitar el establecimiento de relaciones interpersonales cálidas y eficientes.
- conocer y utilizar los aspectos sociopsicológicos que actúan sobre un grupo para mantenerlo cohesionado en el desempeño de sus funciones.
- detectar el clima sociopsicológico del grupo, interpretar los factores que lo condicionan e intervenir sobre el grupo para mejorar su clima.

Las características generales de los programas son las siguientes:

1.- Los programas están concebidos para ser impartidos tanto a grupos reales como a grupos nominales en una membresía no superior a 20 personas ya que el tipo de trabajo grupal que se realiza resulta muy difícil con un número superior de miembros.

2.- Paralelamente al trabajo de adquisición de conocimientos y habilidades asociado al tema específico del entrenamiento, los psicólogos responsables de su aplicación realizarán un trabajo diagnóstico del funcionamiento grupal.

3.- Los programas están estructurados en tres tipos de ejercicios:

3.1 Ejercicios de Conocimiento: Están dirigidos a ofrecerle a los cursistas los sistemas de conocimientos relativos al tema sobre el cual se esté ofreciendo el entrenamiento.

3.2 Ejercicios de Sensibilización: La introducción de este tipo de ejercicio tiene como objetivo que los cursistas no sólo conozcan los distintos aspectos sociopsicológicos asociados al tema de estudio, sino que vivencien en y desde su propia subjetividad, la presencia de los mismos en sus formas positivas y negativas.

3.3 Ejercicios de Reconocimiento: Están dirigidos a activar en los cursistas los conocimientos impartidos y aplicar los mismos a situaciones concretas en las que tenga que identificar, en sus distintas manifestaciones, los fenómenos estudiados.

4.- La evaluación de estos programas supone:

4.1 Constatación de la adquisición del sistema de conocimientos y habilidades asociado directamente a los temas del entrenamiento.

4.2 Evaluación del desarrollo alcanzado por el grupo.

4.3 Constatación de la puesta en práctica en el trabajo cotidiano del sistema de conocimientos y habilidades adquiridos.

Por último, permítanme compartir una reflexión hecha desde lo profesional pero sentida desde mi inserción como miembro de esta sociedad.

Los psicólogos no podemos resolver todos los problemas asociados al hombre; es evidente que otras partes de la sociedad deberán concurrir con su presencia y esfuerzo en este empeño. Pero lo que no podemos dejar de hacer los psicólogos es ver todos los problemas asociados con el hombre, y tratar de encontrar la traducción que en el plano de nuestra ciencia se hace posible.

La formación de nuestros hijos en las instituciones escolares pasa, inevitablemente, por la psicología social. Toca pues, a los psicólogos sociales pensar cómo contribuir a perfeccionar este proceso de cuyos logros nadie duda pero de cuyas imperfecciones tampoco.

La realidad social que en términos de grupo enfrenta el maestro en su cotidiano está plurideterminada; en ella concurren factores económicos, políticos, ideológicos, culturales, históricos; por lo que no podemos los psicólogos, adjudicarnos omnicomprendivamente toda la magnitud de su estudio. Otras especialidades de las Ciencias Sociales y, sobre todo, la rica tradición que la Pedagogía ha tenido históricamente en nuestro país tienen su espacio y deben utilizarlo.

Por mi parte, si alguien me preguntara por el espacio de la Psicología Social, le brindaría estas reflexiones.

La Habana, Octubre 1994.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- FUENTES, M. (1990) «La relación individuo-sociedad: un enfoque marxista». En: Jiménez-Domínguez, B. (coord.) Aportes críticos a la Psicología en Latinoamérica Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- 2.- FUENTES, M. (1993) Psicología Social del Grupo. Investigación y Desarrollo de Teorías Ed. Universidad Autónoma de Puebla. Puebla.
- 3.- FUENTES, M. (1994 A) «Psicología y Desarrollo Social» Revista Cubana de Psicología (en prensa).
- 4.- FUENTES, M. (1994 b) «Psicología grupal: lugar de génesis y transformación» Revista Alelón, Año V, No. 5 Primer Semestre, Puebla.
- 5.- MARTIN-BARO, I. (1989) Sistema, grupo y poder. Psicología Social desde Centroamérica (II) Ed. UCA, San Salvador.

THE CLASS AS A SOCIOPSYCHOLOGICAL GROUP
Some recommendations for a didactics viewed from this perspective

ABSTRACT

This paper performs that an analysis of the school as an institution, emphasizing in the thesis that according to which any succes in that field of activity depends upon the teacher's work in the classroom. It explains why it is necessary to understand the class not as a psysical space where certain activities take place, but as a sociopsychological space whose functional laws and regularities are dictated by group dynamic laws. It remarks the advantage of analysing these phenomenae from such a perspective, as well as its effects in such important fields of activity as interpersonal relations, intragroupal communication, conflict resolution or labor efficiency.

Los caminos de la precarización

Graciela Castro

Lic. en Psicología. Profesora Responsable Psicología II. FICES/UNSL

INTRODUCCIÓN

La joven sostenía en su mano derecha el control remoto del televisor. El cuerpo extendido descuidadamente sobre un sillón. El rostro relajado. Afuera, -como rezaría una canción de tango- es noche y la helada dejará sus huellas. Adentro, un ambiente cálido envuelve las horas de un domingo invernal.

En un ir y venir del ejercicio “zapinero”, la señal de Crónica TV, con imágenes de bailes y disfraces y, mientras se oye una vieja melodía sesentista, sobreimpreso en la pantalla se asoman grandes letras que anuncian: » faltan 70 días». La estación de la flores como diría algún aprendiz de poeta kitch, tiene allí su propio jefe de prensa. Al instante y gracias al zapping, Zedillo se adueña de la pantalla hablando ante un auditorio, tal vez importante, acerca de la pobreza. Cambio; los juegos olímpicos de Atlanta; cambio, inundaciones en China; cambio, Bugs Bunny neurotiza a Elmer; cambio, Victoria Abril se viste de personaje almodovariano; cambio, Bill Clinton debe prorrogar la entrada en vigencia de la Ley Helms-Burton ante la presión de los países europeos; cambio, Tom Cruise regresa una vez más con Dustin Hoffman en el papel de su hermano; cambio, Cavallo continúa afirmando que la reducción de las asignaciones familiares es para beneficiar a los que menos ganan; cambio, el Telediario español da las últimas noticias; cambio, Snoppy se divierte con sus amigos; cambio, los obreros del puerto reclaman por sus salarios; cambio, un niño puede morir si en pocas horas no se halla un donante de hígado; cambio, Fito Paez y un vídeo clip con sus últimas canciones; cambio, los habitantes de fuerte Apache se quejan por ser marginados; cambio, el presidente Menen señala que gracias a su plan económico hay más desocupados y menos pobres. La frase resuena reclamando una explicación. Algo parece haber alterado la velocidad de las imágenes. Ya no es tan sólo un parpadeo. La sinapsis neuronal da cuenta del mensaje: la sucesión de imágenes y sonidos dejan la fugacidad de la costumbre y hay prisa por hallar respuestas ante semejante aquellarre mediático.

Por unos instantes y fragmentariamente, el mundo se asomó por una pantalla. La joven pulsa un botón del control remoto y, observando la pantalla ya oscura del televisor recuerda la canción de Serrat :

» Mi vecino vuelve a casa, enciende la tele....

mi vecino, aquella noche,

se metió en la cama convencido de tener el mundo controlado,

seguro de ser un hombre muy bien informado

respecto a lo que ocurría a su alrededor...»

Ella no quiere ser el personaje de aquella canción; sabe que al día siguiente alguien llamará a su puerta ofreciéndose para algún trabajo; una mujer y su hijo, como se ha vuelto habitual, estarán revolviendo las bolsas de residuos; otros se quejarán pues el dinero no les alcanza, mientras en una tapa de «Caras» un juez mostrará su mansión y otras exquisiteces de «mediopelo-nuevo rico» , y miles de desocupados rogarán a San Cayetano por alguna solución .

Pobreza, banalidad, injusticia, planes de ajuste, corrupción, nuevos actores sociales, impunidad, reclamos, desencanto. Fin de milenio. Incertidumbre. Exclusión. Urgencia en la búsqueda de nuevas respuestas que permitan comprender la realidad .

La Transformación del Escenario

Hace algunos años, Agnes Heller, a través de un artículo periodístico señalaba: » Los hombres tienen celos del apocalipsis; su ambición es hacerlo mejor» y, observando la cotidianidad de los '90, alguien podría animarse a aseverar que aquella frase adolece de realismo?. Los medios periodísticos muestran día tras día imágenes donde la violencia, la intolerancia, la corrupción y la injusticia, se tornan una constante corriendo el riesgo de volverse una costumbre que a nadie asombra.

Y el hombre común sabe que no son personajes de una película del neorrealismo aquellos que a la vuelta de su casa o camino a su trabajo, puede hallar revolviendo bolsas de residuos o formando parte de largas colas de aspirantes a unos muy pocos puestos de trabajo. Salaam Bombay ya no parece estar tan lejos y la realidad, hace rato va superando a la ficción.

Un informe de la ONU difundido en julio de 1996, señalaba que:

«más de 1600 millones de personas pobres en todo el mundo han empeorado su situación en relación con hace diez años, mientras tanto, los muy ricos han aumentado aún más sus ingresos».

Por si aquella información pareciese ambigua o lejana, también es posible ir acercando la mirada a latinoamérica y el mismo informe de la ONU al que se hacía referencia anteriormente dirá:

«en América Latina, que experimenta una recuperación económica, la tasa de pobreza aumentó sin embargo del 23 al 28 por ciento de 1985 a 1990, por cuanto la política de escolaridad favorecía a los ricos y en gran medida se pasó por alto la reforma agraria».

El fin de milenio se personifica en el dios Jano: uno de sus rostros muestra la opulencia de aquellos a quienes favoreció el mercado, el otro rostro, se cubrió con la máscara de la pobreza.

Cuando Polanyi escribía: » la pobreza era la naturaleza sobreviviendo en la sociedad; que la limitación de los alimentos y lo ilimitado del hombre hubieran llegado a un conflicto justo cuando se ofrecía a nuestros ojos la promesa de un aumento ilimitado de la riqueza hacía aún más amarga la ironía» [1] , algún desprevenido podría hallar una coincidencia con el informe de la ONU, pero aunque la descripción de Polanyi bien parezca propia de los '90, en realidad estaba describiendo a la sociedad inglesa del siglo pasado. Valdría agregar aquella referencia que al final de muchas películas recuerda que «los hechos que aquí se relatan corresponden a la ficción y cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia»?. Pero la emergencia de esta sociedad dual no es pura coincidencia. Reducir a una sola circunstancia la crisis, sería simplificar la complejidad que evidencia la realidad. Para muchos dirigentes políticos o gremialistas, la gran responsable de todos los cambios y su consecuente crisis es la globalización. En muchos discursos la famosa palabrita puede ser o la espada de Damocles o la llave del paraíso. Acaso será eso la metáfora que represente a la “modernización excluyente” que hace unos años analizaban Lo Voulo y Barbeito (1992).?. En tal caso “la espada”, como lo expresa el informe de la ONU, tiene cada vez más amenazados mientras los que pueden aspirar a tener «la llave» son unos pocos privilegiados. También se podría entender a la globalización actual de la economía como la utilización de mecanismos que posibilitan la colonización y el saqueo de varios países, conduciendo a aquel modelo que Chomsky grafica como «islas de enorme privilegio en un mar de miseria». [2]

Para los países de Latinoamérica no resulta sencillo su tránsito en estas últimas décadas. Superadas las dictaduras y comprendida la imposibilidad de hacer realidad las inflacionadas expectativas con las cuales se había sobrecargado a las incipientes democracias, la vida cotidiana de los ciudadanos no está exenta de dificultades. Logrados los elementos mínimos para el funcionamiento del sistema democrático, queda observar si la propia democracia es capaz de afrontar los nuevos retos.

Cuál es el mundo al que deben enfrentar las frágiles democracias de la región?. Al respecto es adecuado recurrir a las expresiones de Norbert Lechner quien así describe el nuevo contexto:

» El predominio absoluto de la economía capitalista de mercado y los procesos de globalización, el colapso del comunismo y del sistema bipolar, el redimensionamiento del Estado , el «nuevo clima cultural» y la misma preeminencia de la democracia liberal conforman un nuevo marco de referencia para cualquier política». [3]

Sin duda estas circunstancias condicionan la acción política , planteando como consecuencia la necesidad de reflexionar sobre las transformaciones de los factores implicados. También aquí es pertinente considerar aquellos que menciona el propio Lechner, factores éstos cuyos cambios pueden implicar riesgos y oportunidades para las democracias latinoamericanas.

Los factores implicados son:

- a) la nueva complejidad social.
- b) la sociedad de mercado y la nueva sociabilidad.
- c) la nueva relación de Estado y sociedad.
- d) los nuevos procesos de comunicación.
- e) las nuevas incertidumbres.
- f) las transformaciones de la política.

A fin de lograr una comprensión más ajustada de los factores mencionados, a continuación se tratará de explicitar algunos aspectos que caracterizan a cada uno de ellos.

a) la nueva complejidad social : los procesos de industrialización y de urbanización producen diferenciaciones que alteran el rígido orden jerárquico característico de las clases, y como consecuencia de ello, los individuos pueden desempeñar múltiples roles. En este sentido “la clase” deja de ser un elemento que permite una identificación colectiva , siendo quizá útil, en este aspecto, recurrir a la expresión que ya hace varios años aportara Ernesto Laclau al hablar de «posición de sujeto». Ante la pluralidad de espacios cada vez más autónomos, se van segmentando los intereses materiales y las creencias y principios que servían de anclaje para las identidades colectivas. Así, los individuos pueden llegar a transitar por diversos grupos de acuerdo a sus intereses y preocupaciones.

b) la sociedad de mercado y la nueva sociabilidad: si bien el mercado no es una situación novedosa en los países de América Latina, sí es importante el peso que van adquiriendo en esta región los mecanismos que caracterizan al mercado. Los comportamientos sociales también se van tiñendo con los matices de la mercantilización. De tal manera las relaciones interpersonales pueden adquirir características de instrumentales, moldeándose un nuevo tipo de sociabilidad en la cual prevalecen características propias del intercambio mercantil, el cálculo resulta un mecanismo corriente y el

individualismo y el egoísmo su expresión en las relaciones sociales. Conjuntamente con ello se va produciendo un proceso de replegarse hacia lo privado como una esfera privilegiada de la vida social.

c) la nueva relación de Estado y sociedad: ante la presencia avasalladora del mercado, se torna prioritario efectuar una reforma del Estado. La propuesta neoliberal no plantearía un desmantelamiento del Estado sino, por el contrario, una fuerte intervención estatal. Así explica Lechner el papel del Estado ante las nuevas circunstancias que plantea el neoliberalismo:

» en mayor o menor medida tiene lugar una reforma del Estado sobre la base de reducir las empresas públicas, reorientar las políticas sociales, descentralizar y desburocratizar el aparato estatal, racionalizar la gestión pública y una reglamentación frondosa, en fin, incrementar la eficiencia económica de la acción estatal». [4]

En este redimensionamiento del Estado, la función económica pasa a adquirir una notable preeminencia, por consiguiente al priorizar la relación entre el Estado y el mercado se puede ir inhibiendo el tema de fondo que es la relación entre el Estado y la sociedad.

d) los nuevos procesos de comunicación: hay quienes señalan que aquello que no aparece por los medios de comunicación no existe. Sin duda alguna la imagen ha adquirido una gran preeminencia en la tematización de la agenda pública. Así, ya resulta una costumbre observar diversos cierres de campañas electorales en publicitados espacios televisivos. En función de ello, los políticos deben competir por lograr la atención de los receptores, recurriendo para ello a técnicas comunicacionales para seducir a los telespectadores, quienes asisten a una sobrecarga informativa. Los nuevos procesos de comunicación se caracterizan por la fragmentación y velocidad en la estructuración de las imágenes y los mensajes. Ello plantea un redimensionamiento en las nociones de espacio y tiempo, como así también en el sentido de la realidad. Los límites entre la esfera privada y la esfera pública se tornan difusos; el tiempo -por su parte- es un presente omnipresente. A la par de ello y, como consecuencia de la globalización de las comunicaciones, se desterritorializa el universo simbólico.

e) las nuevas incertidumbres: los cambios sociales ocurridos en los últimos años, también van modificando el sentido de la vida. Esta ya no posee los límites claros y precisos que quizá, hasta hace un tiempo atrás era posible pensar. Como los describiera el propio Lechner: «las identidades colectivas se fragmentan a la par con la disgregación de los valores y hábitos, las creencias y experiencias que estructuraban la trama social.». [5] El proceso de secularización, por su parte, descompone las religiones y por ende, se alteran las tradicionales respuestas que hacen a los interrogantes básicos de la vida.

f) las transformaciones de la política: teniendo en cuenta los factores mencionados con anterioridad, las instituciones políticas y fundamentalmente la política, se van transformando. Esencialmente, la política deja de ocupar el lugar central que antes ocupaba en la organización social. Ante la diversificación de los roles sociales y la consiguiente dificultad de conformar identidades colectivas por un lado, y la preeminencia de la relación entre el Estado y el mercado por la otra, junto a nuevos modos de socialización, por mencionar sólo algunos temas, las instituciones políticas ven restringir su ámbito de actuación. También, es necesario considerar los numerosos casos de corrupción que en los últimos tiempos están tiñendo a la clase política y a la desvalorización que – desde los espacios de poder- se realiza de la propia clase política. A partir de considerar estas circunstancias se van haciendo necesario conformar otros espacios de participación que superen la frontera entre los sistemas políticos y no políticos.

Todos los factores mencionados precedentemente permiten pensar en una transformación de la política, no sólo en cuanto a las imágenes que de ella se tienen, sino también acerca de las nuevas modalidades del quehacer político.

Entre los fantasmas y el populismo

El reingreso de los países de América Latina al sistema democrático, por cierto que no ha resultado una tarea sencilla. Era preciso superar enraizados comportamientos autoritarios que habían trastocado profundamente la cotidianidad de sus habitantes. Los argentinos en particular, ingresaban en la democracia, incluyendo en su imaginario expectativas, en muchos casos sobrecargadas.

Transcurridos unos años, los discursos y las ilusiones comenzarían a chocar con la realidad. La justicia se quedó a mitad de camino y tal vez, -ante amenazas de presiones por parte de algunos sectores de la sociedad-, no logró cerrar las heridas dejadas por la represión. Tampoco la solidaridad era un valor que regresaba con tanta facilidad. En cambio, sí comenzaba a tener cada vez mayor protagonismo el tema económico. Tras el encantamiento de la reapertura democrática, devenía el desencanto por las dificultades y las promesas no cumplidas. Pero aún quedaba espacio para creer en un reencantamiento.

El discurso populista del menemismo pareció interpretar la necesidad de mucha gente y se entreabrió la posibilidad de una esperanza. Así, los '90 iniciaron su lucha contra la inflación y día tras día, la economía fue ganando preeminencia. Su análisis no sólo concernía a los especialistas en el tema o a los políticos. Para el ciudadano común fue tornándose de suma importancia la paridad cambiaría en cuanto al precio del dólar, no porque se hubiese transformado en un inversionista de la Bolsa de Valores, sino porque la nueva situación económica facilitaba la «compra a crédito». Endeudarse no constituía una actividad riesgosa pues «el plan de convertibilidad» aseguraba la tranquilidad para los bolsillos.

Pacto de Olivos mediante, el menemismo continuó ocupando sus espacios de poder. La preeminencia otorgada a la economía también en la vida cotidiana de los ciudadanos, posibilitaba la continuidad del gobierno menemista. Pocos meses después del triunfo, la caja de Pandora ya dejaba entrever imágenes- algo difusas aún -de su contenido.

En el segundo semestre del '95 aparecían dos figuras cuyos contornos ya estaban perfectamente delineados: la desocupación y la corrupción. La primera rondaba el 18.6 % y en cuanto a la segunda, quedaba una inquietante sensación de impunidad en lugar de la justicia.

En un intento de análisis acerca de la influencia de la crisis en la vida cotidiana de los argentinos efectuado en agosto de 1995 [6], se infería que, en relación al desencanto de fines de los '80 donde parecía percibirse cierto clima de esperanza, el estado anímico de los argentinos en la segunda mitad de los '90, no parecía incluir la posibilidad de un reencantamiento.

Transcurrido un año desde aquel análisis, qué pasó con el humor de los argentinos?. Finalmente, de la caja de Pandora se expandieron todos los males? Y como aquella mitológica caja, quedó la esperanza en el fondo de la misma?.

El 14 de mayo del presente año, el gobierno menemista cumplió un año en el poder tras la reelección. Esta circunstancia pareció pasar desapercibida en el ánimo ciudadano.

Las últimas cifras proporcionadas por el INDEC mostraron que el nivel de desocupación en el país es del 17.1 %; el monto de la deuda externa continuó creciendo y « los números no cierran para el gobierno».

En este estado de la situación, el gobierno anunció la eliminación de las asignaciones familiares y al mismo tiempo recordaron que la Reforma del Estado II, afectará a un número importante de empleados públicos que pasarán a engrosar la lista de desocupados. Paralelamente la corrupción continúa expandiéndose y la justicia pareciese ser la gran ausente. La banalidad y el desparpajo de muchos funcionarios y dirigentes constituyen una afrenta para la gran mayoría de los argentinos que no «disfrutan» del modelo.

Mientras se escribe este texto, «la noticia» difundida por todos los medios de comunicación e instalada en el habla de todos los argentinos, es la renuncia del ministro de economía, Domingo Cavallo. Parfraseando a García Marquez, podría decirse que ello constituyó la crónica de «una despedida largamente anunciada». Negada siempre por los protagonistas del círculo áulico presidencial, entremezcladas con abrazos y sonrisas que sólo parecían poner parches a una nunca acabada interna sumamente conflictiva, finalmente llegó el día para que los argentinos comprobaran si existía o no una «cavallodependencia».

El actual recambio ministerial en la esfera de economía, no parecería responder a la necesidad de recuperar la esperanza por parte de los ciudadanos. Hay dos mensajes que no pueden eludirse en el análisis de los discursos presidenciales en ocasión de la «despedida» ministerial: el modelo no va a cambiar, según propias expresiones del presidente Menem y, los organismos internacionales vieron con beneplácito el recambio, ésto aunque lo niegue el propio presidente mientras lo afirma Michel Camdessus.

Intentar algún posible análisis frente a la actual situación argentina puede resultar un interesante ejercicio intelectual, tal vez para evitar caer en la alienación total a la cual conduce el actual modelo socioeconómico.

Aquí en el cielo como en... LA ARGENTINA

Al fin de iniciar un abordaje de la situación por la que atraviesa Argentina por estos días, resulta pertinente retomar algunos de los aspectos mencionados por Norbert Lechner, en cuanto a los factores observados en las democracias.

Es posible que uno de los aspectos que con mayor incidencia pueda observarse en la Argentina corresponde a aquél que se halla referido a : «la sociedad de mercado y la nueva sociabilidad».

Como lo señala José María Pasquini Durán :

«La transición del Estado de bienestar al imperio del mercado se hizo sin necesidad de la Tercera Guerra Mundial». [7]

Si bien el mercado no es algo nuevo en los países de latinoamérica, en Argentina en particular, es durante los '90 cuando la «palabrita mágica» que significa el mercado, se va introduciendo en la vida cotidiana de los habitantes mientras que para el gobierno menemista adquiere visos de orgullo. En 1992, tras realizar un viaje a Europa, el presidente Menem declaraba a los periodistas que en países tales como Francia o Bélgica había autoridades dispuestas a tomar como ejemplo al «modelo argentino» para resolver sus problemas. La pregunta ineludible era: existe un modelo argentino?.

Por aquél entonces el editorial de La Ciudad Futura expresaba en relación a la pregunta anterior: «...en el país estamos aplicando con estricto rigor fórmulas que para el Este y el Sur ofrecen los grandes poderes económicos internacionales y específicamente el gran auditor de ellos, el Fondo Monetario Internacional...» [8]

Esta ola que se extendía desde el Oeste al Este y desde el Norte al Sur partía del supuesto de recuperar «la verdad económica», cuyo eje central implicaba un replanteo de las relaciones entre Estado y mercado.

En la agenda política de los '90, el ajuste económico y sus efectos recesivos pasan a ocupar un destacadísimo lugar. En esta situación, en Latinoamérica, el Estado debe hacer frente a tres cuestiones: a) la tensión entre la globalización y el marco nacional; b) la tensión entre las dinámicas económicas y la institucionalidad política; y finalmente, c) la tensión entre la democracia y la gobernabilidad democrática [9]. En síntesis, estas tres cuestiones plantean la necesidad de considerar que la agenda pública de estos países está severamente condicionada por circunstancias que se hallan fuera del control de los actores nacionales. Por otro lado, implican también considerar los recursos políticos que permitan contrarrestar y compensar las dificultades económicas; en tanto la tercera cuestión plantea la dificultad que ocasiona el carecer de un efectivo sistema de partidos que permita elaborar consensos básicos.

El replanteo de las relaciones entre el Estado y el mercado instala un nuevo debate en América Latina. En los últimos años, estos países, han pasado por profundos cambios en las estructuras económicas y en las relaciones sociales como así también en los valores. En las transformaciones que atraviesa el Estado se pueden considerar desde aquellas que trazan una frontera entre el ámbito externo – delimitación de un territorio- y el ámbito interno – los límites del orden social-. La soberanía estatal se halla en contradicción con la dinámica del mercado, expresándose dicha contradicción en la dualidad entre el liberalismo económico y el orden oligárquico. Es a partir de los '70 cuando esta distinción comienza a evaporarse a partir del proceso de globalización. Otro aspecto que debe considerarse en la transformación del Estado es el que se refiere al desmantelamiento del Estado de Bienestar – o Estado providencia-. Esta situación acrecienta la exclusión y la marginación y evidencia la desintegración de los principios organizadores de la solidaridad.

En el imaginario social de los argentinos, durante mucho tiempo han existido una serie de afirmaciones que se fueron transformando en mitos. Muchos de ellos, transcurrido el tiempo, van tornándose frases huecas totalmente carentes de contenido. Sin duda entre aquellos mitos podría señalarse la frase que expresa :“ Dios es argentino”, en consecuencia su traducción significaría que todo se soluciona mágicamente. Otra idea ya generalizada es que : “los argentinos somos solidarios”. Si bien no se trata de hacer aquí un lapidario juicio en contra de esta afirmación, sería sumamente difícil afirmar que fehacientemente se trata de un aspecto inherente a la personalidad básica de los argentinos, al menos de los de esta época. No resultaría vano tratar de pensar cuánto puede haber influido en ella, la mercantilización de las relaciones sociales. Por otro lado, es posible pensar que en la sociedad argentina se hallarían comportamientos solidarios cuando se trata de relaciones primarias, tales como la familia o los amigos, pero más allá de estos microespacios, la solidaridad cede su lugar a la desconfianza, a los conflictos.

Los gobiernos dictatoriales, acentuaron la desconfianza, el recelo en las relaciones interpersonales. De esa manera también resulta más sencillo el ejercicio de la dominación. Por ello, uno de los aspectos esenciales que deben procurar reinstalar las democracias, es la confianza mutua. Reducir los niveles de incertidumbre en relación «al otro» resulta prioritario . Esta circunstancia que, a nivel micro no resulta fácil, se profundiza cuando es el propio Estado quien va dejando de lado garantías sociales que históricamente habían formado parte del mismo. En este sentido, conviene recordar

que el Estado de Bienestar se desarrolló históricamente teniendo en cuenta un sistema asegurador en el cual la introducción de seguros obligatorios cubrían los principales riesgos de la existencia humana, tales como: enfermedad, desocupación, jubilación, invalidez, etc. El agotamiento de este sistema de bienestar, también erosiona el sentido de solidaridad.

Los '90 muestran a los gobiernos – particularmente los latinoamericanos- realizando programas económicos que, para su implementación, demandan efectuar fuertes ajustes sociales. Así, la agenda pública de la democracia queda prisionera de las prioridades y decisiones que impone el ajuste. Indudablemente, en la nueva relación que se establece entre el Estado y el mercado, el «trabajo» pasa a ocupar un espacio de suma importancia en la cotidianidad de los habitantes. Aquel principio que establece el Artículo 14 de la Constitución Argentina: «...Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos conforme a las leyes que reglamenten su ejercicio; a saber: de trabajar...»; a partir de las nuevas políticas socioeconómicas se vuelve un ideal que no se refleja en la realidad.

La situación planteada por la desocupación – que en décadas anteriores se asomaba como una posibilidad para algún sector social en especial-, a partir de la crisis del Estado de bienestar y la aplicación de políticas neoliberales, es un fantasma que sobrevuela cuasi permanentemente a un gran número de argentinos, sin considerar el género, la edad o el oficio. La categoría de desocupado no sólo se traduce en un número que el INDEC registra; o en un tema de debate en campañas electorales. Sin duda, para el cientista social, el desafío mayor está en poder desentrañar esta encrucijada que implica “el trabajo”, su ausencia y precarización en la sociedad argentina de este fin de siglo.

En mayo de 1995, el INDEC informaba que el porcentaje de desocupados en el país ascendía al 18.6%. Tras la reducción que planteaba el informe del mes de octubre -16.4%- el porcentaje proporcionado por el último informe hizo que el gobierno menemista alejara la esperanza que la desocupación respondiera a un problema coyuntural. La actual cifra del 17.1% si bien registra una disminución en relación al año anterior, en ello debe considerarse una importantísima cantidad de personas que ya no buscan empleo.

A pesar que el propio ministro de Trabajo Caro Figueroa, ha expresado que: «...a nivel mundial la desocupación es un problema que no tiene fácil ni rápida solución...» [10], es interesante recordar ciertas circunstancias locales que influyen en el alto porcentaje de desocupados. Entre ellas es posible considerar: a) la reforma del Estado; b) el abaratamiento del capital; c) los altos impuestos al trabajo, d) las leyes laborales y e) subvaluación del dólar y apertura de las importaciones.

Aunque nadie pone en duda la crisis que significa en la vida cotidiana la situación de desempleo, lo más importante es la precarización. En esta nueva circunstancia, se modifican las condiciones de trabajo. Aquellos aspectos que ya nadie ponía en duda, tales como salario, indemnización, estabilidad, vacaciones, aguinaldo, pasan a depender de la voluntad del capital.

En relación a la precarización, Robert Castel expresa: «Hace que la gente en última instancia vaya siendo preparada para vivir sin empleo» [11]. También el INDEC en su último informe registró en La Plata «...una nueva población de 1.200 cuidacoches que se ocupan de que los autos estacionados no aparezcan rayados o con las gomas pinchadas y además ofrecen el servicio de lavado con tacho y franela» [12].

La implicancia que adquiere el desempleo hacia el interior de la sociedad, conduce a que el enfoque estadístico clásico del fenómeno, se vuelva inadecuado para su comprensión. Para poder entender el comportamiento de la gente frente a la nueva situación laboral, se hace preciso recurrir, como lo expresa Pierre Rosanvallon, a la historia de los individuos.

«Hace tres años tuvimos que vender el taller que abrimos en el '74, cuando nos casamos. El cambio fue como el día y la noche. Pasamos de tener un Ford Falcon a un Citroën, a no tener nada.. En mi barrio, Lomas del Mirador, había un taller cada dos cuadras, donde se empleaba a los pibes del barrio. Hoy no hay nada. Hoy esos chicos están buscando trabajo...» [13].

Es precisamente la historia individual quien tiñe los modos de percibir las situaciones de precaridad y vulnerabilidad. Asimismo, a partir de este modo de análisis, es posible conocer las razones del comportamiento de ciertos trabajadores que en una primera impresión evidencian una ruptura de las solidaridades. La situación planteada por la azafata Alicia Castro, del Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA) en el panel organizado por la carrera Relaciones del Trabajo de la Universidad de Buenos Aires en el mes de julio del corriente año, brinda aspectos que posibilitan comprender los nuevos modos de comportarse de los trabajadores de su gremio. En este sentido, Alicia Castro detalló que:

«...después que una azafata cayó en vuelo de un avión de Interaustral por negligencias de mantenimiento, el gremio de aeronavegantes logró un recurso de amparo para que las nueve azafatas de esa empresa no volaran hasta que se conocieran las causas del accidente. Pero siete de ellas se desafilieron, temerosas de perder su fuente de trabajo...» [14].

El relato del párrafo anterior pone en evidencia dos circunstancias: por un lado, el papel del trabajo en la vida cotidiana de los argentinos; y, por otro, la solidaridad. Ante un Estado que lentamente fue abandonando sus funciones de solidaridad para con los ciudadanos, no resulta extraño que también en las relaciones microsociales, la solidaridad vaya siendo sustituida por comportamientos más de tipo individualista que no tienen su origen en caprichosas actitudes personales, sino que son el resultado de severos condicionantes socioeconómicos que conducen a priorizar la sobrevivencia individual.

Uniando las voces

Sin lugar a dudas, existe una coincidencia generalizada que permite ubicar como uno de los grandes temas en esta Argentina de fin de milenio, el que concierne a la desocupación. Más allá de los datos que proporciona el INDEC o alguna consultora privada – los cuales en ciertas ocasiones pueden ayudar a volver optimista la percepción de los protagonistas del gobierno-, el análisis del tema en cuestión no concluye simplemente con el dato estadístico. Por tratarse de un hecho social sumamente complejo, su análisis podría realizarse teniendo en cuenta aspectos económicos, sociales, psicológicos o políticos. En este sentido resulta pertinente pensar cuál es el espacio de representación que tienen quienes se hallan en la categoría de desocupados?, y más específicamente, quiénes los representan?. A pesar de algunos intentos que se han observado en el país tendientes a transformar en una fuerza colectiva organizada a los desocupados, la mayoría de ellos han fracasado. La razón estaría en que no constituyen una clase, o un orden, sino que manifestarían una falla de la sociedad.

Pierre Rosanvallon, refiriéndose a las dificultades que conciernen a la representación de los excluidos señala lo siguiente:

» La dificultad de movilizar y representar a los excluidos se explica por el hecho de que en primer lugar se definen por los malogros de su existencia, por lo tanto por su negatividad. Por esta razón, no constituyen una fuerza social a la que podría movilizarse. No son los nuevos proletarios de la sociedad de desocupación. No tienen un interés común propiamente dicho. No forman en absoluto una clase objetiva, en el sentido que da a este término la tradición marxista (posición en el proceso de producción). Casi por esencia, los excluidos forman, incluso, una «no clase». Constituyen la

sombra proyectada de los disfuncionamientos de la sociedad, resultan de un trabajo de descomposición, de desocialización en el sentido fuerte del término. Mientras lo social se constituye positivamente por la agregación de la actividad de los individuos, por la fusión de sus rasgos individuales en unas características promedio, la exclusión resulta de un proceso de desagregación» [15].

Ante las dificultades para conformar una representación adecuada que permita a los excluidos articular sus demandas de manera organizada y continua, pareciese que su presencia sólo puede ser percibida por el resto de la sociedad a través de quejas espasmódicas. Podría pensarse que los excluidos sólo logran atrapar la atención mediática cuando sus dificultades los llevan a manifestar sus crisis a través de acciones de protesta social, tales como cortes de rutas u ocupación de edificios públicos. En estas conductas colectivas puede ser posible observar ciertos aspectos que las caracterizan: surgen como una expresión límite ante la crisis; en muchos casos ante la realidad de no tener nada no asusta el arriesgarlo todo. Esta situación puede conducir a que se bordee peligrosamente los límites de la violencia. Asimismo, pueden ser expresiones inorgánicas, que no permiten identificar un «líder» que la conduzca. Una posible explicación de ello podría hallarse en la desconfianza hacia las organizaciones políticas o sindicales, en las cuales no han hallado su espacio identitario. Esta carencia de una fuerza organizada que la conduzca puede dificultar las instancias de negociación que reclama la solución de la crisis. Por otra parte, la resolución de la protesta puede concluir en propuestas -por parte de las instancias gubernamentales- de tipo asistencialista. En ciertos casos a través de procesos de cooptación de algunos integrantes, concluye con una desarticulación total de una incipiente organización. Finalmente, reducido «el peligro» que plantea la protesta, sin ocupar los espacios mediáticos de los primeros momentos, planteando soluciones coyunturales que no alteren en demasía el modelo socioeconómico establecido por el gobierno, la protesta sólo queda en la retina y en los oídos de algunos memoriosos.

A modo de ejemplo podría recordarse la situación que en mes de junio del presente año tuvo por protagonistas a los habitantes de Cutral-Có y Plaza Huinul. Así lo registraba la crónica periodística de entonces:

«En Neuquén y también en Buenos Aires dicen que nosotros somos indios; bueno, que vayan sabiendo que los indios estamos muy enojados» [16].

Ambas ciudades que en conjunto suman alrededor de 50.000 habitantes, tenían por entonces cerca de 8000 desocupados, la mayoría como consecuencia de la privatización de YPF. Esa situación que había sido aceptada con resignación por los habitantes de aquellas ciudades, hizo eclosión ante la decisión del gobernador Sapag de postergar la instalación de una planta dedicada a la producción de fertilizantes, la cual crearía más de dos mil fuentes de trabajo. La protesta se tradujo en el corte de la ruta nacional 22 y la provincial 17, cortando de tal manera la comunicación terrestre entre Zapala, Challaco, Arroyito, Neuquén, y obstaculizando el tránsito hacia Cipolletti y general Roca. La toma de las rutas se asomaba como una última alternativa ante la crítica situación socioeconómica de los habitantes de esas ciudades neuquinas:

» Si ésto sigue así, éste se va a convertir en un pueblo fantasma», afirma Berta (52) habitante de Cutral- Co. Su esposo es otro de los cesanteados de YPF pero ahora sobrevive gracias a un microemprendimiento: mantiene, junto a otras diez personas, la toma de agua que alimenta a la ciudad. «Acá quedaron cuatro mil personas sin trabajo cuando se cerró YPF, y la última esperanza que teníamos era la planta de Ferti Neu (la fábrica de fertilizantes por la que pelea el pueblo). Los jóvenes no tienen posibilidades, se quieren ir», dice Berta, que tiene una hija de quince años. «Hemos llorado todo el día -confiesa-. Hubiera querido ir con todo el pueblo pero estoy enferma. Lo único que he podido hacer es rezar» [17].

Frente a sectores políticos y gremiales desacreditados y percibidos como profundamente alejados de los problemas socioeconómicos por los que atraviesan amplios sectores del país, ante las expresiones de conductas colectivas no siempre es posible observar líderes que conduzcan la protesta. En la protesta de los habitantes de Cutral-Co y Plaza Huincul, el no contar con una figura en particular que representase a los habitantes, otorgó un matiz muy especial a la hora en que se intentó una solución judicial:

«En el momento en que yo iba a hablar con ellos, con los manifestantes, por las informaciones creíamos que eso era una manifestación de un determinado grupo. Entonces dije: bueno, va a haber algún representante, algún concejal, alguien...pero no había nadie, había pueblo, había miles de cabezas, eso era lo que había». Con esas palabras, la jueza Margarita Gudiño de Arguëlles explicó por qué el martes declaró a los gritos ante la multitud que se declaraba incompetente [18].

A diferencia de los paradigmas de la «vieja política», en la cual los actores sociales dominantes eran los partidos políticos o los grupos de intereses institucionalizados, las nuevas maneras de expresar las conductas colectivas, muestran la presencia de otros no comprendidos en aquellos del viejo paradigma. Sin embargo estas expresiones ciudadanas no logran conformar una expresión alternativa a las estructuras de los actores colectivos tradicionales, ya que en general surgen ante situaciones de crisis sociales y, para las cuales no han obtenido respuestas por parte de las estructuras formales. Frente a esta situación de insatisfacción, se comienzan a conformar grupos inorgánicos, sin liderazgos visibles, donde el elemento común es la desesperanza. Asimismo, otra característica es la duración de la protesta. Frente a las urgentes demandas que plantean estas «explosiones sociales», el poder político formal debe avenirse a una negociación, donde si bien los problemas esenciales no son resueltos, se pueden llegar a acuerdos que posibiliten sobrevivir ante la crisis; ésto, siempre y cuando no se llegue, por parte del poder político formal, a cooptar a aquellos potenciales líderes que habían participado en la protesta .

Para evitar el final...

Como decía Gabriel García Márquez, vivimos «una realidad alucinante y alucinada». Tal vez en estas tierras donde coexisten tantos Macondos como miradas se realicen, ni el propio realismo mágico bastaría para describir la realidad argentina.

No es suficiente declamar que la situación argentina se corresponde con una realidad mundial, donde las noticias de casi todos los países del mundo muestran situaciones de corrupción, déficit fiscales, desempleo. Y no es lo mismo, ya que sólo en la fantasía de los sectores comprometidos, tanto políticos como económicos – por cuestiones de conveniencia- puede ser posible considerar en un plano de igualdad a los países del tercer mundo, entre los cuales se hallan los latinoamericanos, con aquellos que conforman por ejemplo, el Grupo de los Siete.

Las asimetrías que demandan las relaciones de dominación requieren como imprescindibles para ser tal, los dos actores: el que domina y el que es dominado. Esta situación que puede interpretarse como una ingenua verdad de perogrullo, pareciese que trata de ser sistemáticamente ocultada por los gobiernos y los sectores económicos comprometidos con el modelo. Modelo éste que cada vez más, va aumentando el número de excluidos a quienes sólo les estaría permitido discurrir su tiempo entre la banalidad de aquellas imágenes mediáticas, donde a partir de la excusa del rating, lo grosero se muestra como transgresión, al tiempo que se estimula un cierto voyeurismo social que rompe las fronteras entre el espacio de lo público y lo privado pretendiendo con ello tal vez, evidenciar una situación «virtual» de similitud a nivel humano entre el personaje de la historia y el espectador.

Todo vale, parece ser la consigna asumida en estos tiempos. Ya no en el plano metafórico sino en la realidad, pocos tienen para pagar lo que cuesta lo que unos pocos deciden cuánto vale. Para el gran resto que no importa al modelo, queda la fantasía y la violenta competencia para sobrevivir.

Sumisión total o rebelión del coro?. Para ello, indudablemente es prioritario desentrañar las matrices de pensamiento hegemónicas en este cuasi fin de siglo y animarse a entender que la democracia no puede existir aherrojada por el miedo ni tutelada por pequeños sectores comprometidos, en realidad, con su destrucción.

Sin lugar a dudas que no son sólo las palabras o un individuo aislado quien transformará mágicamente esta «alucinada realidad». Se precisan sólidos partidos políticos que superen el clientelismo y los conflictos internos y compartan sus voces con los movimientos sociales que representan la problemática de diversos sectores de la sociedad.

Un espacio esencial corresponde al conocimiento. No para procurar un barniz meritocrático sino con un auténtico compromiso social. Aquel sentido orwelliano de la democracia que requiere distraer y mantener en la ignorancia a los ciudadanos para que no causen problemas a los gobiernos, está remarcando la prioridad que debe concedérsele al conocimiento, pues como decía Nazim Hikmet:

«No es chacota la vida.

La tomarás en serio,

como lo hace la ardilla, por ejemplo,

sin esperar ayuda ni de aquí ni de allá.

Tu más serio que hacer será vivir».

Pero más allá de la apelación literaria, la urgencia que plantea la crisis socioeconómica, quizá requiera focalizar las políticas sociales para atender la situación que padecen amplios sectores del país. Ello indudablemente requiere, una urgente decisión política, pero claro, no en vano el alacrán de aquella vieja historia reconoció que aunque él muriera, seguía siendo un alacrán. Tal vez el desafío esté en hallar el antídoto que permita que el veneno de aquel alacrán sólo conduzca a la destrucción de sí mismo y no mate a quien aceptó solidariamente transportarlo.

Notas

[1] – Polanyi, Karl: «La gran transformación». Ed. Claridad. Bs. As. 1947

[2] – Chomsky, N: «Política y cultura a finales del siglo XX..Ariel.

[3] – Lechner, N: «Por qué la política ya no es lo que fue». Nexos. Dic.1995. México

[4] – Lechner,N: op. cit

[5] – Lechner,N: op.cit

[6] – Castro,G: «Desencanto y vida cotidiana». Mimeo.1995.

[7] – Pasquini Durán,J: «Ilusiones argentinas». Ed. Planeta.Argentina.1995

- [8] – La ciudad Futura: «El modelo argentino»(Editorial).N.32.Abril '92
- [9] – Lechner,N: «El Estado desorientado entre la economía y la sociedad».Mimeo. México.1995
- [10] – Diario Clarín. 7 de julio de 1996
- [11] – Diario Página 12.14 de julio de 1996
- [12] – Diario Clarín. 7 de julio de 1996
- [13] – Diario Página 12. 21 de julio de 1996.
- [14] – Diario Página 12. 21 de julio de 1996.
- [15] – Rosanvallon, P: «La nueva cuestión social». Manantial. Bs. As. 1995
- [16] – Diario Página 12. 23 de junio de 1996
- [17] – Diario Página 12. 26 de junio de 1996.
- [18] – Diario Página 12. 27 de junio de 1996.

Los rasgos de una nueva época histórica

Alcira Argumedo.

Socióloga. Docente e investigadora de la U.B.A.

El período histórico por el cual atraviesa el mundo de hoy, presenta profundas similitudes con esa etapa de la historia comprendida entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, cuando se conjugan las transformaciones generadas por el paulatino desarrollo de la Revolución Industrial, con los nuevos valores de una ética social y cultural que sustentan el Iluminismo y la Revolución Francesa. Más allá de las complejidades y contradicciones de esa etapa crucial, las consignas de libertad, igualdad y fraternidad conformaban una concepción del mundo que reclamaba mayor igualdad entre los seres humanos; pero, al mismo tiempo, constituían requisitos técnico-económicos para desplegar los potenciales de la Revolución Industrial, que no podían procesarse con trabajo esclavo, servidumbre feudal, aristocracias de sangre o monarquías absolutas

Forzando las semejanzas históricas, sería posible afirmar que la etapa comprendida entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y comienzos de la década de 1970 presencia la «Revolución Francesa» del llamado Tercer Mundo, manifestada en el ascenso de las demandas sociales y nacionales, en los procesos de descolonización y liberación de las antiguas áreas coloniales, en la reivindicación de sus identidades culturales largamente despreciadas, en los reclamos de justicia, autonomía e igualdad. Son los valores de casi dos tercios de la población del mundo a quienes las metrópolis occidentales les habían negado su carácter integralmente humano: es sabido que la libertad, la igualdad y la fraternidad estaban referidas a los franceses blancos pero no a los argelinos o indochinos; que se reservaban para los ingleses blancos pero no para los hindúes o africanos; que eran patrimonio de los blancos norteamericanos pero no de los negros o los indios; que caracterizaban a las clases privilegiadas en América Latina pero no a los indígenas, negros y mulatos; y así en las más diversas experiencias del dominio occidental en sus propias sociedades o sobre los pueblos de ultramar.

Este ascenso de las demandas nacionales y sociales impondrá un fuerte cuestionamiento a determinados núcleos de poder de las potencias occidentales como fueran, entre otros, la derrota norteamericana en Vietnam; el alza de los precios del petróleo y el embargo petrolero promovido por los países árabes en la guerra de Yom Kipur; la fortaleza alcanzada por los reclamos y cuestionamientos de las regiones del Sur nucleadas en el Movimiento de Países No Alineados; el triunfo de diversos movimientos populares dispuestos a revertir el poder de las potencias occidentales y los sectores dominantes locales en diversas naciones de Asia, África y América Latina; el peso de los nuevos países en los organismos internacionales; las movilizaciones estudiantiles y obreras en Europa; el movimiento negro y las resistencias frente a la guerra en los Estados Unidos.

También en esta «revolución francesa» del Tercer Mundo, la reacción de los poderes hostigados impondrá su restauración conservadora. La retirada norteamericana de Vietnam dará lugar a un agresivo intento de recomposición del poder hegemónico de los Estados Unidos -iniciado por Kissinger y más tarde profundizado por el proyecto neoconservador de Reagan y Bush- que en América Latina se manifiesta a través de una ola sincrónica de dictaduras militares, dispuestas a utilizar el terror hasta sus últimas y más aberrantes consecuencias para desarticular cualquier oposición a sus designios. La intervención directa en África y la dureza con que poco después se definirá una nueva etapa de guerra fría -la Tercera Guerra Mundial enunciada por Reagan y conocida como Guerra de las Galaxias- se articulan con una etapa de acumulación de riquezas y beneficios sin precedentes por parte de los grandes grupos económico-financieros y bancos transnacionales que, a través de las denominadas políticas neomonetaristas y neoliberales,

implantarán diversos mecanismos de succión de recursos públicos, nacionales y sociales en favor de un nuevo poder mundial que se extiende a nivel global. Sustentada en un despliegue tecnológico que ha establecido un salto de calidad en sus potencialidades, esta restauración conservadora se afianza en los años ochenta y culmina al finalizar esa década con el triunfo de los Estados Unidos en la Tercera Guerra Mundial, que implicará la desintegración de la Unión Soviética y sus áreas de influencia y un creciente control de las economías periféricas y centrales por parte de ese nuevo poder económico-financiero internacional.

Favorecida por el incremento de los precios del petróleo -que alcanza un 1500% entre 1973 y 1979- se despliega la Revolución Científico-Técnica, cuyos motores esenciales serán la competencia por el mercado mundial en el campo civil y la carrera armamentista y espacial entre las superpotencias. Una revolución tecnológica que se acelera durante la década de los ochenta, junto al creciente afianzamiento del poder económico-financiero mundial y de la acción de sus representantes fundamentales: el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En este contexto, las tecnologías de avanzada permiten la consolidación de un nuevo modelo productivo y de administración económica y social, que cierra el ciclo histórico de la Revolución Industrial y transforma drásticamente el concepto y las características del trabajo, así como la composición y la dinámica del mercado mundial, con decisivos impactos sobre el empleo y la organización de las sociedades

Desde comienzos de la década de los ochenta, los sectores de avanzada en ciencia y tecnología -el complejo teleinformático, los nuevos materiales, la biotecnología, entre otros- han establecido las bases de una transformación en profundidad de las condiciones de producción e intercambio de la vida social de los hombres, reformulando las condiciones laborales típicas de la etapa madura de los Revolución Industrial en los más diversos aspectos. Esto impone la necesidad de establecer definiciones político-culturales de base, que marcarán el rumbo de los procesos económicos y sociales, planteando inéditos desafíos en los umbrales del siglo XXI. En rasgos muy gruesos, es posible agrupar los impactos de la Revolución Científico-Técnica sobre el trabajo y el empleo en tres áreas principales:

1.- En primer lugar, las actuales tecnologías de punta producen un salto cualitativo en términos de eficiencia, velocidad, productividad y calidad de los procesos, que establecen un hito irreversible en los esquemas de producción y en los servicios y obligan a incorporarlas como elementos esenciales en las diversas áreas del desarrollo económico y social. Varias veces se ha señalado que sus potencialidades son equivalentes a las del ferrocarril frente al transporte en carretas y diligencias o a las de la electricidad ante la iluminación a velas de sebo: antes o después deben ser utilizadas en el quehacer económico, ante el riesgo de afrontar desventajas insostenibles. No obstante, las formas específicas de la reconversión tecnológica y las modalidades de inserción de los trabajadores varía sensiblemente en función de las concepciones y los valores políticos y culturales predominantes en cada país, dando lugar al diseño de diferentes modelos de sociedad y Estado: el contraste entre el Japón y los Estados Unidos en este aspecto, evidencia la falacia neoliberal acerca de la existencia de un «único camino» para ingresar en la etapa de la historia que se inicia.

2.- Las nuevas tecnologías tienden a cerrar la brecha entre trabajo manual e intelectual que caracterizara a los anteriores modos históricos de producción. Se calcula que en no más de una década el 95% de las tareas normales de una sociedad van a requerir un mínimo de educación de 10 a 12 años, con un promedio de ocho horas diarias de estudio. Debe tenerse en cuenta que, por ejemplo, los barrenderos no utilizarán más los tradicionales escobillones de mano, sino vehículos de diferentes tamaños con minicomputadoras que les permitan informar al centro de inteligencia respectivo la existencia de troncos que obstruyen calles, caños rotos o similares, para una rápida detección del estado de la ciudad. En el campo de la industria, los trabajadores de overall de la cinta de montaje, que genialmente retratara Chaplin en Tiempos Modernos, se transforman en técnicos

que manejan o controlan instrumentos automatizados como robots, computadoras, máquinas-herramientas de control numérico, sistemas de diseño o bancos de datos informatizados, lo cual requiere una calificación de nuevo tipo que vuelve anacrónicas las tradicionales habilidades de los obreros especializados; y la división técnica del trabajo que fundamentara científicamente Taylor hacia fines del siglo pasado, ha sido reformulada en un sentido prácticamente inverso al que primara desde entonces.

Si en el taylorismo cada persona era más eficiente repitiendo una infinita cantidad de veces la misma actividad -sin tener una visión del conjunto del proceso de trabajo- en los sistemas flexibles todos los trabajadores tienen la necesidad de conocer la dinámica global de ese proceso como condición de eficiencia para potenciar su actividad particular. En este sentido, los círculos de calidad -una de las manifestaciones de avanzada en la organización del trabajo- suponen la articulación de grupos donde participan los diversos estamentos laborales (diseñadores, ingenieros, trabajadores de taller) y promueven una acción y un pensamiento colectivos, capaces de enriquecer la creatividad, la imaginación y los aportes de sus integrantes con el fin de hacer más eficiente el rendimiento de cada uno de ellos.

Los sistemas automatizados demandan una capacitación polivalente, susceptible de cubrir un amplio espectro de funciones, con una sólida formación de base que pueda ser reorientada hacia nuevas especializaciones ante la celeridad de los cambios tecnológicos. Pero también demandan ductilidad para integrarse en el trabajo grupal y disposición a cooperar y alimentar la solidaridad del equipo; donde el personalismo, la competencia individualista o el afán de destacarse en detrimento de los otros se vuelven cada vez más disfuncionales. De esta forma, en los esquemas industriales y de servicios tienden a desaparecer el trabajo manual y el esfuerzo físico, para ser reemplazados por trabajadores de creciente preparación intelectual, con una formación integral que les permita afrontar diversos trabajos no segmentados y tareas de equipo.

3.- Sin duda, el impacto de mayor contundencia de la revolución tecnológica en curso es la decisiva disminución en los requerimientos de tiempo de trabajo y en la participación del factor humano en la composición orgánica del capital. Se calcula que en los más diversos ámbitos -industria, administración, servicios generales, servicios financieros, medios de comunicación e información, minería, sector agropecuario, etc.- es posible desarrollar normalmente las tareas con un promedio de tiempo de trabajo necesario inferior en un 75% al que demandaba la última etapa de la Revolución Industrial hacia fines de la década de 1970. Esto supone alternativas de carácter civilizatorio, ya que de la forma en que se resuelva tal disminución dependerá la futura estructuración de las distintas sociedades y también sus posibilidades de ingresar en los escenarios del siglo XXI. Es posible afirmar que, en términos polares, existen al respecto dos opciones: o se tiende a un desplazamiento bajo diversas formas de los antiguos trabajadores generando una desocupación y marginalidad social sin retorno; o se tiende a una recalificación en gran escala de la mano de obra, que permita ir reemplazando el tiempo por la calidad del trabajo, con tendencia hacia un descenso sistemático de la jornada laboral que se acompañe de un incremento sustancial de los ingresos.

Cuando comenzó a extenderse la Revolución Industrial en la primera mitad del siglo XIX se plantearon opciones similares. Las ideas político-económicas del liberalismo manchesteriano, que signaron las formas dominantes de la reconversión tecnológica en esa época, irían generando en Europa una masa de desocupados y excluidos -una población excedente absoluta- que es posible calcular entre 400 y 500 millones de personas en cien años. Esa fue la base de las migraciones masivas hacia las regiones de ultramar -donde diversos genocidios de la población autóctona, como en los Estados Unidos, Argentina o Australia, habían dejado amplias extensiones de tierras vacías- y también de la carne de cañón en las guerras intereuropeas o en los procesos de expansión colonial.

Recién en la segunda mitad del decenio de 1930 y en particular luego de la Segunda Guerra Mundial, los Estados keynesianos y los sistemas fordistas de producción y organización económico-social impulsarían políticas de pleno empleo, con aumento de los salarios reales y una disminución del tiempo de trabajo: si al finalizar el siglo XIX la jornada semanal era de aproximadamente 72 horas, a mediados de este siglo había descendido a 40 horas: una reducción del 45%. En las condiciones históricas que se están esbozando, las opciones indican, respectivamente, la posibilidad de generar una población excedente absoluta superior a los 4.000 millones de personas en el mundo; o inéditos modos de reintegración social, teniendo como horizonte una jornada semanal promedio no mayor a 20 horas, con un incremento sustancial de los salarios, derivado de la calidad de ese trabajo. Al respecto, debe recordarse que la llamada «edad de oro» del capitalismo que se extiende entre 1945 y 1973 -y que también lo fuera para el socialismo- dio lugar al crecimiento económico más alto y sostenido de toda su historia, donde el descenso de la jornada laboral coincidía con la extensión de los beneficios sociales, el pleno empleo y los más altos salarios relativos.

En el contexto de estas transformaciones profundas y extendidas, es posible percibir el paulatino diseño de dos opciones polares, como modos de rearticulación de las sociedades en los inicios del siglo XXI. Sin desconocer los matices y diferenciaciones que necesariamente presentarán estas alternativas tan disímiles, consideramos posible sintetizar los rasgos principales de las potencialidades y los interrogantes planteados por cada una de ellas.

Los modelos de democratización integral

Junto a otros cambios de magnitud, la Revolución Científico-Técnica impone al conocimiento -que incluye información y capacidad innovativa- como el nuevo recurso estratégico que ha de definir el papel de los distintos países y regiones al comenzar el tercer milenio. Ya en la actualidad, las ramas más dinámicas del mercado mundial son las llamadas conocimiento-intensivas; es decir, las que incorporan una mayor cantidad de conocimientos en la producción, en los servicios, en la administración o en la comercialización de los productos: sea el conocimiento materializado en nuevos instrumentales «inteligentes» (computadoras, robots, redes teleinformáticas y similares) como el conocimiento de quienes los operan. Donde la clave sigue estando en las características, el talento, la formación, la creatividad y la imaginación de estos últimos; porque si las computadoras y los bancos de datos exhiben una indiscutible superioridad frente a las máquinas mecánicas para enriquecer y acelerar los procesos de escritura, de ninguna manera producen un escritor.

A diferencia de los recursos estratégicos de la Revolución Industrial -como los altos hornos, la industria pesada, el petróleo- la incorporación, procesamiento, producción, reproducción y distribución del recurso conocimiento es esencialmente democratizante, en tanto sólo permite desarrollar sus potencialidades si está difundido en el conjunto de cada sociedad y no si es patrimonio exclusivo de una minoría. Baste considerar que si el 95% de las actividades socio-económicas implicarán una formación mínima equivalente a estudios secundarios, la sociedad toda estará limitada en su funcionamiento si esos saberes no están suficientemente distribuidos. A su vez, el carácter intrínsecamente democrático del recurso conocimiento se manifiesta en las fuentes principales de su producción y reproducción, que obligan a garantizar procesos de amplia democratización económica, social y cultural; ya no solamente como expresión de valores solidarios sino, además, como requisitos técnico-económicos para afrontar los nuevos paradigmas productivos y de servicios.

Así, en las coordenadas tecnológicas que se están consolidando a nivel mundial, un sistema educativo primario y secundario de alto nivel de calidad extendido a toda la población, además de ser un derecho social, se transforma en una condición técnica y económica ineludible. Uno de los pilares de la ventaja alcanzada por el Japón frente a los Estados Unidos en la disputa por el mercado mundial de los últimos quince años es la calidad y cobertura de la educación japonesa, donde el

98% de los niños que inician el primario terminan el secundario y de ellos la mitad realiza estudios terciarios o universitarios. Esta situación ha dado lugar a una diferencia abismal en la calidad productiva entre ambos países: como señala Michel Albert, se calcula que en la actualidad los productos norteamericanos presentan cien veces más fallas que los japoneses.

Porque en las nuevas coordenadas tecnológicas los niveles educativos del 50% inferior de la población activa constituyen una de las principales ventajas competitivas dinámicas, que anulan aceleradamente las ventajas comparativas estáticas ligadas con mano de obra barata y recursos naturales, propias de las regiones periféricas. De allí que los montos destinados al sistema de educación pública -en tanto fuente básica de producción del recurso conocimiento- deben dejar de ser considerados como un gasto del Estado para convertirse en inversiones cuya magnitud e importancia deberán ser equiparadas a las que se orientan hacia la infraestructura económica en rutas, en producción de energía o en el sistema de comunicaciones e información.

La segunda fuente de incorporación, producción, reproducción y distribución del nuevo recurso estratégico es la recalificación en gran escala de la población económicamente activa, con el objeto de permitirle un acceso directo o indirecto a la operación inteligente de las tecnologías de punta. En una etapa de transición como la que estamos atravesando, este acceso directo o indirecto supone la conformación de grupos de trabajo que -como grupos- tengan capacidad de utilizar las nuevas tecnologías, sin necesidad de que todos sus miembros hayan adquirido tales habilidades. Se trata, más bien, de articular diferentes saberes -incluyendo principalmente el de quienes estén capacitados en el instrumental de avanzada- como un modo relativamente rápido de permitir su masiva utilización por parte de los antiguos y nuevos trabajadores.

En esta perspectiva, una recalificación de amplio alcance debe encararse como un proceso colectivo, que adquiere múltiples variantes y combinaciones dentro de un proyecto abarcador. La velocidad con que se ha producido la obsolescencia de las anteriores calificaciones laborales obliga a promover estas experiencias colectivas, donde los técnicos capaces de operar con eficiencia el instrumental tecnológico han de cumplir el papel de transmisores o traductores de esos conocimientos, a fin de reformular los saberes de aquéllos que, individualmente considerados, presentan una formación laboral obsoleta. A través de la conformación de grupos de trabajo, los saberes predominantemente manuales o mecánicos pueden irse articulando con los conocimientos flexibles requeridos por las nuevas tecnologías; y en ese desarrollo se va gestando una acción común sustentada en la cooperación y en la solidaridad, como base de las nuevas formas de organización de los procesos de trabajo.

En tercer lugar, la Revolución de la Inteligencia impone un papel central a las universidades, en tanto productoras del recurso conocimiento en su más alto nivel de calidad y en toda la gama de los saberes científicos, técnicos, humanísticos, sociales y culturales. En este marco, la consolidación de universidades de excelencia y de masas -los dos términos de ninguna manera son contradictorios- es otro de los requisitos técnico-económicos para poder desarrollar los nuevos patrones productivos y de servicios: de la calidad y extensión de las universidades dependerá el porvenir de nuestras naciones en las próximas décadas. Pero es preciso desplegar un profundo debate acerca de los lineamientos de formación profesional, científica y técnica, dado que la «taylorización» de los saberes académicos y las rígidas fronteras disciplinarias, característicos de la creciente especialización de las universidades, han comenzado a sufrir una obsolescencia similar a la de los trabajadores de la cinta de montaje. El conocimiento emergente se define por su carácter flexible, transdisciplinario y con una consistente formación de base, que son las condiciones para garantizar eficiencia y creatividad en cada campo específico.

La cuestión de fondo es entonces el tipo de mentalidades que generen las universidades; la promoción de un pensamiento crítico y riguroso, capaz de articular diferentes conocimientos -de las

ciencias sociales, las ciencias duras y de cada una de ellas entre sí- como modo de enriquecer y potenciar el conocimiento especializado: por ejemplo, quienes hoy trabajan en los segmentos más altos de la informática de avanzada, los fractales o la matemática del caos señalan que, para ser eficiente en estas áreas, es indispensable contar con una buena base en literatura. Porque no se trata de una mera sumatoria inter-disciplinaria de saberes parcializados, sino de nuevos abordajes de carácter integrador que enriquecen y reformulan las problemáticas particulares de las distintas áreas del conocimiento, al incorporarlas en un contexto comprensivo que permite plantear nuevos interrogantes, novedosas formas de respuesta, concepciones innovadoras y miradas críticas y creativas. Nuevos paradigmas del conocimiento para afrontar los retos de la época histórica que se inicia, capaces de superar las limitaciones de una «ciencia normal» esterilizada y anacrónica: como lo muestran entre otros Carlos Marx y Max Weber en las ciencias sociales, el pensamiento innovador es siempre de carácter transdisciplinario.

Y también en los niveles universitarios el monto de información y conocimientos reclamados para una formación integral, obliga a la constitución de equipos de estudio e investigación -susceptibles de procesar un pensamiento colectivo a partir del intercambio y el debate entre diferentes perspectivas y disciplinas- sustentados en relaciones de cooperación y solidaridad, que alimentan novedosas formas de especialización. Porque la hiperespecialización individualista que demanda el mercado inmediato de científicos, técnicos y profesionales; o las presiones de determinados núcleos académicos en el sentido de desarrollar una «ciencia normal» de acuerdo con el «paradigma» del Banco Mundial y el neo liberalismo conservador, se contraponen seriamente con las exigencias de flexibilidad técnico-intelectual, con la necesidad de elaborar abordajes integrales para las distintas problemáticas y con la formación de mentalidades innovativas y rigurosas.

En esta perspectiva, los sistemas de desarrollo científico-tecnológico articulados con las universidades -en el ámbito nacional y latinoamericano- constituyen la cuarta fuente nodal del nuevo recurso estratégico. Estos sistemas permiten diseñar e instrumentar decisiones autónomas en términos de la incorporación, procesamiento y producción de ciencia, técnica, información y capacidad innovativa, en función de reorientar los procesos de reconversión de los sectores productivos y de servicios y la reorganización de los múltiples aspectos de la dinámica política, social y cultural. Porque es sabido que ningún potencial científico o técnico es totalmente neutro en relación con sus impactos y consecuencias; y que el «libre juego de las leyes del mercado», concebido como lógica excluyente de orientación de las sociedades, puede generar situaciones altamente nocivas para el bienestar de los habitantes. Al respecto, los ejemplos de la actualidad sobran largamente.

La regresión económica y social que sufre América Latina desde la sutilmente denominada «década perdida», señala a las universidades y a los sistemas de ciencia y tecnología del continente como los núcleos esenciales que pueden ayudar a revertirla. Dado que, más allá de su imprescindible reformulación, sólo en esos espacios se concentra actualmente la masa crítica del recurso conocimiento referido a las más diversas problemáticas, lo cual les plantea una responsabilidad histórica sin precedentes. En este marco, las discusiones acerca de las relaciones universidad-sistema científico-empresas, centrada en el lucro y en la supuesta productividad y eficiencia económica como base para la elaboración de las respuestas, muestra una patética endebles ante las turbulencias del período que atravesamos.

Todo modelo de universidad supone una estrecha relación con el modelo socio-económico y cultural más abarcador, con el proyecto político orgánico que lo promueve. Y así como la Reforma Universitaria de 1918 no puede desligarse del proceso de democratización de la sociedad argentina de esa época, que tuviera en el triunfo de Hipólito Yrigoyen dos años antes otra de sus manifestaciones contundentes, las actuales presiones para la reformulación de las universidades de acuerdo con los postulados del Banco Mundial, se articulan coherentemente con los modelos de alta

concentración de la riqueza y creciente exclusión social. Hoy los universitarios no pueden eludir las definiciones de base acerca de qué modelos de sociedad y Estado pretenden sustentar; porque se trata, ni más ni menos, de la necesidad de diseñar los vínculos y los nuevos modos de articulación de estos centros nodales de producción de conocimiento con los procesos de reestructuración económica, social, política y cultural en cada país y en un proyecto autónomo de integración continental.

La posibilidad de disponer de estas cuatro fuentes principales del recurso conocimiento se ha transformado en una condición inexorable para el desarrollo social y económico y para la inserción de los distintos países o regiones en el escenario mundial de las próximas década: las naciones que no sean capaces de consolidarlas, están condenadas a sufrir graves experiencias de regresividad histórica. Y como no es posible democratizar y extender la educación; la calificación del trabajo y el ingreso; y el acceso a las universidades y al sistema científico-técnico, sin democratizar los otros espacios de la vida social -la salud, la vivienda y el hábitat, la distribución de la riqueza, los medios de comunicación e información y el bienestar general de la población- los modelos sociales de alta integración, las democracias ampliadas hacia lo económico, lo social y lo cultural, se transforman en imperativos técnico-económicos para poder participar en el ciclo de la historia que se abre con la Revolución Científico-Técnica.

Un ciclo en el cual las características intrínsecas del nuevo recurso estratégico tienden a hacer coincidir determinados valores de una ética solidaria -justicia, equidad, cooperación, actividades colectivas, democratización de las relaciones sociales, autonomía, respeto por los otros- con los requisitos de eficiencia económica. Como se ha señalado, se plantea una situación similar al período de confluencia entre la Revolución Industrial y la Revolución Francesa; y, para nuestros países, en esta etapa de la historia los modelos neoconservadores -cuya lógica degrada los sistemas educativos públicos; coarta las posibilidades de recalificación de los trabajadores debido a las graves consecuencias de la desocupación, la subocupación, la precarización y la exclusión social; acosa a las universidades y desarticula los sistemas de ciencia y tecnología- presentan, frente a los requisitos de la Revolución Científico-Técnica, el mismo anacronismo que María Antonieta y Luis XVI significaron para el despliegue de las potencialidades de la Revolución Industrial.

Los modelos del fin de la historia

Algunas ideas hegelianas que Francis Fukuyama utilizara como fundamento del triunfo final de las democracias occidentales y las leyes del mercado ante las ruinas del Muro de Berlín, pueden ser útiles para marcar los trazos principales de estas alternativas. Así, el «espíritu de época» que acompaña el surgimiento de la Revolución Científico-Técnica estará signado por el predominio de las concepciones neoliberales, sustentadas en los valores fundantes del lucro, el consumo, la competencia, el individualismo egoísta y una crítica acérrima a las distintas manifestaciones de la solidaridad social. Un «espíritu» que se despliega en el contexto de esa restauración conservadora promovida a nivel internacional por los Estados Unidos desde los primeros años de la década de 1970 y se fuera profundizando en las dos décadas siguientes.

Las tecnologías de avanzada -que de manera casi excluyente dominan los países capitalistas centrales- serán un arma fundamental para llevar adelante esa estrategia. Si en el campo militar-espacial permiten lanzar la Guerra de las Galaxias -cuyos costos económicos y políticos están en la base del derrumbe del bloque soviético- en el campo civil van quitando poder de negociación a los trabajadores a través de una reconversión tecnológica que sistemáticamente elimina mano de obra; al tiempo que la lógica económica y financiera impuesta por este nuevo predominio empobrece de un modo dramático a los países de la periferia, agobiados por la crisis del endeudamiento externo, los sucesivos planes de ajuste promovidos por el FMI y su paulatino desplazamiento del mercado mundial.

Más allá de las fundamentaciones teóricas remozadas por la Escuela de Chicago, en nombre del libre juego de las leyes del mercado, el neoliberalismo logra imponer un conjunto de medidas - respaldadas por una acumulación sin precedentes del poder económico-financiero y el control de los medios de comunicación e información a nivel mundial, con gran capacidad de influir en la dinámica política de las distintas sociedades y en la arena internacional- con el fin de promover un descomunal traslado de riquezas desde el sector público y las capas sociales mayoritarias hacia grupos oligopólicos cada vez más concentrados. En este marco, la globalización de la economía, las finanzas, el intercambio y las comunicaciones y la información, no es más que el control creciente de estas áreas por parte de corporaciones gigantes en proceso de megafusiones, que se apropian de los esquemas productivos, de los sistemas bancarios y de los servicios de base de los distintos países, deteriorando el poder de decisión autónoma de los Estados nacionales y las posibilidades de competir por parte de las economías y los sectores más débiles. Baste señalar que ya en 1990 el 40% del mercado mundial estaba dominado como comercio interempresas por 340 corporaciones, mientras el conjunto de los países de América Latina participaban en ese mercado con un 3%.

En este nuevo poder económico-financiero mundial se destacan tres núcleos principales que, si bien están articulados entre sí, tienen una lógica peculiar en su proceso de acumulación y reproducción de ganancias. Por una parte, las «transnacionales blandas» son aquellas corporaciones más ligadas con áreas productivas destinadas al consumo de masas (automóviles, textiles, bebidas, confecciones, alimentos y similares) cuya dinámica requiere determinados niveles de bienestar de la población. Por otra parte, las «transnacionales duras» se orientan a la producción armamentista y espacial, las comunicaciones y los transportes: sus mercados son principalmente mercados cautivos ya que cubren las demandas de los Estados y, de esta forma, su lógica de acumulación se desliga decisivamente de la demanda social. Finalmente, el nuevo poder financiero, que cada vez más se transforma en un poder sin territorio y se rige por la búsqueda de ganancias extraordinarias - principalmente especulativas- dadas sus grandes posibilidades de movilidad internacional, mientras tiene en el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a sus representantes políticos por excelencia.

Dado que los sectores más dinámicos del poder económico-financiero que rigen la llamada globalización son las «transnacionales duras» y los grupos financieros, cada vez más los intereses de acumulación de los núcleos hegemónicos del capitalismo se distancian y se oponen a las necesidades de bienestar, desarrollo y gobernabilidad de las sociedades. El debilitamiento de los Estados y la desarticulación de las políticas sociales brindadas por el sector público, unidos a este modo predominante de acumulación impuesto el nuevo poder económico-financiero sin fronteras - que se guía exclusivamente por sus objetivos de lucro y ganancias extraordinarias- está produciendo alarmantes consecuencias sociales y nacionales, tanto en los países del Norte como en los del Sur.

En América Latina, la apertura indiscriminada de los mercados nacionales genera una competencia insostenible y lanza a la quiebra a miles de pequeños y medianos empresarios -que ocupan una proporción mayor de la PEA- mientras las políticas de ajuste impuestas por el FMI, la privatización de las empresas públicas y las fusiones empresarias, redundan en reconversiones tecnológicas y en otras medidas expulsoras de mano de obra. Se produce así un incremento sostenido de la desocupación y la subocupación, mientras las estrategias de flexibilización laboral profundizan la precarización del mercado de trabajo y el descenso de los salarios. Como puede comprobarse a partir de las cifras brindadas por los organismos internacionales -Banco Mundial, BID, UNESCO, OIT y en especial el PNUD- en los últimos quince años, estas políticas han generado un doble proceso de polarización, creando un abismo entre las naciones centrales y las periféricas y, al interior de cada una de ellas, entre una minoría altamente privilegiada y una masa creciente de la población acosada por el empobrecimiento absoluto y relativo; la desocupación y subocupación; la

precarización laboral; el deterioro crítico de sus condiciones de vida y procesos de exclusión social que les plantean situaciones sin salida.

En los Estados Unidos -donde más ortodoxamente se instaura el neoliberalismo entre los países centrales de Occidente- si el 1% de la población norteamericana más rica controlaba el 22% de la riqueza de esa nación en 1979, en 1992 alcanzó al 42%: esto significa que dos millones y medio de norteamericanos reciben anualmente un ingreso equivalente al de los cien millones que están en la base inferior de la pirámide social. A su vez, el 20% de los habitantes más favorecidos de ese país, concentra el 80% de los ingresos nacionales. Como contrapartida, el 80% de los estadounidenses sufre un deterioro económico-social que golpea a los estratos más bajos (en especial negros, chicanos, portorriqueños); pero que afecta también a las clases medias blancas, cuyos históricos niveles de bienestar y seguridad se encuentran seriamente amenazados. En esta dinámica, se alimentan fenómenos de degradación social y cultural dentro de una sociedad tradicionalmente violenta, con duros interrogantes hacia el futuro: en los últimos diez años se triplicó la población carcelaria masculina y se quintuplicó la femenina; las milicias de Michigan acompañan el aumento de manifestaciones racistas, de persecución de inmigrantes, de xenofobias y neofascismos; en tanto las vertientes del actual movimiento negro ya no son las que buscan una integración pacífica al estilo Martin Luther King, sino las también agresivas de Louis Farrakhan. Y el modo de acumulación predominante en esa sociedad, lejos de descomprimir estas tensiones, tiende a agudizarlas cada día más.

Estas condiciones sociales, articuladas con el predominio de la especulación financiera, la búsqueda de una alta rentabilidad a corto plazo por parte de las empresas y el endeudamiento global de la economía norteamericana -que es dos veces superior a su PBI- unidos a la decadencia de la educación del 60% inferior de la PEA, a los procesos de precarización laboral y a un significativo aumento de la pobreza, han afectado negativamente la competitividad de los Estados Unidos en el mercado mundial, al margen de los períodos de mayor o menor crecimiento que pueda exhibir su economía. Como contraste, la experiencia del Japón demuestra que las estrategias de recalificación de los trabajadores conservando la protección social, la estabilidad en el empleo y altos salarios relativos -mediante contratos vitalicios, incentivos por antigüedad, cobertura familiar de amplio alcance, participación en grupos de trabajo y círculos de calidad- han permitido una exitosa reconversión tecnológica con un promedio de desocupación que gira entre el 2% y el 3%; y que - junto al sistema educativo- ha sido otro de los pilares de la delantera alcanzada por ese país en el mercado mundial desde comienzos de los ochenta. No se trata aquí de reivindicar acríticamente el «modelo japonés» sino de señalar algunas de sus variables más significativas, que permiten afirmar que -en los escenarios planteados por las coordenadas tecnológicas de la era iniciada con la Revolución Científico-Técnica- los modelos neoliberales no sólo producen efectos sociales de difícil resolución dentro de su propia lógica, sino que se encuentran situados a contramano de la historia, en el sentido inversamente opuesto al que plantean los requerimientos técnico-económicos de un nuevo tiempo histórico.

Volviendo a las ideas de Fukuyama, estos modelos del «fin de la historia» efectivamente tienden a dejar fuera de la historia a grandes zonas y a casi tres cuartas partes de la población del mundo que, en el contexto de la globalización neoliberal y las formas predominantes de la reconversión tecnológica, se transforman en población excedente absoluta: no sirven en estos modelos ni como mano de obra barata (porque son reemplazados por instrumentos automatizados más baratos y eficientes que esa mano de obra barata); ni como productores de materias primas que están siendo recesivas en el mercado mundial; ni como consumidores potenciales, dados sus niveles de pobreza e indigencia. Tales tendencias subterráneas son la causa real de los temores ante el crecimiento demográfico -centrado en las capas más pobres- y ante el incremento inmanejable de la desocupación, la miseria y la exclusión, que afecta a una proporción sustantiva de los habitantes de las naciones centrales y periféricas. Y ante la crisis de las naciones del Este, la brutal

descapitalización de América Latina y la regresión del continente africano, esta población excedente -empujada a conductas de desesperación ante la ausencia de alternativas de subsistencia- alimenta a los «nuevos bárbaros» que hostigan las fronteras de Europa Occidental y los Estados Unidos y los barrios privilegiados de las principales ciudades del Norte y del Sur.

HACIA UNA NUEVA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA Y SOCIAL

La etapa histórica que se inicia plantea un conjunto de paradojas e interrogantes que deben ser analizados desde una óptica abarcadora, desde una mirada integral capaz de incluir el conjunto de los datos y tendencias en toda su complejidad, sin parcializaciones abstractas que sólo llevan a una distorsión y confusión crecientes. Porque, justamente en uno de los momentos más oscuros de humanidad en su conjunto, las condiciones materiales que se derivan de la Revolución Científico-Técnica establecen las bases para la conformación de nuevos modelos de sociedad y Estado fundados en una ética solidaria; no sólo como planteos que se derivan de los valores de equidad, justicia, autonomía, cooperación y similares sino, además, como requisitos de eficiencia técnico-económica. Así, en la era histórica que se abre, la utopía de formas solidarias como modo predominante de relación entre los seres humanos, emerge como condición ineludible -aún en términos fríamente técnicos y económicos- para el ingreso de las distintas sociedades en el siglo XXI.

Si, como se ha señalado, las fuentes de producción y reproducción del recurso conocimiento obligan a promover modelos socio-económicos de alta integración social, las características de los esquemas productivos y de servicios complementan esta tendencia hacia la descentralización, la participación y las definiciones democráticas fuertemente horizontalizadas. A diferencia de los 200 años anteriores, donde la lógica de la producción industrial y las economías de escala (capitalistas o socialistas) obligaban a una creciente concentración de los recursos productivos -con la cual se correspondieron formas de Estado altamente centralizadas- en los nuevos patrones de producción, sustentados en redes articuladas por sistemas teleinformáticos, con capacidad de segmentación de las series de producción -donde el trabajo en unidades pequeñas vinculadas entre sí se muestra altamente funcional- la desconcentración, democratización y descentralización de esos recursos productivos aparece como una condición material, como una base cualitativamente diferenciada para establecer los rasgos de una sociedad distinta.

De esta forma, en una de las tantas paradojas de la historia, dentro del contexto de una gran restauración conservadora se han ido gestando los fundamentos materiales de nuevas democracias participativas y de alta integración social. Tanto las características de los sistemas productivos flexibles como la emergencia del recurso estratégico del conocimiento, permiten garantizar tres de las condiciones necesarias -aunque no suficientes- de un incremento sustancial de la participación social: la distribución de información y conocimiento; una mayor disponibilidad de tiempo derivado de la necesaria disminución de la jornada semanal de trabajo necesario; y un sensible incremento del bienestar, ligado con la democratización de las condiciones de vida del conjunto de la población.

Estos aspectos estructurales, vinculados con los requerimientos técnico-económicos del nuevo paradigma productivo y de administración económica y social, imponen al mismo tiempo una redefinición profunda de la forma de Estado y de la dinámica de la participación, la organización y los modos de representatividad, articulación y decisión política. La crisis de los Estados nacionales se vincula con la globalización de la economía mundial y las marcadas tendencias hacia una desterritorialización del poder, derivados del predominio de las megacorporaciones transnacionales; y se combina con un traspaso interno del poder hacia grupos económico-financieros locales, articulados en formas más o menos complejas con el nuevo poder mundial, que han ido socavando la potestad soberana de los Estados: por lo tanto, también la efectividad de los partidos políticos en la orientación real de la dinámica de las sociedades.

Dado que la lógica de acumulación de ese nuevo poder mundial sin territorio se desvincula cada vez más de los requerimientos de bienestar y gobernabilidad de las sociedades y ha logrado anular la capacidad de acción de los Estados nacionales, se va generando un verdadero simulacro de democracia representativa, al tiempo que se alimenta un creciente caos social (población excedente absoluta; descapitalización de las economías; especulación financiera; crisis de sobreproducción; liquidación de las fuentes del nuevo recurso estratégico; crecimiento de la pobreza y las situaciones de exclusión). En condiciones de simulacro de democracia, los partidos políticos convocan sobre la base de promesas o dobles discursos carentes de realidad, en la medida en que no se propongan cuestionar el nuevo poder consolidado. De otra forma, al llegar a la administración de un Estado sin potestad de decisión autónoma, la voluntad soberana del pueblo no puede ejercerse y el desarrollo de la política es la mera administración de un poder ajeno -el de los grupos económico-financieros- cuya lógica actúa implacablemente en contra de los intereses y el bienestar de las mayorías. En esta dinámica la política pierde credibilidad, porque efectivamente se muestra impotente para cumplir sus promesas electorales, ya que en su comportamiento efectivo responde a los mandatos del FMI y el Banco Mundial, verdaderos partidos políticos representativos de ese nuevo poder mundial. La intuición o la evidencia que en los últimos años adquiere creciente fuerza en América Latina, acerca de que los partidos políticos se orientan en un camino y una dinámica que lleva inexorablemente hacia el abismo, está en la base de la falta de credibilidad de esas antiguas organizaciones, más allá de la corrupción y la mediocridad que caracterice a sus miembros. Por lo demás, cabe señalar que esa misma falta de horizontes, esa impotencia y esa incapacidad, alientan las salidas individuales y la corrupción.

Estos procesos profundizan la crisis de representatividad de los partidos políticos y de las formas tradicionales de hacer política, que obsesiona a los políticos profesionales; y tiene su contracara en el crecimiento de los movimientos sociales: ambos aparecen como expresiones de un mismo fenómeno profundo y subterráneo. Los movimientos sociales se refuerzan sobre las carencias y la crisis de los partidos políticos, haciéndose cargo de situaciones límite y en muchos casos catastróficas, generadas por la impunidad de las políticas dominantes de acumulación económico-financieras, que se guían por exclusivos objetivos de lucro y ganancias extraordinarias y se sustentan en diversas formas de disciplinamiento y represión social. Teniendo en cuenta algunos de los temas centrales que agrupan los nuevos movimientos sociales, es posible percibir en ellos tanto la conciencia acerca de esas situaciones límite que no son realmente incorporadas por los partidos políticos, como los signos de articulación de una nueva sociedad:

– Los movimientos de derechos humanos emergen como resultante de dictaduras y formas de represión, que alcanzaron en esta restauración conservadora de mediados de los años 70 expresiones equivalentes a la experiencia nazi en Europa. Y mientras estos movimientos reclaman justicia, los partidos políticos democráticos, en un Parlamento democrático, generan aberraciones jurídicas como la Ley de Obediencia Debida o los indultos.

– Los movimientos verdes y ecologistas intentan conmocionar la conciencia de los grandes poderes del mundo, cuya dinámica depredatoria y soberbia está poniendo en riesgo la vida misma en el planeta: el agujero de ozono; la contaminación de las ciudades, de los ríos y los océanos; la problemática de los residuos peligrosos; las pruebas nucleares francesas en el Pacífico Sur; la tala de bosques y otros temas no menos críticos; han tenido escasa consideración por parte de los partidos políticos, temerosos de las sanciones de los capitales transnacionales o el FMI.

– Los movimientos femeninos, con su gran heterogeneidad, expresan en sus líneas más lúcidas la dramática situación en que se encuentran las mujeres, especialmente de los sectores populares, acosadas por la desintegración y la violencia familiar; la falta de información sobre métodos de anticoncepción o de control del embarazo; la quiebra de los roles de género masculino tradicional

ante la desocupación y la marginalidad social, que han llevado a que un 35% de los hogares en el continente tengan a mujeres como jefes de hogar y sostén de sus hijos; junto a otros problemas no menos dramáticos derivados del incremento de la pobreza, que en los discursos de los partidos mayoritarios sólo pueden ser mencionados, en tanto consideren que es éste el «único camino» hacia la modernidad.

– Los movimientos de ocupación de tierras tanto en las ciudades -donde emergen nuevas organizaciones ligadas con los asentamientos urbanos, en una dinámica claramente diferenciada de la conformación de las villas miseria en los años 40 y 50- y también en las áreas rurales en demanda de medios de subsistencia, como ocurre en Brasil, en México o en el norte de la Argentina, expresan las demandas de fracciones crecientes de la población latinoamericana en favor de mínimas condiciones de vida.

– Los movimientos de comedores y ollas populares intentan garantizar al menos una comida diaria a chicos y familias golpeadas por la desocupación, la falta de perspectivas y la pobreza; como expresión de la ausencia de respuestas por parte de los gobiernos o los partidos políticos, convencidos de que el «progreso», la «modernidad», la «globalización», el «ingreso al primer mundo» y los mandatos del nuevo poder económico-financiero mundial producen costos sociales que no pueden ser eludidos.

– Los movimientos por la Justicia cuestionan la impunidad policial, el gatillo fácil, los crímenes de los hijos del poder; y dan cuenta en la Argentina de la degradación de dos de los pilares esenciales de la potestad soberana del Estado-Nación: la garantía de un Poder Judicial incuestionado en la administración de las leyes y fuerzas de seguridad honestas, democráticas y sometidas a la voluntad política mayoritaria.

– Las diversas expresiones de los movimientos juveniles y estudiantiles manifiestan la protesta y la resistencia frente a una lógica del poder que los acosa a través de la desocupación, los bajos salarios, la degradación de los sistemas educativos, la falta de posibilidades de futuro y el predominio de valores egoístas y vacíos.

– Los movimientos indígenas reclaman el reconocimiento de sus culturas, de sus tierras, de sus lenguas, de su derecho a ser considerados como miembros integrales de las sociedades humanas, a pesar de 500 años de expoliación y humillaciones.

Estos y otros movimientos sociales cobran fuerza y se alejan de la dinámica impuesta por la representatividad de los partidos políticos, precisamente porque las fuerzas políticas se muestran incapaces de incorporar seriamente en su actividad y en sus concepciones una respuesta a estas situaciones límite, dado que no parecen dispuestas a cuestionar en términos reales las relaciones de poder que se han consolidado en el contexto de la restauración conservadora. Pero al mismo tiempo que establecen las bases de respuesta a situaciones problemáticas gestadas por el accionar de los sectores dominantes, los nuevos movimientos sociales expresan los rasgos de una nueva sociedad y de nuevas formas de participación y distribución del poder. Sin desconocer los múltiples problemas que tienen en su seno, el predominio de decisiones horizontales que caracteriza a gran parte de los movimientos sociales, habla de la posibilidad de construcción de democracias participativas donde la información y la capacidad de decisión cobran una dinámica que tiende a romper la verticalidad. En este sentido, la experiencia de Chiapas permite recuperar algunas claves: «no queremos tomar el poder» afirma el subcomandante Marcos ante el estupor de los políticos tradicionales y muchos representantes de la vieja izquierda. Precisamente, porque se trata de generar nuevas formas de poder social y no de producir meramente un reemplazo de quienes ejercen actualmente el poder conservando sus formas centralizadas y verticales.

La particularidad que hasta el momento caracteriza a los movimientos sociales -en tanto respuestas defensivas ante distintas manifestaciones de una misma lógica global- no constituyen un obstáculo para su participación en proyectos que los engloben, respetando su singularidad y la articulación consensuada de sus propias demandas con las de otros movimientos y demandas que hacen a la construcción de modelos sociales de alta integración, donde las diferencias aparezcan como elementos de la igualdad y no como base de una jerarquización aberrante de las sociedades. Expresiones de los múltiples problemas, identidades y significaciones culturales que emergen en sociedades complejas y acosadas, estos movimientos señalan ciertos núcleos problemáticos que no pueden ser ignoradas en la construcción de nuevas formas democráticas.

Estas condiciones estructurales maduran juntamente con la crisis de un poder mundial y una cultura que históricamente se autodefinió como «universal»; y, en el marco de la restauración conservadora, se expresan los aspectos más pobres, degradados y racistas de la cultura occidental, conjugándose con el estallido de los fundamentos de su Razón. Al mismo tiempo, en tanto el conocimiento no es neutro ni homogéneamente universal, las formas de incorporación y readaptación del nuevo instrumental tecnológico conlleva el desafío de potenciar aquéllo que es lo más característico y rico de lo humano: la heterogeneidad, la multiplicidad de identidades, lenguas y expresiones culturales, la inmensa creatividad de lo diferente. Una nueva síntesis que tal vez también tiene como símbolo que anuncia esa búsqueda, la rica articulación producida en Chiapas entre identidades milenarias, lenguajes, dialectos y modos de relación entre los integrantes de comunidades que remiten a etapas precolombinas, junto a los potenciales de la teleinformática y las redes de Internet.

El planteo de las nuevas relaciones entre cultura, política, Estado, participación y democracia, deben encuadrarse en este contexto de condiciones materiales que favorecen y reclaman nuevos modelos de sociedad, nuevas formas de relación entre los pueblos y entre los hombres y mujeres de este mundo. Ideas y valores que remiten a esa etapa de avance de las aspiraciones de las áreas coloniales y neocoloniales y que la actual aceleración de la historia impone como requisitos de una nueva época mundial: las demandas de reconocimiento del carácter integralmente humano de todos los pueblos de la tierra; el respeto a sus identidades culturales, sus lenguas, sus saberes, sus gestos; la autonomía, la justicia, la equidad. Valores y demandas de humanización de lo humano que, al igual que lo ocurrido con la Revolución Francesa, anunciaban y respondían a los condicionantes de una nueva etapa de la historia.

Así, con el cierre del ciclo de la Revolución Industrial, tienden a cerrarse también las dos grandes propuestas que respondieran a los sujetos sociales más dinámicos, nacidos al calor de las transformaciones gestadas por esas condiciones históricas: el capitalismo y el socialismo de alta concentración del poder. Porque, en otra ironía de estos tiempos complejos de la historia, la caída del muro de Berlín, la desaparición estructural del proletariado y el fuerte desprestigio del pensamiento marxista en gran parte del mundo, se producen en los mismos momentos en los cuales parecen haber madurado aquellas condiciones materiales que Marx señalaba como las que habrían de hacer estallar el sistema capitalista de producción: la concentración privada de la riqueza y la propiedad de las fuerzas productivas, junto a una automatización cuasi total de la dinámica de producción e intercambio. Y también parecen madurar las condiciones para ese «reino de la libertad», donde la mínima cantidad de tiempo necesario para la producción de las condiciones de vida y la superación de la división del trabajo social -principalmente entre manual e intelectual- sentarían las bases del comienzo de la verdadera historia humana.

Bibliografía consultada

ABRAMZON, Mónica, BORSOTTI, Carlos: «Notas sobre las relaciones entre el Estado y la Univeridad» en revista Sociedad N°3, noviembre 1993, Facultad de Ciencias Sociales-UBA. Buenos Aires

- AGUERRONDO, Inés, BECCARIA, Luis, CARPIO, Jorge y otros: El país de los excluidos: crecimiento y heterogeneidad de la pobreza en el conurbano bonaerense. CIPPA. Buenos Aires. 1991
- ALBERT, Michel: Capitalismo contra capitalismo. Paidós. Buenos Aires. 1992
- ALONSO, Enrique: «Japón: cuál es su lugar en el mundo?», Clarín 21/3/92, Buenos Aires
- ARGULLOL, Rafael, TRIAS, Eugenio: «Ideas para mirar el mundo» en Dossier Página 12, 21/3/92. Buenos Aires.
- ARGUMEDO, Alcira: Los laberintos de la crisis (América Latina: poder transnacional y comunicaciones) Folios/Ilet. Buenos Aires. 1985
- ARGUMEDO, Alcira: Un horizonte sin certezas: América Latina ante la Revolución Científico-Técnica. Puntosur/Ilet. Buenos Aires. 1987
- ARGUMEDO, Alcira: El escenario internacional al comenzar el decenio de 1990. ATE/IDEP. Buenos Aires. 1992
- ARGUMEDO, Alcira: Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular. Colihue/ Ediciones del pensamiento nacional. Buenos Aires. 1993
- ARGUMEDO, Alcira: El debate político y cultural argentino sobre modelos de sociedad. Informe CONICET. Buenos Aires. 1993 (mimeo)
- ARGUMEDO, Alcira: La universidad en la reconstrucción social de la economía. Informe CONICET. Buenos Aires. 1995. (mimeo)
- BASUALDO, Eduardo: Formación de capital y distribución del ingreso durante la desindustrialización. ATE/IDEP. Buenos Aires. 1992
- BERNAL MESA, Raúl: América Latina en la economía política internacional. GEL. Buenos Aires. 1994
- CEPAL: Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad. Cepal. Santiago de Chile. 1992
- CHOMSKY, Noam: Política y cultura a finales del siglo XX: un panorama de las actuales tendencias. Ariel. Buenos Aires. 1994
- EZCURRA, Ana María: El conflicto del año 2000 (Bush: intervencionismo y distensión). El Juglar Editores. México. 1990
- FALETTO, E: «La especificidad del Estado en América Latina» en Revista de la Cepal N°38, agosto de 1989. Santiago de Chile.
- FAJNZYLBER, Fernando: «Educación y transformación productiva con equidad». Revista Cepal N°47, agosto 1992
- HARVEY, David: The condition of postmodernity . Blackwell Inc. Cambridge. 1991

- HOBBSAWM, Eric: Historia del siglo XX (1914-1991). Crítica/Grijalbo Mondadori. Barcelona. 1995
- HOBBSAWM, Eric: La era del capitalismo. Labor Editora. Barcelona. 1987
- HOBBSAWM, Eric: Naciones y nacionalistas desde 1870. Crítica. Barcelona. 1992
- HOFFMANN, Stanley: Orden mundial o primacía: la política exterior norteamericana desde la Guerra Fría. GEL. Buenos Aires. 1994
- JAUREGUI, Marcela, LOZANO, Claudio: Las políticas sociales en crisis: ajuste y crisis de financiamiento. IDEP/ATE. Buenos Aires. 1990
- JOHNSON, Chalmers: MITI and the japanese miracle: the growth of industrial policy. Stanford University Press. California. 1982
- KELLNER, Irwin: «Señales de desgaste en Estados Unidos» en Clarín 26/4/89. Buenos Aires
- KHUN, Thomas: La estructura de las revoluciones científicas. Breviarios del FCE. México. 1983
- KING, Alexander: «La primera revolución global» en Revista Realidad Económica N°119, octubre 1993. Buenos Aires
- KLIMOVSKY, Gregorio: «La nueva formación terciaria» en Encuentro Internacional sobre orientación vocacional. Buenos Aires. 1994 (mimeo)
- KROTSCH, Pedro: «La universidad argentina en transición: del Estado al mercado?» en revista Sociedad N°3, noviembre 1993. Facultad de Ciencias Sociales UBA. Buenos Aires
- KROTSCH, Pedro: «Presentación» en revista Pensamiento Universitario, Año I, N°1 noviembre 1993. Buenos Aires
- LEBORGNE, Daniele, LIPIETZ, Alain: «Fallaces and open issues about post-fordism». Conference Pathways to Industrialization and Regional Development in the 1990s. UCLA. Lake. Arrowhead. 1990
- LEDERMAN, León: «El planeta necesita más ciencia para sobrevivir» en Dossier Página 12, 30/4/94. Buenos Aires.
- LEITE LINHARES, María Yedda: «A supoeracao da repetencia no ensino básico» en revista Carta: falas, reflexões, memórias N°5, Brasilia. 1992
- LIPIETZ, Alain: Les rapports capital-travaille a l'aube du XXI siecle. Centre d'Etudes Prospectives d'Economie Mathematique Appliqués a la Planification. París. 1990.
- LIPIETZ, Alain: «Le XXI siecle est commencé». Postface aux editions brasilienne et anglais de Choisir l'Audace: una alternative pour le XXI siecle. 1991 (mimeo)
- LIPIETZ, Alain, LEBORGNE, Daniele: «Nuevas tecnologías y nuevas formas de regulación: algunas consecuencias espaciales», en ALBUQUERQUE LLORENS, Francisco y otros: Revolución tecnológica y reestructuración productiva: impactos y desafíos territoriales. ILPES/ONU/Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires. 1990.

MARCHINI, Jorge: «Desocupación: un fenómeno mundial» en revista Economía y Ciencias Sociales, Vol I,N* 1, 1994. Buenos Aires

MARSHALL, Adriana: «Contrataciones flexibles o trabajo precario?» en GALIN, Pedro, NOVIK, Marta: La precarización del empleo en la Argentina. CIEL/CLACSO. Buenos Aires. 1990

MARTINEZ VIDAL, Carlos: «Desarrollo científico en América Latina: el proyecto Bolívar» en revista Perspectiva y diálogo internacional, Año 5, N*5. Fundación Andina. Buenos Aires. 1993

MARX, Carlos: El capital: crítica de la Economía Política. Cartago. Buenos Aires. 1956

MARX, Carlos: La ideología alemana. Editorial Futuro. Buenos Aires. 1965

McLAREN, Peter: Hacia una pedagogía crítica de la formación de la identidad postmoderna. Facultad de Ciencias de la Educación UNR. Paraná. 1993

MORALES RINS, Jerónimo: «Migraciones: una amenaza para el nuevo orden mundial» en revista Economía y Ciencias Sociales Vol I,N*1 . 1994. Buenos Aires

MUCHNIK, Daniel: «La crisis latinoamericana» en Clarín 30/1/95. Buenos Aires

NEGRI, Antonio: El poder constituyente: ensayos sobre la alternativa de la modernidad. Libertaria/Prodhufi. Madrid. 1994

ONU: Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo. El Cairo. 1994

ONU: Conferencia Internacional sobre Desarrollo Humano. Copenhagen. 1995

OIT: Informe sobre la situación del empleo en el mundo. Ginebra. 1994

OTEIZA, Enrique: La política de investigación científica y tecnológica argentina: historia y perspectivas. CEdAL/Biblioteca Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires. 1992

OTEIZA, Enrique: «La universidad argentina: investigación y creación de conocimientos» en revista Sociedad N*3, noviembre 1993. Facultad de Ciencias Sociales UBA. Buenos Aires

PEREZ LINDO, Augusto: La batalla de la inteligencia: ciencia, universidad y conocimiento. Cántaro. Buenos Aires. 1989

PEREZ LINDO, Augusto: Universidad, política y sociedad. EUDEBA. Buenos Aires. 1985

PETRAS, James: Pobreza de la democracia y democracia de la pobreza. Homo Sapines. Rosario. 1993

PETRELLA, M.R., DU GRANRUT, Charles: La mondialization de l'économie: elements de synthese. Commision del Communautes Europeennes. Bruxelles. 1990

PNUD: Informe sobre el Desarrollo Humano. PNUD. Washington DC. 1995

PRELOOKER, Mauricio: La economía del desastre: un sistema que se sostiene por inercia. Grupo Editor del Encuentro. Buenos Aires. 1996

- PUIGGROS, Adriana: América Latina: crisis y perspectivas de la educación. Rei Argentina/IDEAS/Aique Grupo Editor. Buenos Aires. 1989
- PUIGGROS, Adriana: Universidades, proyecto generacional y el imaginario pedagógico. Paidós. Buenos Aires. 1993
- QUINTAR, Aída: La flexibilización laboral: una nueva modalidad de fragmentación de los sectores obreros. ILPES/CEPAL. Buenos Aires. 1989
- REICH, Robert: El trabajo de las naciones: hacia el capitalismo del siglo XXI. Vergara. Buenos Aires. 1993
- RODRÍGUEZ, Gabriel: La era teleinformática. Folios/Ilet. Buenos Aires. 1985
- ROMERO, José Luis: El ciclo de la revolución contemporánea. Losada. Buenos Aires. 1956
- RIBEIRO, Darcy: La Universidad Latinoamericana. CEAL. Universidad de la República del Uruguay. Montevideo. 1968
- RIBEIRO, Darcy: Las Américas y la civilización. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1969
- RIBEIRO, Darcy: El proceso civilizatorio. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. Caracas. 1970
- RIBEIRO, Darcy: «O povo latino-americano» en revista Carta: falas, reflexões, memórias N° 2. Brasilia. 1991
- RIBEIRO, Darcy: «CIEP's: a educacao como prioridade» en revista Carta: falas, reflexões, memórias N°5. Brasilia. 1992
- RUFIN, Jean Christophe: L'Empire et les nouveaux barbares. J.C.Lattés. París. 1991
- SAMUELSON, Paul: «El futuro de la economía norteamericana: recesión o algo peor?» en Clarín 15/10/89. Buenos Aires
- SCHERZ, Luis: «La universidad del año 2000: entre Napoleón y Humboldt» en revista Nueva Sociedad. Caracas. 1987
- TEDESCO, Juan Carlos, SCHIEFELBEIN, Ernesto: Una nueva oportunidad: el rol de la educación en el desarrollo de América Latina. Santillana. Buenos Aires. 1995
- TEDESCO, Juan Carlos: El desafío educativo: calidad y democracia. GEL. Buenos Aires. 1995
- TENTI FANFANI, Emilio (comp.): Universidad y empresa. Miño Dávila/CIEPP. Buenos Aires. 1993
- TEXEIRA, Anisio: «Educação no e privilegio» en revista Carta: falas, reflexões, memórias, N°5, Brasilia. 1992
- THURLOW, Lester: La guerra del siglo XXI (cabeza a cabeza): la batalla económica que se avecina entre Japón, Europa y los Estados Unidos. Vergara. Buenos Aires. 1992

TIEDMAN, Arthur: Breve historia del Japón moderno. El Ateneo. Buenos Aires. 1963

TSHANG-HUAN-DAO: Ecole Polytechnique de Laussane. Laussane (Suiza). 1990

UNESCO/UNICEF: Conferencia Mundial Educación para todos (Thailandia). Santiago de Chile. 1994

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA NACIONAL: Reconversión para el crecimiento y desarrollo económico y social. UTN. Buenos Aires. 1991

VARELA, Francisco: Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales. Gedisa Editorial. Barcelona. 1990

VICECONTE, Araceli: «La ultraderecha en expansión» en Clarín 23/4/95. Buenos Aires

WILDEN, Anthony: Sistema y Estructura. Alianza Universidad. Madrid. 1972

Investigar las practicas y practicar la investigación. Algunos aportes desde la sociología de Bourdie

Lic. Alicia B. Gutiérrez.

Docente e investigadora de la Universidad Nacional de Córdoba

...¿cómo no ver que al enunciar los determinantes sociales de las prácticas, de las prácticas intelectuales especialmente, el sociólogo da las posibilidades de una cierta libertad con respecto a esos determinantes? A través de la ilusión de la libertad con respecto a las determinaciones sociales (ilusión de la que dije cien veces que es la determinación específica de los intelectuales), se da libertad de ejercicio a las determinaciones sociales.(...) Así, paradójicamente, la sociología libera al liberar de la ilusión de la libertad, o, más exactamente, de la creencia mal ubicada en las libertades ilusorias. La libertad no es algo dado, sino una conquista, y colectiva»... (BOURDIEU, P., 1988: 27).

Investigar prácticas sociales de cualquier ámbito, y por lo tanto, intentar comprenderlas y explicarlas, desde la construcción teórica de Bourdieu, implica también poner en cuestión al propio investigador y a su propia práctica de investigación.

Si como investigadores nos consideramos como un agente social similar a cualquier otro, es decir, con condicionamientos sociales, actuales e históricos, que devienen de los diferentes medios por los que hemos transcurrido, y con condicionamientos incorporados (habitus) -derivados de internalización de las condiciones de esos mismos medios-, a lo largo de una trayectoria individual que sólo es una variante estructural de una trayectoria de clase [1], ¿cómo explicar y comprender -nosotros mismos- las problemáticas sociales que nos preocupan?

Entrando en este ámbito de discusión, no podemos soslayar uno de sus aspectos fundamentales: la cuestión de la reflexividad, de la objetivación del sujeto objetivante, y del autosocioanálisis.

Para Wacquant, si hay una característica que distingue especialmente a Bourdieu en «el paisaje de la teoría social contemporánea, es su preocupación constante sobre la reflexividad» (BOURDIEU, P. y WACQUANT, 1992: 34).

Recuerda que Bourdieu sugiere tres tipos de sesgos capaces de oscurecer la mirada sociológica: el primero (que ha sido recordado por otros autores) se origina en las características personales del investigador: clase, sexo, etnia; el segundo, está ligado a la posición que el analista ocupa, no tanto en la sociedad en sentido amplio [2], sino en el microcosmos del campo académico; y el tercero, el más profundo y el más peligroso, es el sesgo intelectualista, aquél que lleva a concebir el mundo como un espectáculo a ser interpretado y no como conjunto de problemas concretos que reclaman soluciones prácticas (Ibídem).

Sin estar en desacuerdo con ese planteo, sugiero que la reflexividad epistémica, desde la perspectiva de Bourdieu, supone plantear una determinada manera de mirar y analizar los condicionamientos sociales que afectan al proceso de investigación, tomando como punto especial de la mirada, al propio investigador y sus relaciones, proceso que adquiere, para el analista, el carácter de autosocioanálisis.

A mi juicio, al referirse a objetivar al sujeto objetivante, la propuesta bourdiana consiste fundamentalmente en ubicar al investigador en una posición determinada y analizar las relaciones que mantiene, por un lado, con la realidad que analiza y con los agentes cuyas prácticas investiga, y,

por otro, las que a la vez lo unen y lo enfrentan con sus pares y las instituciones comprometidas en el juego científico.

Se trataría, pues, de un doble sistema de relaciones.

Sintéticamente, podría decirse que el primer tipo de relaciones alude a lo que Bourdieu llama «el sentido de las prácticas», y apunta a reflexionar sobre las posibilidades -e imposibilidades- de aprehender la lógica que ponen en marcha los agentes sociales que producen sus prácticas, que actúan en un tiempo y en un contexto determinado, y que el investigador quiere aprehender. Esta lógica es diferente a la «lógica científica», la lógica que el analista implica en su intento de comprender y explicar la problemática que le preocupa, y que constituye el medio, por supuesto, para captar el sentido de las prácticas que el investigador analiza.

El segundo tipo de relaciones alude, en cambio, a la problemática fundamental que se plantea en sociología del conocimiento: la de los condicionamientos sociales que afectan la producción del investigador. Desde la mirada de Bourdieu, esos condicionamientos cobran ciertas características, y afectan la tarea del productor de conocimiento, en la medida en que éste forma parte de un espacio de juego: el campo científico.

Trataré de explicitar un poco más estas ideas que son, a mi juicio, aportes fundamentales de la teoría de Bourdieu a la investigación de las prácticas en el campo de las ciencias sociales en general, tomando ambos tipos de relaciones, que, claro está, sólo son separables analíticamente.

El investigador y la realidad que analiza

La insistencia de Bourdieu en superar la falsa dicotomía planteada en ciencias sociales entre las perspectivas llamadas objetivistas y las llamadas subjetivistas se fundamentan en cierto elemento ontológico: lo social existe de doble manera, como estructuras sociales externas (la historia hecha cosas) y como estructuras sociales incorporadas (la historia hecha cuerpo).

Y, por ello, para poder dar cuenta de las prácticas sociales, es necesario aprehender dialécticamente ambos sentidos de las mismas: el sentido objetivo (el sentido de las estructuras sociales externas e independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes) y el sentido vivido (lo que los agentes se representan, sienten, piensan, creen, viven).

El modo de conocimiento subjetivista se propone reflejar la experiencia vivida (sentido vivido) por los agentes que analiza, sus representaciones, sus creencias, sus pensamientos, sus sentimientos, sus visiones acerca del mundo y de las cosas del mundo. Pero no puede ir más allá de una descripción de esa experiencia del mundo social («informe de los informes», «construcción de construcciones»), por que no tiene en cuenta las condiciones de posibilidad de esa experiencia, es decir, la relación que existe entre las estructuras objetivas y las estructuras incorporadas que las generan (habitus).

Los habitus son esquemas de percepción, de apreciación y de acción interiorizados; sistemas de disposiciones a actuar, a pensar, a percibir, a sentir más de cierta manera que de otra, ligados a definiciones de tipo lo posible y lo no posible (por que objetivamente ha venido siendo posible o no posible), lo pensable y lo no pensable, lo que es para nosotros y lo que no es para nosotros.

Son principios evaluativos de las posibilidades y limitaciones objetivas, incorporadas al agente por esas mismas condiciones objetivas, a lo largo de una trayectoria individual, que es una variante estructural de una trayectoria de clase. Son productos de un sentido práctico, que funcionan en la práctica y que tienden a pensar el mundo «tal cual es», como «yendo de suyo», a aceptarlo más que a intentar modificarlo [3].

El objetivismo por su parte, se propone establecer regularidades objetivas, estructuras, leyes, sistemas de relaciones, que son independientes de las conciencias y de las voluntades individuales (sentido objetivo). Pero, al no tener en cuenta las representaciones, las percepciones, la experiencia vivida, tampoco puede dar cuenta del sentido del juego social, que se explica por la relación dialéctica entre esas regularidades objetivas plasmadas en estructuras, instituciones etc., y esas mismas realidades incorporadas a los individuos (habitus) (BOURDIEU, P., 1991).

«Sentido objetivo» y «sentido vivido», nos lleva nuevamente al planteo de la superación de la visión objetivista y de la visión subjetivista de cualquier problemática social, y con ello, nos recuerda el elemento ontológico de la doble existencia de lo social.

Ahora bien, objetivismo y subjetivismo son perspectivas parciales, aunque no irreconciliables: la primera puede aprehender sólo el sentido objetivo de las prácticas, y la segunda sólo el sentido vivido de las mismas, y ninguna de ellas puede captar el sentido práctico, el sentido del juego social, resultado dialéctico de ambos sentidos [4].

Y ello ocurre, en primer lugar, porque tanto el objetivismo como el subjetivismo comparten el hecho de ser «modos de conocimiento teórico [savant]», es decir, modos de conocimiento de sujetos de conocimiento que analizan una problemática determinada, que son opuestos al «modo de conocimiento práctico», que es aquél que tienen los individuos (analizados), que ponen en marcha casi como si fuera naturalmente en su vida cotidiana, y que constituye el origen de la experiencia que tienen sobre el mundo social (BOURDIEU, P., 1991).

Ambos modos de conocimiento implican diferentes relaciones con la práctica: una relación teórica con la práctica y una relación práctica con la práctica y objetivar esta diferenciación es indispensable para todo proceso de investigación que quiera captar el sentido del juego social.

La práctica social [5] se desarrolla en el tiempo y tiene por ello, una serie de características: es irreversible, tiene una estructura temporal – tiene un ritmo, tiene un tempo-, tiene una orientación. Todas estas características son constitutivas de su sentido: se juega en el tiempo y se juega estratégicamente con el tiempo. Quien está inmerso en el juego, se ajusta a lo que puede prever, a lo que anticipa, toma decisiones en función de las probabilidades objetivas que aprecia global e instantáneamente, y lo hace en la urgencia de la práctica, «en un abrir y cerrar de ojos, en el calor de la acción». (BOURDIEU, P., Ob. cit.)

En relación con el tiempo de la práctica, el tiempo de la ciencia en cambio, es «intemporal». Para el analista el tiempo se destruye: puede sincronizar, puede totalizar. El analista puede darse y puede dar una visión sinóptica de la totalidad y de la unidad de las relaciones, puede sincronizar incluso lo que no lo está en estado práctico. En definitiva, está en condiciones de superar los efectos del tiempo (puede volver a ver lo filmado, puede volver a escuchar lo grabado, puede volver a leer sus notas de campo), hace desaparecer las urgencias, las amenazas, los temores, por que está situado fuera del juego.

En definitiva, según Bourdieu, el investigador tiene el «privilegio de la totalización». Y ésta es esa capacidad del analista de darse y de dar una visión sinóptica de la totalidad y de la unidad de las relaciones (sincronizar, ver en el mismo instante hechos que sólo existen en la sucesión) que constituyen las condiciones de posibilidad de su comprensión adecuada.

El privilegio de la totalización supone, por un lado, la neutralización práctica de las funciones prácticas, es decir, la posibilidad de poner entre paréntesis los usos prácticos, posibilidad que no tiene quien está inmerso en la práctica, precisamente porque está viviendo esa práctica. Por otro

lado, implica la puesta en marcha de instrumentos de eternización, acumulados a lo largo de la historia social, académica, como investigador, y adquiridos a costa de tiempo y esfuerzo, como la escritura, técnicas de registro y análisis, teorías, métodos, etc.

En este contexto, para poder dar cuenta del sentido del juego social y, en definitiva, para explicar y comprender prácticas sociales, es necesario un conocimiento del sujeto de conocimiento, una objetivación del sujeto objetivante: y éste es un problema epistemológico clave.

Se trataría de un conocimiento esencialmente crítico respecto a los límites inherentes a todo conocimiento teórico (opuesto al conocimiento práctico), tanto objetivista como subjetivista. Esto supone poner en cuestión los presupuestos inherentes a la posición de «observador objetivo», la del científico que tiene el privilegio social que hace posible su ciencia y que lo lleva a reivindicar «el punto de vista total sobre el todo», implica analizar la relación subjetiva del científico con el mundo social y con la relación social objetiva que está implicando esta relación subjetiva. (Ob. Cit.).

En definitiva, la propuesta de Bourdieu consiste en reconocer que hay una especial relación que el investigador mantiene con su objeto (el grupo de agentes que estudia) y que esa relación tiene que ver concretamente con las prácticas que se pretenden explicar, y específicamente con las diferencias que existen entre la posición del investigador (como sujeto de conocimiento) y la de los agentes que analiza (que viven las prácticas que producen).

En este sentido, la relación práctica que el investigador mantiene con su objeto, es la del «que está excluido» del juego real de las prácticas que está analizando [6], de lo que allí se juega, de la ilusión, de las apuestas. No tiene allí su lugar, ni tiene por que hacerse allí un lugar: no comparte las experiencias vividas de ese espacio, ni las urgencias, ni el ritmo, ni las alegrías, ni los temores, ni los fines inminentes de las acciones prácticas.

No se trata aquí de una «distancia cultural» (es decir, de una cuestión de compartir valores y tradiciones diferentes) sino más bien de una «distancia diferente respecto a la necesidad», de una separación de dos relaciones diferentes con el mundo, una de ellas teórica y la otra práctica:

«El intelectualismo está inscrito en el hecho de introducir en el objeto, la relación intelectual con el objeto, de sustituir la relación práctica con la práctica por la relación que el observador mantiene con su objeto» (Ob. cit.: 62).

Entonces, en este contexto, la construcción científica sólo puede aprehender los principios de la lógica práctica haciéndoles sufrir un cambio de naturaleza: convirtiendo una sucesión práctica en una sucesión representada, una acción orientada en relación a un espacio objetivamente constituido como estructura de exigencias objetivas y simbólicas, en operación reversible, efectuada en un espacio continuo y homogéneo. Todo ello por que el sentido práctico no puede funcionar fuera de toda situación, sin referencia a funciones prácticas concretas. La práctica excluye el retorno sobre sí: el agente no puede dar cuenta de la verdad de su práctica sino es en situación práctica, no puede teorizar ni reflexionar sobre ella sino es abandonando su relación práctica con la práctica (Ob. cit.)

Todo ello recuerda, repito, que debemos ubicarnos -como investigadores, frente a la realidad que estamos analizando, o mejor, frente a los agentes cuyas prácticas pretendemos comprender y explicar- en el lugar de un agente social como cualquier otro, con condicionamientos objetivos, actuales e históricos y con condicionamientos incorporados a lo largo de una trayectoria individual y colectiva (de clase, y académica):

«El etnólogo hablaría mejor de la creencia y de los ritos de los otros, si comenzara a hacerse dueño y maestro de sus propios ritos y creencias». (Ob. cit.: 117)

El investigador y su espacio de juego

Ahora bien, dijimos que ese doble sistema de relaciones en el que está inserto el investigador, sólo es separable analíticamente. Por que el investigador desarrolla su investigación también en un tiempo determinado (la lógica práctica del investigador con su investigación), con un ritmo, con un tempo, con sus propias urgencias, con sus logros y sus temores. También juega en el tiempo y juega estratégicamente con el tiempo: tiene informes, plazos y formatos; porque, parafraseando a Bourdieu, los investigadores no están fuera del juego [7].

Como agente social que juega el juego de la ciencia, está objetivamente condicionado por el estado de ese juego, por la historia del juego, por el capital que ha logrado acumular en el transcurso del juego, y por lo que ha incorporado a lo largo de una trayectoria social general y específica del juego. Pero existen herramientas que permiten liberarlo, al menos en parte, de esos condicionamientos, proporcionadas por la «sociología de la sociología»:

«La sociología de la ciencia descansa sobre el postulado de que la verdad del producto -se trataría de ese producto muy particular que es la verdad científica-, reside en una especie particular de condiciones sociales de producción; es decir, más precisamente, en un estado determinado de la estructura y del funcionamiento del campo científico. El universo «puro» de la ciencia más «pura» es un campo social como cualquier otro, con sus relaciones de fuerza y sus monopolios, sus luchas y sus estrategias, sus intereses y sus beneficios, pero donde todos estos invariantes revisten formas específicas» (BOURDIEU, P, 1976: 88).

En otras palabras, Bourdieu concibe al campo de las ciencias como un campo semejante a los otros campos sociales. Es decir, como lugar de relaciones de fuerza, como campo de luchas donde hay intereses en juego (a pesar de que las prácticas de los agentes pudieran parecer desinteresadas), donde los diversos agentes e instituciones ocupan posiciones diferentes según el capital específico que poseen, y elaboran distintas estrategias [8] para defender su capital -el que pudieron acumular en el curso de luchas anteriores-, capital simbólico, de reconocimiento y consagración, de legitimidad y de autoridad para hablar de la ciencia y en nombre de la ciencia.

Por ello la sociología es una ciencia que incomoda a los científicos [9], entre otras cosas, por que muestra que el mundo científico es un mundo de luchas y de competencias como cualquier otro, con intereses específicos, con sus apuestas, sus beneficios (premios, becas, subsidios, etc.), y ello pone en tela de juicio un conjunto de creencias compartidas y denegadas colectivamente [10].

Lo que estoy planteando también implica que la manera y los instrumentos que utilizamos para aproximarnos al conocimiento de los diferentes aspectos de la compleja realidad social, las categorías conceptuales que ponemos en juego, las hipótesis que manejamos, etc., están condicionadas por la posición que ocupamos en el espacio social, y sobre todo, por la posición que tenemos en el propio terreno de lucha: el campo científico. En este sentido, esos instrumentos, esos conceptos, esas hipótesis, como aquellas otras maneras de percibir y evaluar, de clasificar y de construir lo real, están ligadas a la posición que ocupamos en el mundo social.

Pero además, el campo de las ciencias sociales -y sus sub-campos- está en una situación muy diferente en relación al universo general del campo de las ciencias, y esa diferencia deriva del hecho de tener por objeto al mundo social y de que todos los que participan en él pretenden producir una representación científica del mismo.

Entonces, quienes juegan el juego del campo de las ciencias sociales, no sólo entran en concurrencia entre sí (los especialistas, los científicos), sino que también luchan con otros

profesionales de la producción simbólica (escritores, políticos, periodistas) y, en un sentido más amplio, con todos los agentes sociales quienes, con capitales o poderes muy diferentes, con mayor o menor éxito, trabajan también para imponer su visión sobre el mundo social. Y esta es una de las razones por las cuales el cientista social no puede obtener tan fácilmente como los otros sabios, el reconocimiento del monopolio del discurso legítimo sobre su objeto. (BOURDIEU, P., 1995).

Ahora bien, todos estos condicionamientos -objetivos y simbólicos- asociados a la inserción social de los productores de conocimiento social -y con ello, el condicionamiento social de las producciones ligadas a la ciencia social-, no constituyen, a juicio de Bourdieu, un obstáculo epistemológico insuperable.

Sugiere que en la medida en que la sociología del conocimiento proporciona instrumentos adecuados para analizar el condicionamiento social de las producciones científicas, poniendo en evidencia los mecanismos de competencia, las relaciones de fuerza y las estrategias utilizadas por los agentes sociales que las producen, estaría también en condiciones de señalar condiciones sociales de un control epistemológico, entre ellas, aquellas que contribuyan a un mayor fortalecimiento de la comunidad científica, sus instituciones, y sus propias leyes de funcionamiento.

Ello estaría en relación también con el grado de autonomía relativa que lograra tener el campo científico en general y el de las ciencias sociales en particular: mientras logren obtener mayor peso sus propias leyes de funcionamiento y las instancias de consagración y legitimación específicas, mayor será su autonomía frente a la incidencia que pudieran tener otros campos (el político y el económico, por ejemplo) sobre el espacio de juego de la ciencia social, y más fácilmente se podrá jugar el juego de las ciencias sociales con las propias armas de la ciencia y no con otras.

La historia social de las ciencias sociales no es una especialidad entre otras. Es el instrumento privilegiado de la reflexividad crítica, condición imperativa de la lucidez colectiva, y también individual. (...)

La ciencia social tiene el privilegio de poder tomar por objeto su propio funcionamiento y de estar en condiciones de llevar así a la conciencia, las coacciones que pesan sobre la práctica científica; puede pues servirse de la conciencia y del conocimiento que posee de sus funciones y de su funcionamiento para intentar superar algunos de los obstáculos al progreso de la conciencia y del conocimiento. Así, lejos de invalidar sus propios fundamentos, como se ha dicho muchas veces, condenando al relativismo, tal ciencia reflexiva puede al contrario, proporcionar los principios de una Realpolitik científica, que apunte a asegurar el progreso de la razón científica. (Ob.. cit.: 3)

A modo de cierre

Agentes sociales «analizados» y agentes sociales «analizadores» formamos parte del mismo mundo social. Y ello implica el reconocimiento de que los investigadores tenemos experiencias y representaciones sobre ese mundo, y es necesario objetivar esa experiencia social.

Y en ese sentido, los investigadores no estamos separados de nuestros objetos, sino que estamos sujetos a los mismos tipos de condicionamientos, en términos generales, aunque no particulares (estos derivan de los diferentes espacios de juego en los que participamos, de nuestras historias y posiciones diferentes, de nuestros habitus) y todos poseen, de algún modo control reflexivo de su acción.

Pero hay algo que nos separa como investigadores de los agentes cuyas prácticas intentamos comprender y explicar: y es la relación misma con la práctica, una relación teórica con la práctica,

frente a una relación práctica con la práctica. Y en ello consiste «objetivar nuestra posición como investigador», apelando a un proceso de reflexividad epistémica.

Pero también hay otro aspecto de esa objetivación: lo que acabo de decir no significa que como investigadores no tengamos nuestro propio juego, nuestras propias urgencias, nuestras propias apuestas: aquellas que se relacionan con nuestra propia profesión y que nos ligan y separan, a la vez, a nuestros pares y a las instituciones del juego científico.

Reconocer que formamos parte del mundo social, que a la vez tenemos una «cultura» especial, académica, que nos lleva a tener una mirada y una experiencia especial del mundo (el sesgo escolástico, como lo llama Bourdieu), y que es necesario objetivar nuestra posición, implica también reconocer que como investigadores no podremos eliminar totalmente nuestros efectos sobre los datos: pero podremos comprenderlos y controlarlos, apelando a las herramientas que nos brinda la sociología del conocimiento.

Desde la perspectiva de Bourdieu, la sociología de la sociología podría proporcionarnos herramientas que nos ayuden, no a eliminar por completo nuestros condicionamientos, pero sí a controlarlos y hacerlos controlables para nuestros pares.

Reflexividad epistémica, objetivación del sujeto objetivante, aparecen como los únicos caminos de libertad posibles.

En primer lugar, como una cuestión individual y a través de un proceso de autosocioanálisis, esto es, de autoexplicitación de los distintos mecanismos y condicionamientos que nos separan (por la función que cumplimos) de los agentes cuyas prácticas intentamos explicar y comprender. En segundo lugar, analizando nuestra posición como investigadores, ligada a otras posiciones de otros investigadores que nos unen y nos enfrentan en el juego científico.

Pero la verdadera conquista es colectiva... Y para ello es necesario explicitar los distintos mecanismos del juego, desentrañar -hasta donde ello sea posible- las reglas que regulan el juego, y de este modo, crear condiciones sociales de posibilidad para el conocimiento científico.

BIBLIOGRAFIA CITADA

BOURDIEU, Pierre

1976, «Le champ scientifique», en: Actes de la recherche en sciences sociales, No. 2-3.

1988, «Espacio social y poder simbólico», en: BOURDIEU, Pierre, Cosas dichas, Gedisa, Buenos Aires, pág. 127-142. (Primera edición en francés, 1987)

1990a, «¿Los intelectuales están fuera del juego?, en: Sociología y Cultura, Grijalbo, México, pág. 95-100. (Primera edición en francés, 1984).

1990b, «Una ciencia que incomoda», en: Op. cit, pág. 79-94.

1991, El sentido práctico, Taurus, España. (Primera edición en francés, 1980).

1994, Raison pratiques, Ed. du Seuil, París.

1995, «La cause de la science», en: Actes de la recherche en sciences sociales, no. 106-107, pág. 3-10.

BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loic,

1992, Réponses, Ed. du Seuil, París.

GEERTZ, Clifford,

1994, Conocimiento local, Buenos Aires, Paidós. Primera edición en inglés, 1983.

GUTIERREZ, Alicia,

1995, Pierre Bourdieu. Las Prácticas sociales, Co-edición Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones/Dirección de publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

HAMMERSLEY, Martyn y ATKINSON, Paul,

1994, Etnografía, Barcelona, Paidós. (Primera edición en inglés, 1983).

Notas

[1] – Un análisis detallado de los conceptos claves que estructuran la lógica de análisis de Pierre Bourdieu y las relaciones que mantienen entre sí, han sido detalladamente trabajados en GUTIERREZ, A. (1995).

[2] – Para Hammersley y Atkinsons, por ejemplo, reconocer el carácter re-flexivo de la investigación social implica reconocer que somos parte del mundo social que estudiamos. «Y esto no es meramente una cuestión metodo-lógica, es un hecho existencial». (1994: 29).

[3] – Es siempre necesario recordar que hablar de ha-bitus implica tener en cuenta la historicidad del agente y de los sistemas de re-laciones: el ha-bitus se opone tanto a las explicaciones mecanicistas y a las que conciben las prácticas como ejecución de un modelo, cuanto a aquellas que suponen las acciones como el producto de una actividad racional que realiza cálculos explícitos en términos de costos-beneficios. Por otra parte, este concepto permite entender por qué Bourdieu plantea una racionalidad limitada de la práctica social. Ahora bien, se trata de una racionalidad que es limitada, no a la manera de Simon, por que el actor social nunca puede conocer totalmente su conjunto de oportunidades, ni sólo por que el espíritu humano es limitado, sino también, y fundamentalmente, porque el agente social está socialmente limitado: por sus condiciones objetivas externas y por sus condiciones objetivas incorporadas (habitus).

[4] – Para Bourdieu pues, objetivismo y subjetivismo son perspectivas criticadas por ser parciales, pero deben tomarse de ambas, los aportes que pueden proporcionar a la comprensión y explicación de las prácticas sociales. Por ello, se plantean como dos momentos del análisis sociológico, momentos que están en una relación dialéctica: Las estructuras objetivas que construye el investigador en el momento objetivista (construcción del sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan insertos), » apartar las representaciones subjetivas de los agentes, son el fundamento de las representaciones subjetivas y constituyen las coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones» (BOURDIEU, P., 1988: 129). Pero, por otro lado, «esas representaciones también deben ser consideradas si se quiere dar cuenta especialmente de las luchas cotidianas individuales o colectivas, que tienden a transformar o a conservar esas estructuras» (Ibídem).

[5] – «Es necesario reconocer a la práctica una lógica que no es la de la lógica, para evitar pedirle más lógica de la que puede dar y condenarse así bien a extraerle incoherencias, bien a imponerle una coherencia forzada». (BOURDIEU, 1991: 145).

[6] – En cierto modo, y desde una perspectiva analítica completamente diferente, la de Geertz (a quien Bourdieu ubica entre las posturas subjeti-vistas, y por lo tanto, la considera «parcial»), queda claro en dicho autor (1994), que el problema de la reflexividad del investigador frente a lo que puede conocer de los nativos es, no tanto una cuestión moral sino epistemológica. Y con respecto a la exclusión del investigador, señala: «El etnógrafo no percibe, y en mi opinión difícilmente puede hacerlo, lo que perciben sus informantes (...). En un mundo de ciegos (que no son tan distraídos como parecen), el tuerto no es rey sino simple expectador» (Ob. Cit.: 76).

[7] – «¿Los intelectuales están fuera del juego?» (BOURDIEU, P., 1990).

[8] – Recordemos brevemente que la noción de estrategia en Bourdieu se concibe como líneas objetivas orientadoras de las prácticas y no supone necesariamente una explicitación consciente de los mecanismos por parte del agente social.

[9] – «Una ciencia que incomoda» (BOURDIEU, P., 1990).

[10] – El campo de la ciencia, como el del arte, el de la religión, el de la política, el de la economía doméstica, participan de lo que el autor llama «la economía de los bienes simbólicos»: es la lógica de aquellos universos sociales que tienen en común crear condiciones objetivas para que los agentes que juegan ese juego tengan allí «interés por el desinterés» (y por lo tanto, estén interesados). Estos espacios de juego se caracterizan por que allí el «desinterés» -en sentido estrictamente económico- es recompensado con la obtención de otros beneficios -especialmente simbólicos-, y por que descansan sobre el rechazo o la censura del interés económico y sobre la denegación colectiva de la verdad económica (BOURDIEU, P., 1994).